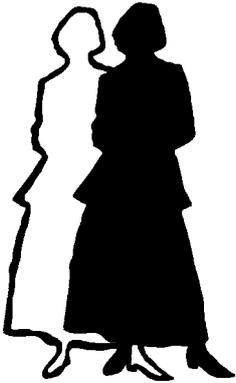
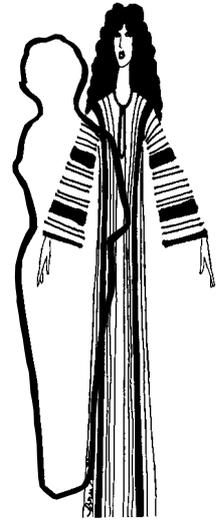


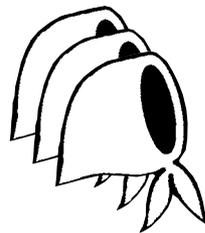
Editorial



A veinte años del último golpe militar, dedicamos este número doble de *Feminaria* a reflexionar y revisar, desde distintas perspectivas y disciplinas –siempre desde la óptica del género– las formas de la violencia y la resistencia. Nos estamos sumando al resto de las publicaciones periódicas que durante este año han abordado el tema desde sus distintos aspectos. No es nuestro propósito agotar el amplio espectro temático, sino ofrecer una mirada diferente.



Feminaria contribuye a aquellas coberturas con una mirada específica desde el género sobre las mujeres o sobre ellas la dictadura militar, que en ellas la dictadura militar, que tegias disimular estas marcas. en los cuerpos y los discursos, y



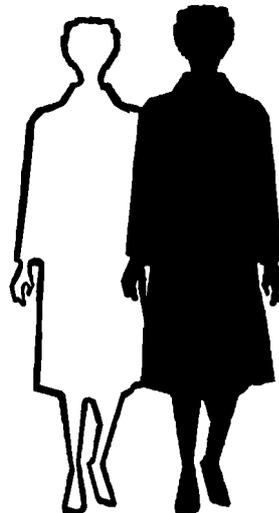
las marcas que produjo y dejó tenía como una de sus estra- Tratamos de hacerlas visibles reflexionar sobre ellas.

Entre los artículos que integran coincidencia relevante: el recurso de la entrevista. Por un lado, no existía bibliografía suficiente, mujeres y otro lado, dad de ir al l u g a r e s



la presente entrega hay una pues se trata de un objeto que se está construyendo. Sobre con una óptica de género hay todavía menos estudios. Por creemos que esta confluencia puso de manifiesto una necesi- encuentro de las voces de las mujeres que desde diferentes soportaron las consecuencias del orden represivo.

De ninguna manera queremos fijar una o presentar una versión estabilizada de los siempre, *Feminaria* se empeña en aportar al



interpretación hechos. Como debate.

La resistencia contra la represión

Eva Giberti*

Hay una palabra que no sé traducir con precisión: endurance: esa obstinada capacidad de contenerse, de sufrir, de no dejarse morir, de no dejarse matar, de resistir. Tal vez endurance sea resistencia.

Esta palabra pertenece a las mujeres hace miles de años. Los varones vencen o pierden, generalmente con gran alharaca; las mujeres resisten, generalmente en silencio.

Rossana Rosanda

Un análisis de la vida de las mujeres que durante el periodo 1976 / 1983 padecieron la represión que caracterizó esa época de nuestra historia es tributario de los aportes de la teoría feminista y puede beneficiarse con la inclusión de conocimientos psicoanalíticos.

Es innecesario recordar que no cabe conceptualizar suponiendo que existe un discurso capaz de explicitar el tema, o un tipo de mujer que responda a la descripción posible. Por su parte, la idea de víctima¹ exige una ontologización refinada, por tratarse de una palabra que, para quienes alternamos con víctimas de la represión o atravesamos por situaciones de victimización, remite a un hontanar de experiencias múltiples.

Además, los aportes de las teorías de la posmodernidad, que entre sus tesis se refieren a la deshumanización, a la desarticulación del sujeto y a la claudicación de la historia, resultarían útiles para este ensayo. No las incluiré por razones de espacio, pero estimo que es posible ampliar lo que aquí expondré desde las perspectivas de un pensamiento complejo construido, aparentemente por pensadores varones, que no obstante, citan con cierta frecuencia las teorías feministas².

La producción de un texto de esta índole reclama un análisis previo acerca del debatido tema de la diferencia; en este caso, las diferencias y las similitudes que existen entre los discursos de las mujeres que pueden testimoniar acerca de la represión en nuestro país. Si bien producen declaraciones y escrituras diversas, entre todas configuran un campo discursivo que podría articularse con lo que otras mujeres, en otras latitudes, también narraron.

Aunque sus palabras figuren en los documentos

oficiales³, en ellos no se sitúa (por lo menos no de modo suficiente para mi criterio) la distinción de género como no sea para centrarse en el cuerpo victimizado, es decir, manteniendo como horizonte el agravio al pudor en tanto figura jurídica. Agravio sin duda más que agravante y que además se comparte con el género masculino; pero el trasfondo que los imaginarios sociales sugieren, remite, de manera predilecta, a la imagen de la violación, de la mujer desnuda para ser torturada o de la mujer que pare en los campos de aniquilamiento.

1- Un riesgo conocido reside en adherir a las improntas de la cultura que se encarga de significar qué es una mujer signándola de acuerdo con las características de su cuerpo, puesto que en él se marca de modo imaginario la diferencia. Pero esa marcación, que es simbólica e imaginaria, fuertemente asociada con los que se denominan dispositivos de poder, tiene referentes concretos en la cultura cuando se trata de mujeres; gesta modos de producción de los significantes que dirigirán las actividades del género, privilegiando su corporeidad. Por ejemplo, durante la dictadura, una pregunta insidiosa que difundían los medios de comunicación, dirigida a las madres, era: “¿Ud. sabe dónde está su hijo ahora?”. De este modo la maternidad guardiana y vigilante (obviamente pensada desde la anatomía femenina) adquiriría categoría de lugar de cierre de sentido para las mujeres. Se trataba de una dimensión significante cuyos efectos, como marcas imaginarias, reforzaban las creencias y los prejuicios acerca de la mujer-madre.

Un aspecto perverso de dicha pregunta residía en que, efectivamente, muchas madres sabían dónde estaban sus hijos: en poder de la represión. Y cuando ellas intentaban localizarlos, eran, justamente los represores, los que le negaban el paradero y el destino previsto para ellos.

Sin embargo, el deseo inconsciente y el consciente, sostuvieron a mujeres cuyas conductas, psicoanalíticamente interpretadas, se construían en la falta y la ausencia concreta del otro, el familiar detenido o desaparecido.

2- El deseo en tanto construcción psíquica, y la progresiva conciencia de sus derechos por parte de estas mujeres, así como su decisión de defender a sus seres amados, habló por las bocas singulares de mujeres adolescentes, ancianas, jóvenes y maduras. Blancas, mulatas, aborígenes, cabecitas negras. Empleadas, sirvientas, amas de casa, profesionales. Casadas, viudas, solteras, concubinas y divorciadas. De mujeres que crecieron en una clase media, de aquéllas que llegaban del monte tucumano, de las villeras, de las religiosas, cristianas, judías, agnósticas y evangelistas. De las que apenas sabían firmar y de las que habían escrito varios libros.

*Psicóloga. Docente universitaria en los posgrados de la Fac. de Psicología y de Derecho (UNBA), en la Univ. Nac. de San Martín y en la Univ. de Bar Ilan. Fue co-fundadora del área mujer en la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos, donde forma parte del Consejo de Presidencia. Es autora de numerosos artículos y varios libros, entre los cuales señalamos *Tiempos de mujer* (1990), *Hijos del rock* (1996), *Escuela para padres* (1996); co-autora de *Adopción y silencios* (1991) y co-compiladora de *La mujer y la violencia invisible* (1989).

3- Voy a referirme a las mujeres que, en libertad, buscaron a sus familiares desaparecidos⁴ y a aquéllas que los acompañaron mientras fueron presos o presas encarcelados por motivos políticos. E incluiré un breve testimonio de una militante de un partido político que recurrió a la lucha armada y estuvo presa durante ocho años.

Todas ellas inscriptas en el orden de la memoria, y al mismo tiempo en riesgo de ser olvidadas, si no se construye un horizonte de historias de vida junto con los relatos- convertidos en novela y narración- de quienes pueden contar cómo se enfrentaba a los represores fuera de la cárcel y de los campos de concentración, y también dentro de las cárceles. Ya fuese desde la militancia en partidos políticos, o desde las organizaciones de Derechos Humanos, o desde la intuición surgida del anhelo de justicia.

El ejercicio de la memoria es una de las responsabilidades del feminismo: ¿“Cuáles son las mujeres que, borradas o ignoradas por la historiografía tradicional queremos hacer emerger?” se pregunta Annarita Buttafuoco⁵ para añadir que nuestra búsqueda tiende a reencontrar las huellas reconocibles, por afinidad o experiencia, con las nuestras y por lo tanto, *disponibles* al conocimiento. Esta afirmación es significativa cuando nos referimos al tema que nos ocupa. ¿Cuántas y cuáles serán las mujeres dispuestas a reconocer y elaborar en forma de memoria y construcción de textos, las huellas y las experiencias que en ellas produjo la represión? ¿Cuántas y cuáles las que sin haber atravesado por detenciones, exilios o pérdida de familiares y amigos querrán ocuparse de narrar la historia de aquellos años? Buttafuoco, que comienza a escribir su artículo recordando la Liberación del fascismo en Italia, solicita definir el problema político del feminismo que remite a los requisitos que precisa poner en práctica para “hacer emerger del limbo a las mujeres del pasado” para definir y legitimar “nuestra imagen, nuestra identidad”.

La seducción de la pretendida ecuanimidad televisada

Lo que se pueda discurrir acerca de la relación mujer y represión política no sólo está enlazado con la dictadura militar sino con la continuidad de algunas de sus prácticas durante los primeros años de la democracia: lo describo cuidadosamente en un ensayo editado por la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos⁶.

4- Pero *la simbólica de la represión*, aunque no se exprese específicamente contra las mujeres continúa, actuando en distintos niveles. Expondré un ejemplo que, aparentemente no ingresa en la temática de este artículo, pero que admite una articulación páginas más adelante. En 1995, tuvimos que asumir la imagen del represor Scilingo proyectada en nuestros televisores, mientras narraba de qué manera -desde un avión que él tripulaba- se arrojaban las víctimas, aún con vida, a las aguas del Río de la Plata. Su racconto se condimentaba con palabras de arrepentimiento. Hubiera sido posible cambiar el canal, pero entonces no hubiésemos estado autorizadas a opinar. El conductor del programa, M. Grondona, finalizó su diálogo con

el represor, elogiándolo : “Usted es un hombre muy valiente” -le dijo a Scilingo- conmovido por el “arrepentimiento” que el invitado exponía ante la cámara. El mismo conductor, días más tarde, produjo un programa en el cual, la imagen de Massera filmado en su domicilio, permaneció durante 10 minutos en pantalla para defender sus posiciones políticas. En ambos episodios televisivos se reconoce el estilo pretendidamente ecuaníme de M. Grondona “al mostrar y escuchar la dos campanas,” (como él mismo afirma), cuando en realidad incorporaba *violencia simbólica* sobre quienes padecemos la represión. Tanto Scilingo cuanto Massera, beneficiados por la obediencia debida y por el indulto⁷, son culpables de asesinatos, robos de niños, saqueos, violaciones y torturas y por ello continúan siendo nuestros victimarios; ambos avalaron la instalación del sistema represor con distintos grados de complicidad⁸ y deberían estar encarcelados por esos delitos.

Este ejemplo no es ajeno *al intento de dulcificar el recuerdo de la represión*, mostrando a un asesino institucionalizado que se dice arrepentido, y a Massera de cuya responsabilidad en las atrocidades cometidas no caben dudas⁹. Esta índole de producciones televisadas¹⁰ pretende mostrar, predigerida y contra-bandeada por los medios de comunicación (según sea quien conduzca el programa) la idea de reconciliación¹¹. Es decir, intento situar un espacio ocupado por las estribaciones de las prácticas represoras; en ellas circulan, enmascarados en la libertad de palabra, quienes utilizan el periodismo para agitar las banderas del olvido.

Refiriéndose a nuestro país, en 1992, Fariña se pregunta: “¿Cómo se ha ido generando un sistema de consenso que ha dejado no sólo sin castigo al crimen, sino también en parte, sin siquiera sanción?”¹².

1976

La vida psíquica y la social no son disociables. El psiquismo late con el ritmo de los significantes que las prácticas sociales le sugieren. (Por supuesto, innumerables mujeres y varones se ocupan de que esos significantes solo les sugieran indiferencia o adhesión a los modelos propuestos por los grupos que hegemonizan el poder.)

5- ¿Qué sucedió en 1976 con las prácticas sociales? Se asaltó al Estado de derecho, se impusieron las leyes de mercado propiciadas por los Chicago Boys, se arrasaron los cuadros partidarios y se pasó a degüello el proyecto nacional que incluía las demandas planteadas por las luchas populares. Toda actividad que las fuerzas de seguridad y los ideólogos que las sostenían supusieron que era ajena al “ser nacional”, como el arte de vanguardia, el teatro contemporáneo o la enseñanza de la matemática de acuerdo con un nuevo modelo, fue considerado peligroso. De este modo se definió al enemigo según la concepción del que se había transformado en poder hegemónico.

5.1- ¿Qué se buscaba con esos procedimientos? Una de las razones de dicha política fue la intención de crear *un mito de origen*, es decir, *convertirse en los fundadores de una nueva nación*. Para ello resultaba imprescindible romper la continuidad de los movimientos populares que se habían hecho escuchar

entre nosotros y que paulatinamente adquirirían niveles superiores de conciencia y organización¹³ política.

Era preciso desconectar a la generación del Cordobazo y a la generación de las Malvinas para que no se comunicasen, como si antes que la aparición de los “chicos de la guerra” no hubiese sucedido cosa alguna en el país. De este modo las muchachas y los muchachos tendrían que aprender historia comenzando desde cero, dependiendo de las narraciones que llegaban desde el poder de facto que pretendía protagonizar *el mito del origen* mediante sus discursos explicativos de la historia nacional.

Se trataba de privar, a lo que todavía se llamaba “el pueblo”¹⁴, de aquéllos que pudieran testimoniar acerca de los hechos históricos, para lo cual había que aniquilar a los referentes políticos de las generaciones juveniles capaces de descalabrar la pretensión del *mito del origen*; al mismo tiempo necesitaban promover una sociedad despolitizada y fascinada por la plata dulce.

Para llevar adelante este proyecto-regulado por una economía liberal -*era imprescindible organizar el terror*: el mejor sistema fue la desaparición de personas, las torturas, los asaltos a los domicilios de ciudadanos inermes, el secuestro de criaturas, las persecuciones a los exiliados, a los familiares de los presos políticos y las matanzas de aquellos que las fuerzas de seguridad elegían, a menudo arbitrariamente.

En paralelo se creó una imagen de los denominados subversivos que hasta el día de hoy persiste como si fuesen monstruos, enemigos de la patria y de la humanidad.

Estas prácticas se desarrollaban en aras de la creación de *un mito del origen* destinado a mostrar la bondad de las fuerzas armadas, su espíritu de sacrificio y su heroísmo. Estrategia clásica en quienes tienen la pretensión de ser los fundadores de una estirpe: embellecer y sacralizar los procesos que utilizan para erigirse en salvadores. De allí la ira que actualmente les provoca recordar la ESMA, el Olimpo, el Pozo de Banfield y los demás campos clandestinos, así como sobrellevar la proyección de *La Noche de los Lápices*¹⁵ en las escuelas: todo aquello que apunte a rescatar la memoria y poner a la vista quiénes son y qué hicieron. Dejo constancia que hubo mujeres que acompañaron, no sólo a sus maridos, sosteniendo la convicción que llevaba a plantear el aniquilamiento de la subversión, sino que el denominado “proceso” también contó con las mujeres carceleras, con las mujeres requisas y con aquéllas que trabajaban en inteligencia¹⁶.

Operación simbólica y fantasmática

¿Quiénes son las mujeres sobrevivientes de la represión? ¿Qué significa haberlo sido? ¿Qué se espera de ellas? ¿Cuáles son los efectos de la represión en la totalidad de sus vidas? ¿Cuál es su papel en la actualidad?¹⁷

¿Hablamos de las que fueron torturadas, violadas? ¿Hablamos de las que fueron encarceladas? ¿Nos referimos a las que parieron en los campos clandestinos de detención y fueron desposeídas de sus bebés? ¿O enumeramos los nombres de las que fueron fusiladas a mansalva?

¿Enunciamos las historias de aqueéllas que per-

dieron a sus maridos, a sus hijos, a sus nietos, a sus amigos? ¿A las que les dinamitaron las casas y les destrozaron y robaron sus bienes? ¿Describimos los recorridos interminables de aquellas que debieron rastrear a sus familiares por las comisarias y las cárceles sin lograr información alguna?

¿Recordamos las peripecias de quienes visitaban a sus familiares en las cárceles situadas en los lugares más inhóspitos del país? ¿O nos limitamos a contar cómo se ganaban la vida las que se exiliaron y trabajaron como mucamas, cuidadoras de niños y niñas, o como maestras, o como lo que se pudiera conseguir?

6- *No teníamos modelos* inspiradores para la resistencia o el rescate de los familiares: Eva Perón, Alicia Moreau de Justo no nos alcanzaban para enfrentar lo que teníamos delante. Tania, La Pasionaria, muy lejanas y ajenas. Las mujeres de Latinoamérica que habían luchado contra la barbarie de los conquistadores, cumpliendo con su responsabilidad como cacicas de sus pueblos, eran desconocidas para nosotras: la escuela primaria y la secundaria no las incluyen en los programas de estudio de nuestras escuelas¹⁸. Juana Azurduy, una desconocida (salvo que se escuchase un long play con la música y la letra de Ariel Ramírez y Félix Luna), Bibiana García, líder mapuche, ignota; la chilena Rosario Ortiz, apodada La Monche, inexistente; Manuela Sáenz ecuatoriana (conocida como la amante de Bolívar) fue condecorada por San Martín como “caballera del sol” dado su coraje en las batallas. Mariquita Sánchez, a la que nos presentan como la señora elegante en cuya casa se cantó por primera vez el himno nacional, omitiendo narrar su compromiso con la lucha independentista. O Las Juanas, grupo de colombianas que actuaron durante las guerras civiles del siglo XIX. Cualquiera de ellas, esclarecidas políticamente en favor de las luchas por la independencia latinoamericana, cuidadosamente cercenadas de las historias oficiales en la escuela primaria y secundaria. Esta enunciación no responde a una esencialización de lo local, sino a una conciencia acerca de las mujeres del Tercer Mundo y su historia.

R. Rossanda¹⁹ es el referente posible cuando, recordando la resistencia de las mujeres italianas al fascismo, escribe “Creo que mayoritariamente el ejército de liberación estaba compuesto por mujeres” y al citar a un comandante guerrillero de la resistencia reproduce sus palabras: “Alrededor de cada *partisano* hay quince personas, en su gran mayoría mujeres”. Y en los recintos de las historias personales, nuestras madres ofrecían, como casi todas las madres, una subjetividad adherida al modelo convencional del “ser femenino” donde no era probable que encontrásemos modelos para identificaciones que coadyuvasen en la creación de lo que fueron las *mujeres en la resistencia*.

El terror y “los actos que arrancan a la angustia su certeza”

7- Llevó cierto tiempo darnos cuenta que estábamos enfrentando algo que se denominó terrorismo de Estado. Ante su ferocidad, los procedimientos que eligieron las mujeres podrían asociarse con la idea de *acontecimiento*²⁰ según Badiou (lo planteo en situación de aleatoria, diferente de su idea inicial que no podría aplicarse

estrictamente a este ejemplo). El autor lo diferencia de los hechos en tanto el acontecimiento remite a lo impensable, al mismo tiempo que a lo posible de lo imposible. Los acontecimientos poseen todavía nominaciones suspendidas o precarias. Se refieren también a aquello que no puede preverse y que es producto de una interpretación. Si bien recordamos los hechos, (lo que les sucedió a las mujeres y lo que hicimos) al mismo tiempo nuestras decisiones estaban dentro de lo impensable, y todavía la relación género-resistencia posee una nominación-descripción-interpretación en suspenso. Lidia Menapace²¹ ensaya una articulación cuando se refiere a los que denomina casos excepcionales: guerras, terremotos, deportaciones, y sostiene que en estas circunstancias las mujeres aparecen de repente y *fortemente* presentes, así como ocurre durante las revoluciones. En todos aquellos momentos en que se rompe la continuidad, cuando aparecen las formas no programables de la historia, las mujeres reaccionan bien, en muchas oportunidades, con una presencia que deja de lado los compromisos domésticos.

8- Freud, en su primera metapsicología²² se refiere a una *vivencia de terror* frente a estímulos externos que impactan en el aparato psíquico produciendo una excitación dolorosa. Apunta a estímulos excesivos que sobrepasan la posibilidad de ser tramitados por el psiquismo. Y a los estímulos que surgen de la propia vida pulsional asociados con angustia, miedo, trauma, de manera tal que el exceso doloroso también proviene del interior del sujeto.

Esta sobreabundancia de estímulos desborda las posibilidades de tramitación por parte del aparato psíquico, (que actualmente denominaríamos aparato significativo), y *coloca a la persona en situación de permanente acoso*, de modo que se siente atacada y perseguida, exigida para defenderse no sólo de lo que ocurre en el exterior, sino del propio miedo que acompaña durante todas las horas del día. No es posible huir ni lograr olvidarlo. Lo cual no necesariamente produce paralización: la evidencia la tuvimos durante los años en que resistimos agrupándonos, aún de modo desorganizado.

8.1- Las características de este *modelo de agrupación*, espontáneo, horizontal, con liderazgos alternativos y conformado por personas abrumadas por problemas personales que incluían riesgos de vida para ellas, y que eran el resultado de la persecución sufrida por sus familiares (también corriendo riesgo de muerte), reclama un análisis pormenorizado desde la perspectiva de la formación de grupos y movimientos. El proyecto de analizarlos excede las posibilidades de este artículo, pero forma parte de un estudio más amplio que se encuentra en preparación.

9- *La índole del trauma era de doble entrada y múltiple efecto*: detención y o desaparición de algún familiar, por una parte. Y por otra, el clima represivo que invadía al país en general y que afectaba todos los órdenes de la vida (exceptuando a quienes estaban conformes con la dictadura).

La interrupción de los vínculos intersubjetivos (con los familiares) producidos de modo aterrorizante (secuestros y violencias físicas sobre aquellas personas que eran detenidas ante la vista de vecinos y familiares), y la imposibilidad de obtener noticias

acerca de ellos, o de encontrar defensores para los presos políticos (que los hubo y valiosos, pero insuficientes en cantidad y en posibilidad de intervenir; algunos de ellos desaparecidos), producían confusiones que incrementaban la potencia del trauma. Así se comprimían o trituraban las posibilidades de organización psíquica.

Por momentos parecía que las *intervenciones ordenadoras y mediadoras del preconciente* -encargadas de establecer contacto con el propio Yo y con la situación traumática- en algunas mujeres no lograban responder a los estímulos de la realidad externa; entonces, a veces, se expresaban de manera agresiva o insultaban a los guardias de las cárceles entrenados en provocar, o a los paramilitares o uniformados que se llevaban a sus familiares, como si ellas tuviesen necesidad de "hacer" algo que consideraban más concreto que organizarse para responder en forma conjunta a las violencias de distinta índole que las fuerzas de seguridad ejercían sobre nosotras.

El hecho se podía advertir en las visitas a las cárceles, ante el sistemático hostigamiento de los guardianes y requisas. En otras oportunidades era como si algunas mujeres esperaran que los discursos de ambas partes pudiesen llegar a compaginarse, sin aceptar que no sólo se trataba de dos lógicas diferentes las que estaban en juego, sino irreconciliables, una de las de las cuales era instrumentada por un enemigo poderoso.

9.1- Como efecto de esta trituración ejercida sobre las intervenciones mediadoras del preconciente, combinadas con las características del trauma y la creciente desesperanza acerca de los detenidos desaparecidos, no era extraño que en algunas mujeres surgiesen síntomas orgánicos, psicósomáticos o mecanismos de represión psíquica como formas de enfrentar o procesar el estímulo excesivo y peligroso. *Dejo constancia de la diferencia entre quienes buscaban a un familiar desaparecido y quienes lo visitábamos en una cárcel. Si por momentos generalizo se debe a que cuando conversábamos unas y otras, reunidas por diversos motivos los efectos del trauma, aún teniendo orígenes distintos se anudaban en el mismo desasosiego*. Es pertinente diferenciar entre quienes buscaban a sus familiares, incluidos en la categoría de desaparecidos, y quienes se ocupaban de los presos políticos (algunos de los cuales atravesaron previamente por un proceso de desaparición para ser posteriormente "blaqueados"). Las mujeres que buscaban a sus familiares enfrentaban un "test de realidad" como sostienen M. Kijak y Marilú Pelento ya que, por una parte deben retirar su libido del ser amado, por "suponerlo muerto" y al mismo tiempo continuar libidinizándolo porque "podría estar vivo"; ambas instancias operan, sucesivamente, como describen los autores, exponiendo al aparato psíquico "a un alto grado de desestructuración".

10- Hasta aquí una visión clásica de la teoría psicoanalítica. *Pero lo que protagonizaron las mujeres de la resistencia fue otra forma de tramitar el terror, la cual se podría asociar con lo que Lacan describe: "actuar es arrancar a la angustia su certeza"* (si bien se refiere a la práctica psicoanalítica individual). Fueron las *diferentes maneras de proceder, las acciones y*

las decisiones las que, motorizadas por un nuevo modo de desear (tal como lo describo más adelante) nos permitieron reproducir lo que otras mujeres, en otros lugares del mundo, seguramente ya habían llevado a cabo: generar respuestas que, sin renegar del gemido, desarticulaban algunos de los efectos del terror totalizador que nos habían impuesto, al mismo tiempo que desconcertaban a los represores.

Primero fueron “las locas de la Plaza de Mayo”, después “estas mujeres que siempre arman lío”, más tarde “esas agitadoras que viajan al exterior a contar mentiras acerca de un país donde somos derechos y humanos” (tal como la revista *Para Ti* promovió entre sus lectoras, diseñando tarjetas con esa leyenda para que las enviaran a Europa con la intención de desactivar las denuncias internacionales), y siempre las que, desde lugares impensados, promovían distintas formas de resistencia y denuncia.

El fallo no representa la totalidad del mundo

11- En el imaginario social de aquella época la audacia y la valentía que era preciso poner en juego cada día formaban parte de los valores masculinos.

Ensayar estrategias arriesgadas como volar en alguna calle, pasar información a los presos acerca de lo que ocurría con los militantes que permanecían libres, parecía -para quienes no estaban entrenadas en militancia alguna- pertenecer al orden fálico. Pausadamente fueron descubriendo que el fallo de la represión tenía todo el poder, pero no representaba la totalidad del mundo.

Era preciso reposicionarse y trasladar los propios pensamientos y creencias desde la tradicional admiración que la mujer “debe” sentir hacia el varón -de acuerdo con el modelo convencional- hasta la posibilidad de reconocer a los represores como enemigos que tenían características singulares: ser varón una de ellas. Lo que implica una autorización de género para ejercer violencia y un narcisismo de género para disfrutar de su supuesta superioridad. Ninguna de las dos modalidades entendidas como esenciales, sino construidas históricamente mediante las sucesivas articulaciones de campos discursivos.

Para las mujeres sin experiencia política (no puedo generalizar, me refiero a algunas) reconocer a un enemigo al que correspondía definir como político en la dimensión de destructores de una nación y violadores de los derechos humanos demandaba una corrección de sus convicciones acerca del varón en tanto ser superior y protector. Aunque no ignoraran las tropelías que pueden cometer algunos varones, ese conocimiento se reducía a suponerlos excepciones o bien a asumir su existencia resignadamente.

12- Para muchas mujeres fue preciso rehacer su realidad psíquica (o sea, las diversas significaciones que cada cual otorga a los hechos y que se registra como si fuera “la realidad”; por lo general tiene intensa relación con la realidad externa, pero en ocasiones se diferencia de ella, permaneciendo, no obstante, como la “única realidad” para una persona).

La gravedad de lo que sucedía con los detenidos se acoplaba con la confusión que se presentaba en algunas mujeres acerca de quién era el enemigo. Las

familiares debían arrasar con sus formaciones superyoicas adheridas a la que se denomina la ley del padre, que, justamente, en esta oportunidad, se declaraba a sí mismo como un padre asegurador y confiable (las fuerzas de seguridad), dispuesto a tutelarlas y defenderlas de la “subversión” (en la que en muchos casos militaban sus seres queridos). (El superyo no es lo mismo que el superyo paterno: se trata de lo que se aprende acerca de los varones en relación con el padre, pero no de lo que el padre sea.)

Admitir que los varones que estaban en el poder instalaban el terror no sólo al servicio de un proyecto político-económico que subordinaba a varones y mujeres, sino que también su filosofía de vida implicaba derechos sobre las mujeres a las que solamente concebían como esposas y madres, producía una paradoja en aquéllas que intentaban rescatar a su familiares masculinos, a los cuales recordaban como sostenedores de la misma ideología falocéntrica, pero a quienes ellas “comprendían” en función de la bondad intrínseca que adjudicaban a ese familiar.

La realidad psíquica se reformulaba o se contracturaba, pero difícilmente se mantenía tal como había sido construida antes de la represión, exceptuando, como lo desarrollaré luego, la convicción respecto de la subordinación de la mujer hacia el varón.

Un capítulo inexcusable es el que debería narrar las alternativas por las que atravesaron aquellas mujeres cuyas ideas políticas estaban en las antítesis de las del hijo o hija presos o presas. La protección que pudieron brindarle no evitó la dura crítica hacia la conducta del militante y su notoria separación personal de las otras mujeres.

13- Hubiese sido posible pensar que, viendo proceder a los represores, ello indujese una crítica a la violencia ejercida significativamente por el género masculino. No lo escuché como expresión o convicción reiterada. Podría esperarse una reinscripción psíquica que modificase la transmisión cultural que acerca de los varones habían(mos) recibido como mujeres. Pero ése no parecía ser un tema prioritario ni siquiera necesario para muchas de ellas, por lo menos durante los primeros años de la resistencia.

Inclusive, algunas, mientras hacían trámites en busca de sus desaparecidos o encarcelados, aún mantenían la credulidad respecto de un funcionario o jefe militar que les había prometido apoyo. ¿Necesidad de esperanzarse? Tal vez. Pero también cabe pensar en lo que significaba, para muchas mujeres habituadas a obedecer al varón, enfrentar a quienes tradicionalmente ocupaban el lugar de la ley y el poder al que ellas debían acatar, patriarcado y domesticidad mediante. Las vivencias de desvalimiento, aprendidas como dato “natural de la condición femenina”, acompañan con frecuencia al género mujer, y para muchas de ellas, ahora reabrían su eficacia ante quienes eran los dueños de la vida y la muerte de sus familiares. (Esta afirmación no se embandera en un criterio deductivista que sólo privilegia la dominación masculina, imaginando que sus principios son aceptados por la totalidad del género y sin discusión y desconociendo la complejidad de las variables psicosociales y económicas que están en juego.)

Muchas de ellas no habían reparado en la relación histórica entre varón y represor, explotador u opresor dado que, por lo general, sus familiares varones no habían sido conceptualizados por ellas de ese modo, y, como sabemos, las construcciones discursivas, así como la circulación de las mismas, promueven una diferencia de roles, inferiorizante para la capacidad intelectual de la mujer. Cuando alguna de las que teníamos conciencia de género ensayábamos un esclarecimiento, tanto las militantes de partidos políticos, cuanto quienes no lo eran, tenían particular cuidado en deslindar su enemistad con los represores, pero no con los varones, ya que “temían” ser consideradas feministas²³. Era obvio que no se trataba de suscitar enfrentamientos entre los varones y mujeres pero con frecuencia una intervención reflexiva acerca de ambos géneros resultaba vivida de ese modo²⁴. Tal vez como si, más allá de otros supuestos teóricos que sería preciso incluir, se produjese una negativa inconsciente a la concepción de otra oposición binaria (varón / mujer) cuando estábamos empeñadas en mantener la oposición entre Bien y Mal, este último representado por la represión. *En la resistencia que protagonizábamos, la percepción que regia la relación con los varones estaba determinada por la percepción histórica de género. Lo que Durkheim denominó “conformidad lógica”, efecto de la percepción social que resalta la consagrada superioridad masculina y se infiltra.*

13.1- Una paradoja nueva y singular interfería cualquier pretensión revisionista acerca de la situación de ambos géneros; las mujeres constituimos el 52 % de la humanidad: somos mayoría en el mundo. Entonces, llamar la atención acerca de esa pertenencia numérica y de los derechos que se le conculcan a esa mayoría, nos encontrábamos con que estas mujeres, por obra y gracia de un familiar, habían pasado a formar parte de una minoría decididamente discriminada, excluida, segregada y sospechosa. Le valía menos que a otras “ser mujer” y pretender igualdad de oportunidades, porque ya no eran “sólo mujeres” con derecho a demandar, sino familiares peligrosas de otros sujetos peligrosos. En lugar de poder luchar por sus derechos como mujeres (en caso que hubiesen deseado hacerlo) se encontraban sujetadas a la denigración que sobre ellas (nosotras) caía, por ser familiares de subversivos.

Así sucedía en los comienzos y mediados del '76 y se mantuvo en esa tesitura casi hasta los '80.

Trabajo colectivo y realidad social

14- En ese entonces, las mujeres que resistíamos desde afuera de las cárceles, como familiares de presos políticos o en busca de familiares desaparecidos, aunque advertíamos que estábamos produciendo un trabajo colectivo, no alcanzábamos a registrar que estábamos recreando otra realidad social; por lo tanto, tampoco podíamos formalizar concepto alguno. Quizá tampoco disponíamos de libido como para imaginar que gestábamos un campo²⁵ definido por la interacción y los discursos de quienes lo componíamos. Campo en tanto y cuanto nos comunicábamos más entre nosotras que con otras personas. Las mujeres instituimos algo que hasta el momento era impensable entre nosotros -como

país- y que era indisociable de una contemporaneidad trágica.

Debimos inventarnos como categoría “resistencia” debido la posición que ocupábamos (respecto de nuestros familiares, lo que no excluye la participación de mujeres que no padecían secuestros o detenciones de parientes) y por el momento histórico que transitábamos. Pero, al mismo tiempo, se trataba de mujeres que “naturalmente” estaban excluidas de las prácticas políticas por el hecho de ser mujeres y sobrellevar las restricciones que se imponen o proponen al género. Paralelamente las que Robert Dahl considera como posibles actualizaciones de las capacidades universales y que permiten interrogarnos cuáles habrán sido las actualizaciones que, para el género mujer, permitió la represión, en el modelo que nos ocupa.

15- *Lo sustantivo de esa gestación agrupada en común residía en nuestra confianza en esos modos de resistir y de organizarnos; es decir, nos movíamos en las coordenadas de una producción simbólica que iba más allá de los plantones que hacíamos en las puertas de las cárceles o de las vejaciones que enfrentábamos con las requisas²⁶.*

No se trata de un fenómeno nuevo porque cuando aparece una agrupación de esta índole, aún sin constituirse como un grupo (de acuerdo con los cánones de la psicología de los grupos) sus participantes suelen gestar conciencia acerca de lo que están haciendo, como dato nuevo de la realidad. Ese emerger de la conciencia permite resignificar saberes –según la enunciación de Menapace– que entonces dejan de ser acrílicos, para coagularse en tesis alternativas, que, en este artículo, incluye una visión feminista de los hechos.

El pasaje que permitió transitar desde una posición de mujer-como-todas (con lo que ello implica como construcción tradicional de la subjetividad que incluye los posicionamientos sociales) hacia la posición de quien “va a hacer algo” por su familiar preso o desaparecido, sabiendo que eso significaba riesgo de vida, es una construcción en ciernes.

No postulo la construcción de una nueva teoría del sujeto. Como dice Ofelia Schutte²⁷: “Debemos sacar las nociones de género y subjetividad de su estado presente de alienación y retribujarla en nuestros propios términos.[...] El proceso de reinención al que nos vemos obligadas no se reduce a hacer teoría [...] ni predicciones sino romper los ídolos falocéntricos que aún regulan nuestra existencia presente”.

La resistencia a la represión no equivalía a esclarecimiento de género

Quienes teníamos experiencia en estudios de género y feminismo quisimos acompañar a las otras mujeres en la resignificación de la asimetría varón-mujer. El término varón podía sustituirse por represor, pero esa homologación no cancelaba cualquier duda acerca de las relaciones entre los géneros.

16- *El sendero hacia una subjetividad de mujer que empuñaba su presencia como arma para defender a sus seres queridos (en diferentes niveles si se trataba de madre, esposa, hija, hermana, novia o abuela) se recorrió como si, más allá del conflicto con los represores,*

no hubiese cosa alguna que decir respecto del género masculino presentificado por los familiares presos o desaparecidos. La ilusión de caminar codo a codo con los varones “del lado bueno” se mantuvo durante los años del terrorismo de Estado. Impresionaba como si, de manera espontánea e intuitiva se hubiese descubierto una de las tesis freudianas: el padre dador (el bueno, el familiar en este caso) y el padre que priva (el malo, el represor).

Ese codo a codo, que suponía una alianza entre ambos géneros, emergía ante la actualización de las capacidades de las mujeres para entablar una lucha desproporcionada. Pero podía predecirse que, una vez finalizada la lucha contra la dictadura, muchas de esas congéneres retornarían a la subordinación de la cual provenían, como si la experiencia transitada que incluía arriesgar la vida solamente fuese reconocida por el género masculino cuando ellos lo precisaron para morigerar las condiciones de sus prisiones o para ser rescatados. Y por ellas mismas, relegadas al olvido esas experiencias, como si eso fuese posible. De hecho, algunas de esas mujeres hoy ocupan cargos públicos o se han transformado en líderes políticas jerarquizadas por su pasado, asociado con una conducta ética y valiente. Otras, sin presencia pública, están, sin embargo, atentas a las lecturas de los periódicos y mantienen su capacidad de discusión y lucha en las formaciones ciudadanas.

El trato con muchas otras nos las devuelve reorganizadas en la estricta domesticidad como si lo que construyeron no se hubiese coagulado en su subjetividad más allá de lo que sintieron como obligación materna, fraterna o amorosa de cualquier índole. Cabe recordar a Nancy Hartsock cuando, escribiendo acerca de las luchas por las independencias de las colonias y otras que fueron precondiciones necesarias para el cuestionamiento actual de las afirmaciones universalistas, introduce una pausa para añadir “Necesitamos disolver ese falso ‘nosotras’ y entenderlo en su verdadera multiplicidad y variedad. Y a partir de esa multiplicidad construir una descripción del mundo como se lo ve desde los márgenes²⁸ (...) y transformar tanto los márgenes como el centro”. Es decir, las tesis de los filósofos italianos de la década del '70 en adelante.

17- Volver a ser “las de antes del '76” es un modo de acompañar la propia vida a los cánones tradicionales, sin alterar la garantía que las convenciones sociales le aportan a quien luchó -abandonando todo y arriesgándose- pero evaluando la lucha como cumplimiento de responsabilidades familiares-amantes-amorosas. Amores y deseos que retomaron su cauce original de subordinación, por convicción personal, o por desazón ante lo que ellas fueron capaces de hacer, o por no aparecer como figuras triunfantes ante sus maridos o hijos. La que Irigaray denominó “economía fálica” situada, según esta autora, en la base de la opresión, mantiene su efectividad para aquéllas que, una vez en libertad sus seres queridos, volvieron al silencio y privilegiaron la voz masculina como si no hubiese ocurrido lo que ocurrió con ellas. Situación absolutamente diferente de la que protagonizan las familiares de desaparecidos que conforman las Madres y las Abuelas de Plaza de Mayo.

18- Quizá en aquel momento no se advertía que las mujeres incrementaban su *capital simbólico*²⁹ al incorporar intereses, proyectos, estrategias, modalidades y reflexiones ajenas a las que habitualmente constituyen “su mundo doméstico”³⁰. Una explicación posible sería pensar que el hecho de buscar a sus familiares o “enfrentar a la represión porque ellos lo precisaban” parecería mantenerlas en la órbita de lo privado, de lo perentoriamente maternal-protector. Como si los principios de las políticas liberales que promueven la exclusión del género mujer de la vida pública y enfatizan su responsabilidad en la esfera privada, se hubieran hecho extensibles durante la represión, y entonces la resistencia fuese, exclusivamente, producto del amor por los familiares. Con lo cual dicha exclusión tendría la eficacia que tan claramente describe Pateman en su *Contrato Sexual*.

Pero esa modalidad “autorizada” por tradicional, porque permite promover escándalo en la búsqueda o defensa de un familiar, no prevee el agruparse, o el recurrir a organismos internacionales en busca de ayuda. Mucho menos a crear agrupaciones como las Madres o las Abuelas. Estas actividades, tornadas emblemáticas de las mujeres en la resistencia, ingresaron en el *capital simbólico del género que otras mujeres, en otras latitudes y por problemas semejantes, debieron asumir*³¹. Lo cual no se limitó a engrosarlo, sino que lo modificaron en sus contenidos, al permitir que innumerables mujeres se conocieran a sí mismas en dimensiones impensadas, por ejemplo, solicitando audiencias a los ministros de la dictadura, a los delegados papales, caminando alrededor de la pirámide de Mayo mientras la policía intentaba intimidarlas, refugiando a quienes huían de las redadas de las fuerzas de seguridad, siguiendo el rastro de los nietos secuestrados, y tantos otros actos que, paulatinamente, se inscribían en el aprendizaje de lo que significa la palabra impunidad. Que muchas de ellas quizá conocieran por haber sido víctimas domésticas de otra índole de abusos, pero que recién ahora podían clasificarse, es decir, incorporarse en la construcción del conocimiento.

19- Tendríamos así la categoría de aquella que *asume la representación de la justicia y el derecho, como una forma de representar*³² “algo” que no sentía totalmente propio, o defendible por sí misma y para sí misma. Es posible conjeturar que sucedió de ese modo -para aquéllas que lo protagonizaron- debido a las mecánicas intersubjetivas, los intercambios entre mujeres que se sucedieron en situaciones reguladas por el terror a veces y por el miedo y la ira siempre. (Lo que no descuenta las situaciones de resignación que se presentaban)

Fue preciso hacer todo cuanto se hizo al mismo tiempo que se luchaba interiormente con la *representación tradicional* que del ser mujer y varón tenía cada una de nosotras. La creencia de las mujeres respecto del derecho a la dominación por parte del género masculino era moneda corriente, sobre todo porque la dominación no se evaluaba como tal. Dado que *las mujeres en resistencia*, cualquiera fuese su papel y su responsabilidad, por lo general eran vulnerables a los contenidos del imaginario social, y además crecieron sustentadas por sus creencias (aprendidas en la fami-

lia, la escuela, las prácticas religiosas y posteriormente entrenadas en sus propios hogares), habrá que tener en cuenta la violencia que significó, para muchas de ellas, vulnerar la impronta de dicho imaginario -correlativo con los mandatos que denominamos superyoicos- para dedicarse a ser diferente de las otras mujeres a las que “no les pasaba nada”.

20- Esa diferencia con aquéllas a quienes “no les pasaba nada” no resultó gratuita: al dolor permanente por el familiar *se sumó la segregación social por parte de amigos, empleadores, conocidos y vecinos; muchas fuimos “olvidadas” por las instituciones a las que pertenecíamos, amén de haber perdido nuestros trabajos y de “desaparecer” de los ámbitos en los que habitualmente se nos veían*³³. Es decir, se incluía, para las más desprevenidas, la “vergüenza” de ser familiar de un subversivo y la vivencia de humillación inducidas ambas por la dictadura. Las mujeres familiares de quienes fueron considerados subversivos debieron (debimos) asumir *un estigma* que un sector de la sociedad inventó, diseñó, justificó y nos incrustó por definición. Y que, en oportunidades, sólo estaba dispuesta a borrar si y sólo si la mujer criticaba al familiar o lo descalificaba públicamente. En cuanto a las vejaciones que se distribuían entre los familiares de los presos políticos, cuando se recurría al director de un penal para reclamar por el trato que sobrellevaban los internos, era preciso soportar tres o cuatro horas de espera, que podían finalizar con que se nos despidiera sin atendernos. A lo que es posible añadir una serie de prohibiciones, humillaciones, manoseos corporales a cargo de las requisas, abusos de poder de toda índole que describo e interpreto en *Mujeres carceleras*³⁴.

En otro nivel de análisis, que conviene recordar, después de luchar intensamente con el gobierno democrático se logró la libertad de los presos políticos y se fue produciendo, lentamente, el encuentro entre ellos y sus familiares, en la intimidad de los hogares. Entonces surgió otra índole de problemas, resultado de lo que se había vivido: apareció el deterioro de relaciones familiares entre algunas de las mujeres que habían resistido y sus esposos o hijos. El tema, cuidadosamente analizado por Elina Aguiar³⁵ remite a la negación del hecho traumático en forma de “olvido”, pero que aparece ante la presencia de situaciones complejas.

Quiero dejar expresa constancia de que los residuos de las práctica represiva están muy lejos de haberse desactivados: cuando, dadas mis actividades profesionales, aparezco en un medio de comunicación respondiendo a algún reportaje, aparece un llamado telefónico de alguien que se hace pasar por un oyente que interpela al conductor del programa por “darle ‘aire’ a quien fuera la madre de un preso político” (quizá con la esperanza de crear una atmósfera de avergonzamiento o turbación). El texto que se utiliza es siempre el mismo, como si lo estuvieran leyendo, lo que me permite conjeturar que la “mano de obra desocupada”³⁶ no lo es tanto, y probablemente cobre sueldo para llamar a un medio de comunicación intentando mantener la represión sobre la palabra de alguien. Sin éxito alguno en mi caso. No obstante, tengo la impresión que los conductores de programas que admiran a quienes veinte años después se dicen

arrepentidos, que promueven la reconciliación con los represores comparten alguna extraña confluencia ideológica con quienes llaman por teléfono intentando censurar a quienes, además de haber sobrevivido, podemos narrar lo que sucedió.

Una concepción ética para un nuevo análisis del feminismo

Los seres humanos cuentan con disposiciones que les permiten adecuarse al mundo en el cual viven; les resulta sumamente complejo cambiar rápidamente de estilo de vida. Pues bien, algo diferente sucedió entre nosotras. Después del golpe militar, en muy poco tiempo -si lo evaluamos cronológicamente, no más de cinco meses- las mujeres comenzamos a organizarnos de modo primitivo al principio para buscar familiares, para intentar liberarlos o preservarles la vida en las cárceles. Pero paulatinamente otras instancias se pusieron en juego.

21- La apariencia fue la de salvataje y rescate, pero lo que estaba alumbrándose era *una nueva concepción ética de la vida* para esta agrupación de mujeres. Desde la relación vincular con alguien (el familiar detenido o desaparecido) se pasa a la creación de otros *deseos*, impensables e impensados. *Deseo* que surge en la ausencia de ese otro ausente y que, por definición, remite a la esperanza. En este caso, la esperanza era apenas un recorte de lo posible. La construcción de este *deseo* no se aposentaba en la necesidad primaria y narcisista de estar junto con el ser amado, sino en la perentoriedad de extraerlo del horror, porque se apostaba a que estuviesen sumergidos en él. Un *deseo* que sobrevivía a la angustia y estaba asociado a *la acción*³⁷ que mencioné en un principio y que se encontraba en la antítesis de la huida o de la represión psíquica, al mismo tiempo que significaba una *elección ética* capaz de incrementar el miedo, la angustia y los riesgos personales.

22- *La invención de un nuevo modo de desear* facilitó la *inserción* de la idea de futuro. No he dicho integración sino *inserción*, puesto que no era posible para nosotras integrarnos en lo que ofrecía la cotidianidad. El futuro había que insertarlo como un objeto extraño, como un arrebato. No era posible pensar, razonablemente, en un futuro disponible, a partir de lo que sucedía y de lo que se preparaba para que el despotismo se eternizarse en el poder.

No eran éstos los *deseos* inspirados en aquéllos que la niña construye³⁸, aquéllos que la orientan hacia un destino programado, sino los que provenían de un resorte moral desconocido. Se supone que son los varones quienes desde pequeños fantasean con salvar la vida de alguien, los que se entrenan en soñar con heroicidades mientras se conjetura que las niñas desean ser cuidadas, amadas, al mismo tiempo que amar y cuidar. Ahora estas mujeres zafaban -por lo menos coyunturalmente- del modelo convencional aprendido durante la infancia.

23- La represión, directamente involucrada en la destrucción de los anhelos políticos de aquéllos a quienes transformaba en víctimas, después de los primeros años, fracasaba en un lugar impensado: *las mujeres en resistencia retoñaban deseos asociados con el sentimiento de justicia que eran ajenos a cualquier*

romanticismo o sentimentalismo y que excedían a la idea de cuidar a sus familiares.

24- Había sido posible llegar después de dos o tres años de luchas contra los represores y diálogos entre nosotras a reconocer al enemigo del país, para lo cual era preciso que la idea de país se resignificase en cuanto a la responsabilidad personal para con él. Los dispositivos del saber construidos durante la escolaridad acerca de lo que puede significar “país” podían interesar a numerosas mujeres, pero la prioridad había estado, en un comienzo, en el rescate o encuentro de los familiares. Esos dispositivos se fracturaban ante el reconocimiento de otra idea de país, en la cual las causas que habían abrazado los ahora desaparecidos y presos políticos cobraban otro sentido.

No se trata de un mecanismo reactivo, por el contrario, parecía que se había disuelto la obstrucción que impedía *desear* de un modo diferente de aquel que fue programado tradicional y patriarcalmente para el sujeto mujer. No estoy postulando un *deseo* innato del género, obstruido por impedimentos patriarcales (o por psicopatologías personales).

25- Hablo de la construcción de un *deseo* que se enciende y retoña donde había posibilidad para que así sucediera. Estoy describiendo a ese sujeto mujer que puede orientar su mundo pulsional y desiderativo en términos de una ética cuyos contenidos desbordan lo aprendido³⁹. Y que transplanta su respuesta⁴⁰ hacia territorios éticamente fecundos al mismo tiempo que gestan e involucran *deseo* hostil, responsable en buena medida, por decisiones creativas del género mujer.

La articulación que estimo novedosa radica en proponerse una concepción ética que se origina en la lucha en favor de sus familiares llevada a cabo en un entorno de terror. Es decir, un singular modo de enhebrar la reflexión ética con el miedo y con el descubrimiento de “la política” para innumerables mujeres, de lo cual parece haber emergido este modo de *deseo*. Este modo de *deseo* significó renuncias de toda índole y pérdidas incontables y permitió resignificar el sentido de la vida de muchas mujeres. En particular a lo que podemos vincular con la expresión de los afectos, con tanta frecuencia denigrada por el imaginario social (las histéricas, las nerviosas, las temerosas, la locas, cuando se expresan determinados sentimientos). Cabe recordar un párrafo de Seyla Benhabib⁴¹: “[...] se debe considerar que nuestra constitución afectivo-emocional, así como nuestra historia concreta, en tanto agentes morales, es accesible a la comunicación, a la reflexión y la transformación moral. La naturaleza interna, no menos que la esfera pública de la justicia, tiene una dimensión histórica”.

Las mujeres que constituyeron un modelo específico de sobrevivientes de la represión por tener familiares presos, exiliados y desaparecidos, también eran sobrevivientes de un proyecto de país. Lo que aquí pretendo subrayar es la que fuera su capacidad de lucha, de enfrentamiento y oposición. Muchas de quienes pelearon en defensa de sus familiares, no sólo pretendieron rescatarlos: también construyeron conciencia respecto de los sistemas de poder que, como el de la dictadura, conducían al país a una bancarrota y a la pérdida de autonomía como nación.



Encuentro y entrevista con una mujer militante de un partido político que participó en la lucha armada y que estuvo presa durante ocho años

[Hay nombres que se recuerdan porque mientras duró el gobierno dictatorial se pronunciaban con particular respeto entre quienes de distintas maneras tratábamos de resistir. Por ese motivo me comuniqué con una de esas mujeres. No le pedí que me narrara cuáles habían sido sus padecimientos; descontaba que de eso a ella no le interesaría hablar y además, contamos con cientos de páginas que describen torturas y vejaciones. Creí necesario que describiese cómo se había decidido una política de resistencia dentro de las cárceles. Así comenzó]:

—Yo sabía muy bien por qué había sido encarcelada y también sabía que eso podría sucederme. De modo que la cárcel no fue una sorpresa, a diferencia de lo que sucedía con otras personas que no comprendían por qué estaban en esa situación. Fue lo que pasó, por ejemplo, con la gente que llegaba del Hospital Posadas donde hubo una terrible represión y se llevaron a una médica que estaba trabajando, enfermeras, ascensoristas y otra gente. A ellas la represión le resultaba insoportable y tuvimos que sostenerlas afectivamente. En cambio, *las mujeres que teníamos militancia nos sentamos a discutir qué estrategias utilizar para ser eficaces en la resistencia*. No se trataba de proceder al boleo; hacíamos una caracterización de la situación política. Y una caracterización fundamental fue que estábamos en “la cárcel vidriera”.

—¿Qué significaba aquello en aquel momento? Que Devoto era la cárcel donde encarcelaban a las mujeres para mostrarlas?

—Los milicos tenían los campos de concentración y aniquilamiento en general y también tenían las cárceles de aniquilamiento para los varones. Entonces dijimos: *Tenemos que aprovechar esta vidriera para resistir por aquéllos que no pueden hacer nada*.

[Este es, sin duda, el lenguaje técnico y el diseño estratégico de una política organizada; para quien lo utiliza, resulta normal. Pero para quien, veinte años después, escucha y resignifica “estar en la vidriera” de una dictadura sangrienta, como “aquello” que se puede exhibir por su grado de bondad, la expresión tiene otro color. Porque la vidriera se define por ser una porción visible de un recinto cerrado, que a diferencia de una ventana, tiene la función de atraer la atención y generar la compra de lo que allí se exhibe. Ser las elegidas para ser miradas -la mirada del otro define a la vidriera- aportaba la que las militantes entendieron como ventaja en tanto y cuanto, sin convertirlas en intocables, su presencia era necesaria para satisfacer la mirada inquisitiva de otros, los organismos internacionales de derechos humanos cuando llegaban al país. La paradoja residía en que, quienes habían clandestinado buena parte de su existencia para poder militar, ahora, eran las que debían mostrarse para resistir. En cuanto a

“aquéllos que no podían hacer nada”, eran los encapuchados, los engrillados, los picaneados, los violados. Las encapuchadas, las engrilladas, las picaneadas, las violadas. Eran los varones y las mujeres que habitaron las prisiones y los campos de concentración; eran aquéllos y aquéllas que, en esos territorios creados por las fuerzas de seguridad para su regocijo personal y para solventar su delincencial pretensión patriótica, acababan de ser descriptos con el lenguaje despojado de quien sintetiza diciendo: “no podían hacer nada”. Su brayo el hecho para que no resulte inadvertido para nosotras, para quienes no estuvimos en los campos de aniquilamiento, y se escuche y lea nítidamente aquello que está silenciando por la sobriedad verbal de una mujer que pudo ser una de las que no volvió de aquellos campos de horror.]

—En Devoto estábamos todas las organizaciones: Montoneros, ERP, organizaciones intermedias, armadas y no armadas, PC, PCR, FAI, FAR. Al principio, cada organización marcó su estrategia y organizó su propia resistencia. En total habremos sido entre mil y mil cien presas políticas, distribuidas en diferentes años. La actitud de resistencia fue correcta; quizá se podría criticar alguna cosa como modalidad personal de alguien, con características de imposición, por ejemplo cuando alguien decía: “-Hay que...”. Buscábamos de a poco las medidas para oponernos, por ejemplo rechazar la comida. En alguna oportunidad no bajar al recreo, pero ése era un error porque nos hacía falta el sol y entonces la modificamos. O bien, nos prohibían hacer manualidades y nosotras las hacíamos. O nos asomamos a las ventanas y en castigo nos mandaban a los “chanchos” [calabozos]; pero igualmente insistíamos y tratábamos de comunicarnos con el exterior usando las ventanas con más habilidad. También nos defendíamos con el humor: aún hoy, cuando nos juntamos entre algunas de nosotras, recordamos situaciones tragicómicas: por ejemplo, nos estaban llevando arrastradas y a una se le salía un zapato y ése era motivo, después, para un chiste. O cuando trajeron a las compañeras de Córdoba: a ellas, los milicos les habían cortado el pelo, para humillarlas (trabajo que le encargaron a los colimbas que fueron celda por celda con una tijera). Te podés imaginar cómo se lo cortaron, las dejaron pésimas; cuando las vimos llegar les dijimos: ¿salió de un desfile de modelos? Los milicos ponían en práctica mecanismos perversos, probablemente eran gente que tal vez nunca tuvo nada en la vida y cuando le dan la orden de maltratar lo hace como única forma del poder. Para nosotras, *la definición era: resistir al enemigo, resistir a la destrucción.*

—¿Qué política ensayaban los represores?

—Ellos *habían decidido una política de destrucción, basada en quitarnos todas las cosas elementales.* Por ejemplo, yo estuve en la cárcel desde el '75, y con lo duro que era, había sin embargo, algunos beneficios como leer algún diario. Cuando aparecen los milicos en el '76, esos beneficios no sólo acaban sino que aparece una política represiva feroz. Nosotras éramos conscientes de lo que pasaba, sabíamos de los familiares desaparecidos, de los campos aunque nos quitaron los diarios. Veíamos cómo se achicaba el cerco. En un principio vivíamos en pabellones de 40 mujeres, después de veinte y por fin nos llevaron a celdas individuales. Nos encerraban y nos mantenían la mayor parte del día sin nada,

solas con nuestros propios pensamientos. Lo primero que nos quitaron fueron los libros.

—¿Conversaban con alguien como no fuera entre ustedes?

—Sí. Apareció un cura al que llamábamos San Fachón, por lo fascista que era y que buscaba nuestro arrepentimiento. En la perspectiva de una irreal libertad aparecían también militares que nos decían: ‘Ud. tiene que firmar que se arrepiente de todo y que Fulanito de Tal la llevó a la organización’. Un hecho interesante fue que nos cambiaron los guardias varones por mujeres: con muchos de los varones podíamos hablar, aunque varios se masturbaban con nuestras bombachas rosas que colgábamos en los tendedores. Las ensuciaban y las volvían a colgar. Pero cuando los milicos detectaron que a lo mejor los guardias nos dejaban pasar un kilo de azúcar, lo que significaba considerarlos vulnerables, nos pusieron mujeres como custodias: no hay peor cosa⁴². Nada peor que una mujer en la represión: ellas sufrieron, no se cómo, lo que a vos te hacen sufrir. Nosotras tuvimos distintos casos. Por ejemplo una carcelera que se enloqueció y otra se suicidó. Tratábamos de hablar largamente con ellas. Teníamos una celadora de “la pesada”, de choque, de las que nos atropellaban físicamente (de contextura enorme y cara cuadrada), y que era terrible. Terminó pidiéndome que le escribiera cartas al novio. Eran mujeres muy trabajadas ideológicamente contra nosotras y que además *nos tenían una envidia feroz debido a nuestro buen nivel cultural.* Nos sancionaban cada vez que nos veían enseñándole a leer a alguna compañera que venía de provincia y no había estudiado. Yo creo que se les armaba un merequetengue en la cabeza con nosotras como resultado de la política que los militares también llevaban con ellas: “Cuidado con la subversión porque te pueden enganchar”, les enseñaban. Y por otro lado el contacto con nosotras las confundía, porque éramos 90 en el pabellón, y probábamos con una, con otra y la que avanzaba más cerca era quien se hacía amiga de la “bicha” [celadora] y así conseguíamos algunas cosas. En una época teníamos 90 posibilidades de prueba para el acercamiento.

—En cuanto al modo de resistir...

—Hablabamos con las compañeras que venían de otras cárceles, de Córdoba, del Litoral, de Formosa. Entonces dijimos: vamos a resistir primero para que no nos hagan pelota, y segundo para que vean que no es fácil cambiarnos la cabeza. O sea, lo que te quiero subrayar es que *no se trató de algo improvisado, sino de una resistencia elaborada. No hubo espontaneísmo en ningún momento.* Lo que significaba tener claro los niveles de conciencia, del cual no todas disponían. Yo pensé que no llegaría a la cárcel, que me iban a matar, así que para mí la cárcel era casi un alivio. Después creí que no iba a salir, porque cuando en el '77 apretaron, nos sacaron hasta la puerta, y calculamos que no volvíamos. Otra vez me llevaron hasta Coordinación Federal. No sabemos por qué retrocedieron conmigo pero sabíamos por experiencias de otras compañeras que también podíamos morir allí adentro. Lo que no significó que nos conformáramos: “Bueno, total me voy a morir...”

—¿Como mantuvieron la organización?

—Por delegaturas. Cada delegada cubría las debilidades de las más necesitadas. Primero fui delegada del pabellón y después de la organización. Iba y peleaba con fundamento con el jefe de seguridad que venía del campo de aniquilamiento. *Nosotras sabíamos que volvía de matar gente*

porque el personal del penal, especialmente los directivos, estaba muy consubstanciada con los militares. Galíndez⁴³, por ejemplo, era un caso psicológico, era jefe de seguridad de un campo de mujeres y decía que tenía un gran harén. Volvía del campo [de concentración] y después tenía una charla no sólo conmigo sino con otras delegadas y se infatuaba con eso del harén. Yo iba a pelear posiciones con él, por ejemplo, que no nos bajaran los calzones cuando nos requisaban o que nos requisaran desnudas; y eso lo peleaba en los momentos en que, en otras cárceles, a los compañeros les metían la mano en el culo para requisarlos y a otros los daban vuelta y los tiraban al mar⁴⁴.

[Es decir, lo que mi entrevistada recalca es la aparente desproporción entre quien, en una “cárcel vidriera” podía pelear por sus derechos al respeto humano como lo hacían ellas, y las vejaciones y homicidios que, al mismo tiempo, el mismo personal de seguridad llevaba a cabo contra otros detenidos⁴².]

—O sea, que estar en la vidriera nos permitía organizar la resistencia de otro modo. Porque cuando llegaban los organismos internacionales los invitaban a Devoto y les mostraban la comida “bárbara” que nos daban y cuando los funcionarios se iban, nos daban mierda otra vez y ahí era cuando rechazábamos la comida. Por eso es que, cuando las autoridades hacen la matanza de los presos comunes nosotros desencadenamos una resistencia muy alta, pidiendo que no los mataran. Y ahí es cuando nos encierran. Pero resultó que, en ese mismo momento, estaban matando a nuestro compañeros en todas partes. Entonces, inclusive cuando nuestros compañeros libres o presos se enteraron de esta nueva resistencia pensaron que nos habíamos vuelto locas. Pero entendimos que había que hacerlo para que se supiera lo que estaban haciendo con los presos comunes. A nosotras no nos podían sacar de allí. Y provocar un escándalo alertaba a la gente que no sabía lo que eran capaces de hacer también con los comunes.

—¿Tuvieron que ocuparse de mujeres que se sentían menos fuertes?

—Ese era trabajo de la delegatura, a las que estaban mal psicológicamente y no les daban los remedios necesarios y ellas sólo atinaban a llorar. Entonces aparecían el psicólogo y el cura y podía resultar que esa persona terminase firmando cosas de las que se iba a arrepentir toda su vida.

—¿Y qué hacían con el psicólogo?

—Habría que hablar con aquéllas a las que les hicieron tests. A mí ya no me llamaban porque estaba considerada irre recuperable. Pero hay que considerar a la gente que se fue cansando porque la cárcel desgasta y además, las que tenían hijos estaban en una situación muy difícil; es una presión muy fuerte. Por ejemplo, un día que a alguien le tocaba visita con los hijos que llegaban desde lugares lejísimos, ese día la pasaban por requisa y ahí le encontraban cualquier excusa para que no los pudiera ver. Entonces las mandaban a los “chanchos”. Así se entiende que alguien, la próxima vez, dudaba si firmaba o no algo que le proponían. Te horadaban la moral con lo que podían: a quien era judía iba el cura y trataba de convertirla.

Lo más importante era cómo nos organizábamos para las estrategias de resistencia. Inclusive teníamos claves con los presos comunes: nos comunicábamos mediante gestos con las manos para obtener información de la que de

otro modo no hubiésemos podido disponer⁴³. Y el otro elemento importante para la resistencia era el economato. Muchas de nosotras, no solamente las del interior, no teníamos a nadie que nos diera de comer. Si hubiéramos dependido de la ayuda de nuestros familiares, en la mayoría desaparecidos, no hubiésemos comido. Allí no había socialismo sino solidaridad. Se distribuyeron todos los bienes que entraban; se distribuían entre todas, ya fuese alguien que habían traído del monte tucumano, sin parientes, o alguien que tenía una amiga de un estanciero. Ese “burgués” alimentaba a las que no tenían quien les llevara nada.

Era el punto grande de la resistencia.

—¿Cuánto importa tener identificado al enemigo?

—Sumando los tiempos, yo pasé un año y medio en calabozo, por coherencia solamente, porque era delegada. Pero no era grave. Cuando vos tenés identificado quién es el enemigo (y no adversarios), que sea el enemigo quien te encierre por principio, por lo que vos sos, es un pipopo. Es el reconocimiento de lo que yo sabía: por qué estaba en la cárcel. No se trataba de que “nadie hizo nada”. No. Nosotras sí que la hicimos, pero ése es un capítulo aparte que podemos analizar si estuvo bien o no, es otro asunto. Pero quiero dejar claro que estoy convencida de que muchas cosas que hicimos en la iniciación de la lucha armada estuvieron correctas. Y la continuidad adentro de la cárcel como resistencia era lo que había que hacer y *hubo una intensa unidad de lucha entre nosotras, cualquiera fuesen nuestras diferencias políticas*. Pero hay un dato que quiero darte: estoy convencida que teníamos menos nivel político que los varones, aun perteneciendo a las mismas organizaciones, y aun a la conducción. Sin embargo teníamos algo que no sé si es propio de las mujeres: somos muy afectivas. Entonces, cuando la cosa se encarajinaba en la discusión política, una podía decirle a la otra: “vos sos una basura políticamente, pero yo te quiero porque sos una buena persona”. Nosotras pudimos hacer esto. *El afecto hace una fraternidad*. Vos sabés, que aunque tengas diferentes posturas políticas, esa persona está al lado. A veces eran peleas terribles y quedaba un tema denso, pero después... un mate, y la cosa se ablandaba.

Te diré que *lo más importante es destruir el resentimiento y no echarle la culpa de todo al otro*, por ejemplo, enfurecerse contra el marido “que la metió en esto” y a lo mejor ella no evaluó los riesgos de lo que hacía, pero no puede resentirse con el marido, porque ella lo acompañó. *El resentimiento te produce un daño interior muy grande*. Entre cuatro paredes el resentimiento te destruye. Y la única que te abre la puerta es la bicha y lo hace para su conveniencia. A lo mejor para llevarte al jefe de seguridad porque dice que te vio triste y entonces vos vas y le decís que estás así porque ese hijo de puta [un compañero] te cantó [te denunció]. *El resentimiento contra cualquier otra compañera hay que sacarlo y encausarlo en algo positivo*. Y tenés que pensar que cuando salgas de la cárcel, tenés que salir bien para tus hijos, para tu vieja, para tu hermana. Entonces tenés que hacer algo y encausarlo y mantenerte bien. Aunque en más de un momento pensamos que nos iban a reventar a todas. Cuando salgas tenés que estar bien en ese mundo al que volvés. Quizá si se nos hubiese permitido gritar, tal vez hubiésemos puteado a los gritos contra alguien, pero no podíamos. *Entonces el resentimiento respecto de los otros compañeros tenés que disolverlo. Hacia el enemigo el odio correcto y bien ubicado: el que mató a tus*

hijos y a tu compañero. No hacia el adversario, por razones de sectarismos que es un individualismo de organización que cree que sólo lo que vos hacés es súper y lo de los demás es basura. En los varones yo creo que no sucedía de ese modo. Tenían entre ellos muchos odios. *El modo de resolver las cosas entre las mujeres es distinto. La diferencia de sexos ahí, en algo vale.*

[Yo le objeté la idea recordándole las luchas por el poder entre mujeres, pero mi entrevistada insistió en que así sucedía en aquella situación que describía. Seguramente fue así lo que ella vivió.]

—*Acerca de las pretensiones de rehabilitarlas...*

—Nos llevaban a entrevistas para ver si nos habíamos arrepentido. Ahí estábamos fuertes las delegadas; la peor situación la pasaban las no-militantes porque no podían sostenerse. Las preparábamos para las entrevistas pero cada cual decidía qué hacer. Si firmaban las mandaban a algún pabellón con más beneficios, tener un calentador en la celda por ejemplo, y te daban revistas, porque nosotras no teníamos nada. Entonces tener algo era importante para ellas. No tenían convicción acerca del porqué estaban allí: "mi marido me metió en esto", por ejemplo. O "¿Qué hago aquí?" Cuando una no eligió eso, ese vivir en política, la cosa cambia. A mí no me pesaron esos ocho años de cárcel porque yo sabía por qué estaba. Si exceptuó algunos dolores... pero, ¡qué terrible para las otras! O qué dolor cuando las compañeras te traicionaban. O los casos psiquiátricos que fueron muchos (esquizofrénicos o intentos de suicidio) y de esas mujeres las celadoras se reían y se burlaban, o las llevaba a los calabozos para agudizarles su locura. Algunas de las que no tuvieron militancia, veinte años después me siguen buscando para consultarme por cosas que les pasan, como si yo todavía fuera su delegada.

[La mujer que me contaba porciones de historia del país, añadió algunos datos personales: hija de un militante político, desde su adolescencia participó en luchas estudiantiles. Se refiere a las transformaciones que se hicieron en cuanto a los proyectos de igualdad de derechos entre varones y mujeres: "Igualdad de roles que también nos dio el año '70. Hablábamos de salir del modelo tradicional de la mujer en la casa: estudiábamos en un marco social convulsionado". Añadió:]

—Hay cosas que no pueden explicar: yo tengo tradición familiar acerca de los cambios que hace falta hacer [y] había un alto porcentaje que no tenía esa tradición. En cambio nosotras emprendimos una lucha que pretendía cambiar un país, y cambiar un país es cambiar el mundo. Pensamos que podíamos hacerlo. Hoy también pienso que hay que cambiarlo. Me hubiera gustado tener a mi lado a alguien que tuviese las cosas claras como las tengo ahora. Mayor claridad política en algunas cosas. Por ejemplo, haber llenado de menos exitismo nuestra juventud. Porque entonces con la fuerza arrolladora de la juventud te creés que podés vencer todo. Y no es así. La gente con más experiencia y más edad tiene que actuar como factor moderador de ese impulso. Por ejemplo, nosotros no estábamos preparados para las traiciones y cuando comenzaron a darse fue una sorpresa. Después se puede entender. El hecho es que nos faltó solidez y preparación, había demasiado impulso.

En ese impulso una hizo muchas cosas. Yo nunca me sentí más fuerte que en esa unidad, no sólo en la cárcel sino en la organización. Aprendí a tener no sólo cosas individuales sino colectivas, sociales. Luchar por el conjunto. *Muchas veces el resultado de una lucha ennegrece el proceso de esa lucha: a nosotros nos derrotaron, pero eso no invalida la lucha.* Eso es lo que hay que transmitir. Valió la pena, nos salió mal, pero no invalida la lucha.

—*¿Y cómo pensar ahora, con un gobierno constitucional y otras concepciones políticas?*

—Esta es otra sociedad. Fue muy golpeada. No hay peor cosa que el miedo. El miedo es una de las peores cosas que te pueda pasar en tu vida. No te deja pensar ni actuar con serenidad. *Pero para vencer al miedo hay que estar muy convencida de algo.* Hay que enfrentar las dificultades. Yo soy esto. Y no voy a mentir. Yo no voy a decir que la nuestra fue una generación trágica aunque hayamos atravesado momentos de tragedia griega, porque hicimos otras cosas. No se me ocurriría decir algo semejante.

[Otras cosas se dijeron. El grabador se detuvo sobre comentarios que sin duda podrían ayudarnos a pensar, y que a muchas les permitirían informarse. Queda a la vista que la lealtad de mi entrevistada hacia aquella joven que hace veinte años apostó su vida para crear otro país se mantiene intacta. Reproduzco la mayor parte de la entrevista porque de no haber hablado con esta mujer hoy adulta, la incompleta y elemental descripción que hice previamente acerca de otros tipos de resistencia, no hubiese alcanzado para diseñar, mínimamente, el escenario de la represión.

Hay un lugar otro que no es el del orden ni el desorden, la región intersticial que el *pensamiento complejo* reclama para franquear los límites de las lógicas aristotélicas. Un pensamiento de nuestro tiempo, tan "cibertiempo" en ciernes. Quizá sea preciso para poder hablar de cosas que no están ni en el cielo ni en la tierra. Cosas que todavía precisa pronunciar el Sujeto deconstruido, claudicante y agónico, para despedirse nombrando aquello que sólo logra existir cuando las mujeres decidimos escribir una partitura en clave de historia.]

Notas

¹Actualmente, la idea de víctima suele sustituirse por sobreviviente, con lo cual se propone una resignificación de los términos.

²Giberti, E.: Género y Posmodernidad - Seminario organizado por la Subsecretaría del a Mujer y la institución Espacios -

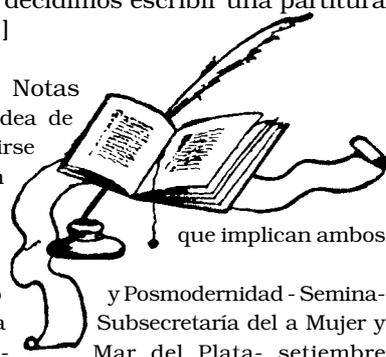
Mar del Plata- setiembre 1996.

³ *Nunca más* entre nosotros, pero documentos de diversa índole en todo el mundo.

⁴ No dedicaré el espacio que merecen a las Madres y Abuelas de Plaza de Mayo: las historias de sus luchas permanentes cuentan con una bibliografía internacional suficientemente esclarecedora.

⁵Buttafuoco, A.: "Historia y memoria de sí", en *Feminismo y teoría del discurso*, en G. Colaizzi, comp. 1990.

⁶Giberti, E: *Mujeres carceleras, un grupo en las fronteras*



del poder, Bs.As, Asamblea Permanente por los Derechos Humanos, 1987.

⁷ Giberti, E.: "De la obediencia debida a la obediencia de vida", en *El Periodista*, N° 70, 1986, Bs.As.

⁸ El mismo conductor que para ejemplificar el amor materno (que según él protagonizaba Gabriela Oswald al defender la tenencia de su hija en Argentina), utilizó la imagen de una leona, para que no quedasen dudas acerca del "instinto materno que compartimos las hembras".

⁹ CONADEP: *Nunca más*, Eudeba, 1985.

¹⁰ Giberti, E.: "Reconciliación", en *Memoria y Holocausto*, en prensa.

¹¹ Giberti, E.: 24 de marzo de 1976, *Página 12*.

¹² Fariña, J. J.: "Aspectos psicosociales de la amnesia / amnistía en Argentina", en Riquelme, H., *Otras realidades, otras vías de acceso*, Nueva Sociedad, Caracas, 1992.

¹³ Giberti, E.: "Los agitadores del olvido", en *Revista Humor*, 38-8-84, Bs.As.

¹⁴ Parecería que esta expresión forma parte de los metarrelatos que la posmodernidad considera claudicados.

¹⁵ *La Noche de los Lápicos*: film dirigido por Héctor Olivera, con libro de María Seoane y Héctor Ruiz Núñez que narra el secuestro, tortura y desaparición de un grupo de adolescentes que reclamaban boleto estudiantil para el transporte.

¹⁶ Giberti, E.: *Mujeres carceleras*, op.cit.

¹⁷ Giberti, E.: "Mujeres y represión", Conferencia en Lugar de Mujer, offset, Bs.As, 1984.

¹⁸ Giberti, E.: "La discriminación de la mujer en América latina", en *Revista Ciclos*, N°9, Bs.As., 1995

¹⁹ Rossanda, R.: *Las otras*, Barcelona, 1981.

²⁰ Badiou, A.: *Manifiesto por la filosofía*, Nueva Vision, 1990, Bs.As. Cf. también Giberti, E.: "Reportaje", en *Gaceta Psicológica*, octubre 1993, Bs.As.

²¹ Menapace, L.: *Economía política della differenza sessuale*, Roma, 1987. Debo el conocimiento de esta obra al regalo que me hiciera Alicia Genzano.

²² Freud, S.: *La interpretación de los sueños*, en OBRAS COMPLETAS, Amorrortu, 1976.

²³ Giberti, E.: *Tiempos de mujer*, "Prólogo". Bs.As., Sudamericana, 1989.

²⁴ En el libro *Guerrilleras* de M. Diana, Ed. Planeta, 1996, se encuentran ejemplos que caracterizan el desconocimiento de los problemas de género, que, al tratarse de mujeres que participaron en la lucha armada, no parecían disponer de tiempo psíquico ni de interés para ocuparse del tema, hasta que las exigencias de los partos y nacimientos condujo a una revisión política. Cf. también: Giberti E.: "Prólogo" al libro *Mujer y política*, de Jutta Marx, Ed. Legasa, 1992.

²⁵ Tomando la acepción de P. Bordieu en varias de sus obras.

²⁶ Giberti E.: "Comer, hacer el amor, ¿Cómo hablar de eso con los familiares de desaparecidos?" en *Actualidad Psicológica*, N° 130, 1985, Bs.As.

²⁷ Schutte, O. "Irigaray y el problema de la subjetividad", en *Hiparquia*, Bs.As., 1989.

²⁸ Hartsock, N.: "Foucault, sobre el poder, ¿Una teoría para las mujeres?", en *Feminismo/posmodernismo*, Comp. Nicholson, L., Feminaria Editora, 1992.

²⁹ Esta expresión pertenece a Bordieu quien la utiliza en varios de sus trabajos.

³⁰ Excluyo aquellas mujeres, que hace años se organizan en cooperativas, en coordinaciones barriales y en gremios, pero que no necesariamente están convencidas acerca de sus

derechos en lo que hace a igualdad de oportunidades entre los géneros.

³¹ El Comité de Madres y Familiares de Presos, Desaparecidos y Asesinados Políticos en El Salvador (COMADRES) constituye un movimiento semejante a los que se organizaron en otros países. Por ejemplo, el Grupo de Apoyo Mutuo por la Aparición con Vida de Nuestros Familiares (GAM) en Guatemala.

³² La representatividad constituye un punto que demanda una extensa discusión en la posmodernidad. Lo señalo sin poder ingresar en el mismo por razones de espacio.

³³ Giberti, E.: "Reportaje", realizado por Mona Moncalvillo, *Revista Humor*, N° 131, 1984, Bs.As.

³⁴ Op. cit.

³⁵ Aguiar, E. "Efectos psicológicos del terrorismo de Estado en parejas directamente afectadas por la represión política" en *Revista Psicología y Psicoterapia de Grupo*, Tomo XII. N° 1 y 2, 1988.

³⁶ Nombre que el ministro Trócoli, durante la presidencia de Alfonsín, le dio a los grupos paramilitares que actuaron ilegalmente durante la represión. Al llegar la democracia quedaron "desocupados".

³⁷ La acción es activa, en tanto que el acto puede ser pasivo.

³⁸ Giberti, E.: "El derecho a ser niña", *Revista Hechos y Derechos* (Subsecretaría de Derechos Humanos) noviembre 1996.

³⁹ En este punto sería preciso abrir un capítulo para comentar a Carol Guilligam, a Sabina Lovibond (cuya postura comparto) a Nel Noddings, a Ruddick, a Judith Willamson, a Margarita Roulet, a Adriana Santa Cruz, a Diana Maffia, a las colegas que desde una lectura feminista han aportado nuevos criterios éticos. Cf.: Giberti, E.: "Éticas y deseos", en *Página 12*, julio 1996 Cf. también: Relato de Éticas y Adopciones en las JORNADAS LAS ETICAS Y LA ADOPCION, Bs As. 1996 en prensa.

⁴⁰ Deseo hostil es una concepción freudiana que remite a la posibilidad de encontrar formas de creatividad como elaboración de pulsiones hostiles.

⁴¹ Benhabib, S.: "El otro generalizado y el otro concreto" en *Teoría feminista y teoría crítica*, comps. Benhabib y Cornell, Valencia, 1989.

⁴² Cf. Giberti, E.: *Mujeres carceleras*, op. cit.

⁴³ Notoria coincidencia con el título de una obra de E. Pavlovsky cuyo protagonista es un torturador que se apellida de ese modo y además actúa como buen padre de familia.

⁴⁴ Para mayores precisiones acerca de la práctica de la marina nacional de arrojar prisioneros aún vivos al mar desde aviones navales consúltese *El Vuelo* de H. Verbitsky, que reproduce las narraciones de Scilingo, uno de los esbirros a cargo de la tarea.

⁴⁵ Los subrayados me pertenecen; los incluyo porque estimo que se trata de frases claves.

⁴⁶ La disposición de celdas, pabellones, corredores y ventanas de la cárcel de Devoto hace posible que, poniendo en práctica determinadas técnicas, sea posible enviar mensajes de esta clase desde un sector hasta otro. A primera vista parece imposible.

“Abrir los ojos, abrir la cabeza”: el feminismo en la Argentina de los años '70

Marcela María Alejandra Nari*

En la Argentina de los años '70, luego de un largo y aparente sueño, nuevamente emergieron a la faz pública algunos grupos de mujeres autodefinidos como “feministas”. De manera inconsciente o intencionada, recogían la lucha de otras mujeres que, a principios del siglo, habían defendido los “derechos de la mujer” públicamente y desde una perspectiva feminista (Nari, 1995). A riesgo de simplificar excesivamente, podríamos decir que, en el medio, especialmente a partir de los años '30-'40, el feminismo como ideología y como movimiento social atravesó una fase efervescente aunque sumergida. Efectivamente, las transformaciones en las vidas de las mujeres de diferentes clases sociales fueron profundas durante las décadas siguientes (ciudadanía política, afianzamiento de la tendencia descendiente de fecundidad, mayor acceso a los estudios superiores y permanencia en el mercado de trabajo).

Estas transformaciones y sus impactos en las relaciones de género no condujeron a las argentinas automática ni mayoritariamente al feminismo. Por el contrario, en su mayoría, lo negaron, rechazaron o, simplemente, lo desconocieron. La radicalización política, la conflictividad social ocultaban u ofrecían otras salidas a los inconformismos, insatisfacciones, rebeldías y malestares de muchas mujeres; sin olvidar aquellos otros caminos, más tradicionales, que conducían -como sostenía María Rosa Oliver- a maduras y cumplidas esposas y madres, “poseídas por un extraño desasosiego”, “del peinador a la modista y de ésta al instituto de belleza (los psicoanalistas quedan para las más cultas, las que han cursado más de seis grados) con la ilusión de que aún pueden encontrar un hombre que les haga recuperar el tiempo perdido (Oliver, 1971:122)^o. A pesar de esto, el feminismo de los '70 podría ser considerado como fruto de aquellas transformaciones en la vida cotidiana de las mujeres y en las relaciones de género, al mismo tiempo que las trasladaba al plano público y político. Por aquellos años, algunas mujeres comenzaron a percibir la “política” de sus inconformismos “personales”.

Diversos estudios, en su mayoría realizados por militantes feministas de la época, han reconstruido la historia institucional y pública del movimiento (Bellotti, 1989; Calvera, 1990; Cano, 1982; Rais y Reynoso, 1987). Nuestra intención, en este artículo, en cambio, es analizarlo desde otra perspectiva: la experiencia subjetiva.

Para ello, realizamos entrevistas a mujeres que, durante el periodo estudiado, participaron activamente en diferentes grupos feministas y a otras que, aún sin haber militado, fueron sensibles a la “cuestión femenina”¹. Las experiencias subjetivas, aún marcadas por disposiciones adquiridas tempranamente, se forman y construyen en un constante proceso de conflicto con los desafíos y normas sociales (Niethammer, 1989:17). Esto es especialmente cierto para la conciencia feminista de la época. Nuestro análisis se basa en lo que Niethammer ha denominado “entrevistas de recuerdo”, testimonios en los que se manifiesta una distancia temporal entre las experiencias de la década de 1970 y su reelaboración actual. Efectivamente, las “entrevistas de recuerdo” varían más de acuerdo a la historia de vida y de pensamiento de la entrevistada a lo largo del tiempo que a su participación en las experiencias estudiadas. En este sentido, el artículo se propone analizar cómo estas mujeres recuerdan sus experiencias, cómo las perciben, las evalúan y las valoran.

Nos centraremos particularmente en las vivencias y recuerdos de mujeres que participaron en grupos autodefinidos políticamente como “feministas”. Contemporáneamente, otras iniciaban el camino desde un plano académico, desde el inconformismo hacia la teoría y prácticas profesionales androcéntricas. En muchos sentidos, esta separación entre la “política” y la “academia” es ficticia, y no sólo porque algunas mujeres conjugaron en sus vidas ambos procesos sino porque el cuestionamiento teórico es una experiencia política y el feminismo, como política, no puede dejar de ser una práctica contracultural. Sin embargo, aunque hagamos ciertas referencias al malestar de algunas universitarias, creemos que la dinámica subjetiva de su *descubrimiento* como mujeres intelectuales merece un estudio especial y específico.

A través de los testimonios, indagaremos sobre las condiciones y circunstancias bajo las cuales algunas mujeres descubrieron un mundo nuevo: pensarse, como mujer, desde otra perspectiva; comprenderse políticamente dentro de un colectivo. Esta experiencia fue, a veces, excitante; otras, dolorosa. En todos los casos, sumamente conflictiva, tanto por lo que implicaba asumir y transformar de sus vidas “privadas” y “públicas” como por la consideración (despectiva, irónica o refractaria) que la sociedad tenía de dicha experiencia. Era darse cuenta personalmente de la opresión social de las mujeres, al mismo tiempo que sentir sus experiencias denegadas por la sociedad. Mientras que, en la utopía, ellas deseaban ser seres humanos; en la realidad, eran contradictoriamente

* Licenciada en Historia. Facultad de Filosofía y Letras (UBA), integrante del Area Interdisciplinaria de Estudios de la Mujer (UBA).

acusadas de “subversivas” y de “pro-imperialistas”, de “anti-madres” y de “burguesas gordas”.

El descubrimiento...

¿Quiénes y porqué se convirtieron al feminismo a principios de la década de 1970 en nuestro país? Básicamente, eran mujeres de clase media, muchas de ellas amas de casa. Otras, trabajaban o estudiaban. Algunas provenían de partidos o grupos políticos de izquierda.

Por lo general, nuestras entrevistadas entienden su *conversión* a partir de experiencias previas, fundamentalmente familiares o políticas. Desde hoy, perciben en las rebeldías, los inconformismos, los malestares, latentes e intuitivos, no racionalizados, *indicios*, *marcas del género* (presentes indudablemente en muchas mujeres de la época), pero que a ellas (pocas) las condujeron a buscar nuevas respuestas. “Lo raro no era percibir las diferencias que separaban a varones y mujeres. Lo raro era cuestionarlas”.

Esas diferencias, vividas con malestar (y no siempre, en un primer momento, sentidas como injustas), eran más perceptibles en el ámbito familiar y, para quienes tenían algún tipo de militancia, en la política. Carreras o estudios frustrados por no ser “femeninos”; la decisión o, incluso, el combate necesarios para escapar al destino de amas de casa exclusivas; la percepción de la opresión en otras mujeres dentro de la familia², fueron experiencias vividas, más o menos, por todas. Algunas intentaron sumar las experimentadas en la militancia política³: básicamente, la desilusión, la decepción, ante las contradicciones evidentes entre las acciones y la moral, públicas y privadas, de los/as militantes.

En estos mismos años, muchas mujeres también vivieron una “revolución de las expectativas” dentro de los ámbitos académicos. Percibieron y experimentaron una brecha entre las ambiciones y esperanzas despertadas en su paso por la universidad, y sus condiciones reales de existencia como mujeres dentro de una sociedad patriarcal (véase Bonder, 1995). Hacia fines de la década, el vago inconformismo se traduciría en reflexiones y análisis, cada vez más críticos, de los conocimientos aprendidos y prácticas profesionales internalizadas.

El *detonante*, para algunas, fue incidental: un/a amiga/o le habló de otra amiga que estaba o conocía un grupo que debatía sobre “problemas de mujeres”, “de pareja”, etc. Pero, es realmente asombroso, aunque no imprevisible dada la extracción social y cultural de estas mujeres, la relevancia otorgada a las *lecturas* y, en especial, a *El segundo sexo* de Simone de Beauvoir.

“En 1958 leí, por primera vez, *El segundo sexo* ... y me dio vuelta la cabeza, me cambió la vida... Ahí, yo decidí que era feminista, pero no conocía a otras. Recién en los '70, cuando empezaban a formarse los grupos, conocí a mujeres que también se consideraban feministas”. “Ahí [otra entrevistada que se refiere al libro de Simone de Beauvoir] encontré respuestas a un montón de cosas que me estaban pasando, que no sabía cómo resolverlas”. Sin embargo, “me sentía absolutamente aislada, entendiendo muchas cosas, pero pasó mucho tiempo hasta que tuviera con quien hablarlas”.

En Francia, el libro apareció en 1949. En Buenos Aires, tuvo una extensa difusión entre algunos nú-

cleos intelectuales durante la década de 1950⁴. Sin embargo, como rescatan los testimonios, la lectura del texto tuvo impactos diferenciados en diversas coyunturas histórico-sociales. En los años '50, permitió una toma de conciencia del estereotipo “femenino” posibilitando plantear, quizás, por primera vez, la absoluta igualdad de “lo humano” (aunque sin criticar su relación con lo “masculino”) (Gibaja, 1952). Esta comprensión podía resultar muy esclarecedora individualmente, pero sólo en los '70 algunas mujeres pudieron sacar el problema de lo personal y librarse de su interiorización.

En los '70, por el contrario, la creación de grupos para escapar de la angustiada solución individual y el surgimiento de una conciencia de *ser una mujer más*, entre muchas otras, que compartía los mismos problemas, se apuntalaron y reforzaron mutuamente. Es difícil saber si uno precedió a otro o, simplemente, qué fue lo que motivó el cambio subjetivo en algunas mujeres. Pero ese sentimiento de inconformismo, de soledad, presente durante las décadas de los '50 y '60, encontró, en los '70, otros marcos ideológicos y otros contextos sociales, un lugar de debate, de pertenencia y de catarsis: los grupos feministas de *concienciación*⁵.

De manera más inorgánica, el inconformismo de algunas universitarias generaría grupos de lectura, de estudio, entre estupefactos y fascinados por la producción teórica feminista que llegaba del exterior. A través de ella, simultáneamente se des-cubrían como mujeres oprimidas y como intelectuales que legitimaban dicha opresión.

... de un mundo nuevo y de sus conflictos

El ejercicio de la “concienciación” produjo choques brutales con la propia historia de vida. La *concienciación*⁶ definió los alcances y límites del feminismo de los años '70 en nuestro país. El objetivo era buscar la “raíz común” entre las mujeres, más que sus diferencias de clase, ideológicas, de edad, etc. Descubrirse como “personas”, como sujetos y, desde allí, producir un cambio. “Hasta yo misma, por primera vez, encontré qué lindo era poder pensarme como ser humano y que difícil nos resultaba porque nos pensábamos como mujeres”.

Los grupos de *concienciación* eran un “módulo de trabajo” en donde sólo se contaban experiencias personales en ronda (no se leían materiales), con una coordinación rotativa, y con el objetivo de extraer conclusiones. “El planteo era poder pasar de la experiencia personal a un grado de abstracción mayor, encontrar las pautas en común de las experiencias individuales, conceptualizarlas, pasar a un nivel de abstracción en el cual poder localizar de dónde venían, qué pasaba, por qué todas estas experiencias... Y, además, era algo bastante fantástico porque todas empezábamos diciendo: el mío es un caso muy particular...”.

Para quienes eran denominadas, o se autodenominaban, “feministas puras”, la “cuestión femenina” debía ser pensada con categorías nuevas. “Nos reuníamos a partir de ser mujeres y todo debía ser analizado y visto desde allí”. Esta autonomía teórica y política era juzgada, por otras compañeras, como excesiva y contraproducente. Para estas últimas, el

feminismo debía conectarse con la realidad nacional y latinoamericana, insertarse en los problemas de la sociedad, no aislarse, no encerrarse.

Aunque no siempre siguiera los mismos derroteros, esta división es relatada, por lo general, como un enfrentamiento entre las “políticas”, las “programadas”, las “militantes de izquierda”, y las “feministas principistas”, “elitistas”, “autosuficientes”. División que generaba tensiones, conflictos, abandonos personales y cismas dentro de los grupos⁷, aunque no necesariamente. La crítica es frecuentemente una autocritica desde hoy. Aún cuando, en aquellos días, consideraran excesiva la insistencia en la autonomía del feminismo, su forma “colonizada” de pensamiento, el escaso interés por adaptar teorías extranjeras⁸ a realidades locales, no siempre conducía a la deserción. Otros lazos las mantenían en el grupo y muchas pensaban que era posible, y valía la pena, intentar cambiarlo desde dentro.

El problema de la *doble militancia* se planteó fundamentalmente después de 1973, acorde al clima general de politización y radicalización que vivía el país. De todas maneras, desde principios de la década, muchas militantes partidarias participaron en los grupos feministas a título personal⁹. También se crearon grupos “feministas” dentro de partidos políticos¹⁰.

La militancia paralela creaba dos tipos de conflictos: uno, interno, en las propias mujeres: “nos sentíamos divididas, tironeadas, entre la lealtad hacia el partido y la lealtad hacia el grupo de mujeres”. Otro, externo, entre las “políticas” y las “feministas”. Para estas últimas, los partidos de izquierda sólo se interesaban por los “derechos de la mujer” antes de las elecciones. Sospechaban que muchas de sus militantes eran enviadas a los grupos de concienciación simplemente para hacer proselitismo. El “feminismo partidario” era visto como “superficial”, “subordinado a la lucha de clases”. “Los partidos políticos no cuestionaban la maternidad, el trabajo doméstico y el matrimonio, pilares básicos del patriarcado. Ellos hablaban de leyes, igualdad salarial, protección de la maternidad. Era un feminismo poco profundo”.

Sin embargo, las mujeres que formaron grupos dentro de los partidos tienen una vivencia diferente: además de sentirse constantemente enfrentadas y en contradicción con sus estructuras, consideran que las actividades realizadas eran profundamente feministas: “Leíamos trabajos, hacíamos grupos de concientización, como las otras. Al principio, pensábamos que esas feministas eran ‘burguesas’. Después, cuando fuimos avanzando sobre el tema, ya no. Nos dimos cuenta de que no debíamos dirigirnos solamente a las obreras sino a todas las mujeres porque, aún las de clase alta, estaban oprimidas. Rápidamente descubrimos que el tema de la opresión de la mujer no tenía nada que ver con la cuestión de clase. Que, además, existía la opresión de clase, pero que la opresión de la mujer era universal”.

El conflicto de la doble militancia no pudo, aparentemente, ser resuelto en la mayoría de los casos. Muchas mujeres que participaban en partidos o grupos de izquierda abandonaron su militancia cuando se encontraron con el feminismo. Otras, en cambio, terminaban desertando de los grupos de concienciación.

Esta fue sólo una de las muchas dificultades internas que debieron enfrentar los grupos feministas durante la primera mitad de la década de 1970. La *horizontalidad* “a rajatablas” prolongaba las discusiones hasta altas horas de la madrugada (“nunca nos poníamos de acuerdo”, recuerda una entrevistada); al mismo tiempo que generaba conflictos entre las mujeres, entre los diversos grupos, puesto que no todas/os compartían los mismos criterios de liderazgo, coordinación y organización.

La *escritura* se presentaba como un tabú difícil de vencer. Nada del material elaborado por los grupos hasta 1976 fue publicado. Analizando las razones de esta parálisis, una entrevistada sostenía: “Creo que no era cuestión de dinero, porque podríamos haberlo mimeografiado como las traducciones, sino más bien de falta de confianza. Todas éramos más tímidas para escribir o para darnos a conocer al exterior”¹¹. Incluso, en un nivel aún más elemental, se planteaban dificultades en el *relato oral* de las experiencias personales, y no solamente con “cosas ocultas” (como, aparentemente, era el tema del lesbianismo de algunas de las integrantes). Una “conciencia política débil” y la “escasa experiencia organizativa” de las mujeres también creaban problemas: “las mujeres eran poco tolerantes entre ellas”; “se preocupaban más por lo afectuoso que por lo político del grupo”; “se iban ante el menor obstáculo o cuando resolvían sus problemas”; “no sabían asumir roles determinados”.

Si bien todas estas tensiones y conflictos estuvieron presentes, la fuerza y debilidad de este feminismo seguía estando en la conciencia de saberse mujer y en el desgarramiento que esto provocaba. En muchas mujeres se producía una “fisura” imposible de soldar, que no necesariamente, ni en la mayoría de los casos, generaba inquina hacia el grupo. “Seguían atendiendo al marido, a los hijos. Lo vivían naturalmente, como zonas que ellas tenían que cargar. Trataban de combinar lo que deseaban ser de niñas con lo que después fueron, de hacerse cargo de las desarmonías con las que tenían que continuar viviendo”. Otra entrevistada nos comentaba: “Muchas se quedaban colgadas... sin pies en la tierra. Ya no sabían cómo manejarse en la familia, en el trabajo, con su conciencia feminista”.

Las crisis internas y el terror social, ya vivido desde 1975, pero instalado abiertamente en el poder desde marzo de 1976, aparentemente terminaron con estas experiencias. Al respecto, es interesante destacar la tensión existente entre ruptura-continuidad, cuando las entrevistadas hablan del golpe de estado. Por un lado, surgen los términos “parálisis”, “suspensión total”, “repliegue”, “silencio”. “Con el golpe, entró muchísimo miedo. Estábamos catalogadas como ‘grupo revolucionario sin acciones exteriores’”. Pero, por otro, de manera casi inmediata, emerge la re-creación de los grupos, más pequeños, en casas particulares, entre conocidas. Para leer, para reflexionar y, casi espontáneamente, para seguir con la concienciación. “Había una necesidad de reunirse, era imprescindible, nos seguimos viendo *sottovoce*”. Paralelamente, otras iniciaron el camino del estudio y la investigación.

La intervención de la universidad en el año 1974 había desplazado a numerosos docentes e investiga-

dores hacia centros privados de investigación dentro del país o hacia el exterior. Este fenómeno se profundizaría, con dimensiones más trágicas, a partir de 1976. Hacia fines de la década, los “estudios de la mujer” irían peleando cierta legitimidad en algunos ámbitos académicos extra-universitarios (Feijoó, 1987). Diferente fue la situación de los grupos de estudio de mujeres, también extra-universitarios, pero reunidos a partir del propio malestar e insatisfacción en torno a los usos y saberes profesionales. La legitimidad de la práctica vendría acompañada y reforzada por el auto-descubrimiento, fuente de fuerza y debilidad. Fuerza subjetiva que se origina en el compromiso intelectual y de vida. Debilidad social de lo que puede ser rápidamente estigmatizado como experiencia individual (y, aún, patológica).

La descompresión del clima de terror, a principios de la década de 1980, visualizó, repentinamente, este feminismo de catacumbas. Desde unas Jornadas Interdisciplinarias organizadas en el Instituto Goethe por un grupo de profesionales¹² hasta la campaña por la Patria Potestad indistinta, y pasando por los Congresos de DIMA¹³ (1982-1983), muchas mujeres se re-encontraron y muchas otras más se acercaron al feminismo¹⁴. “¿Tantas éramos las que durante la dictadura nos estábamos juntando en las casas? De pronto, descubrí que habíamos sido muchas las que, durante esos años, habíamos trabajado, pensado, escrito, pintado, leído, hecho propuestas. Fue fantástico...”¹⁵.

También fueron productos de esta etapa de recogimiento *El género mujer*, exhaustiva investigación sobre los fundamentos culturales de la opresión de las mujeres, su actualidad y perspectivas futuras; *Diario colectivo*, primer escrito testimonial del feminismo local; tanto como las ponencias presentadas en congresos, seminarios, jornadas y las publicaciones internas de los centros de investigación.

A estos caminos internos deben sumárseles los aportes de muchas de las mujeres exiladas que comenzaban a regresar al país y que, durante su forzada estadía en el exterior, se habían acercado a grupos feministas, descubriéndose, por primera vez, políticamente como mujeres. Frecuentemente, habían militado en grupos o partidos de izquierda antes del '76 y despreciado, ignorado o ridiculizado al feminismo.

El exilio favoreció el acercamiento a prácticas y lecturas feministas, a espacios donde la temática gozaba mayor legitimidad, a experiencias de discriminación en países extraños donde ya no funcionaba el mágico “mundo de los compañeros de militancia”. Pero, además, posibilitó un tiempo de reflexión y evaluación sobre las experiencias políticas, sobre su participación como mujeres o, simplemente, sobre su condición social de género. La desaparición o las rupturas de parejas, la maternidad, entre otras, fueron experiencias “femeninas” de vida muy profundas y frente a las cuales muchas debieron posicionarse, por primera vez, en condiciones de exilio.

La sociedad...

“Ni eco ni piedad” resume el clima de recepción social del feminismo, recordado por nuestras entrevistadas, en la primera mitad de los años '70. Por un lado,

la “bufa”, la burla, el ridículo, desde los medios de comunicación¹⁶, en sus lugares de trabajo, en sus familias. Por otro, la indiferencia, el exotismo, la cosa curiosa. “Era difícil decirse feminista”. “Era como una mala palabra”. “No nos tomaban en serio”.

La crueldad del medio, efecto de la mezcla entre hostilidad y desdén, aún hoy, es recordada amargamente. Al respecto, una de las entrevistadas reflexionaba: “Una cosa era que las mujeres hablaran de la ‘liberación’ en los '60 y otra era que hablaran de ‘feminismo’: eran dos cosas totalmente distintas desde la semantización de la idea. Liberación y derechos de la mujer, sí, en tanto la mujer es persona. Usted encontraba adhesión. Pero no meta la palabra feminismo porque se acababa todo. En realidad, una cosa era la ‘liberación de la mujer’, que implicaba ser (o ayudaba a ser) ‘mejor’ madre (era lo connotado en ese discurso), y otra era el ‘feminismo’ contra los hombres. No sea cosa que se perdiera la dependencia del varón y se corriera del lugar al padre. Este punto es capital para entender el repudio al feminismo”.

Para algunas feministas, en realidad, sólo la derecha política captó la real subversión que contenía el feminismo. Para la izquierda, eran “pro-imperialistas”, pero políticamente inocuas. “Nos consideraban una tarada burguesa que no jodían a nadie”. Frente a la policía, fundamentalmente causaban desconcierto. “No reprimían nuestras campañas. No sabían de dónde salíamos, quiénes éramos. Además, éramos pocas”.

Hacia 1975, el clima ideológico general del país se rarificó y hubo algunas amenazas de muerte. La catalogación de “agentes del plan de subversión mundial” también pasó a englobar a las feministas. Las campañas en pro de la anticoncepción y sus relaciones con varones homosexuales (FLH) dejaban pocas dudas de su carácter revulsivo para la familia tradicional, caro elemento no sólo defendido por la derecha.

En los inicios de los años '80, un poco inexplicablemente, nuestras entrevistadas perciben no sólo una distensión general del clima represivo de la dictadura sino un cambio importante en la sensibilidad social con respecto al feminismo: acercamiento de más mujeres, la emergencia de los “estudios de la mujer” en algunos ámbitos académicos, mayor repercusión social de las campañas, mayor apertura de los medios de comunicación.

... y la utopía

Desde hoy, las mujeres que entrevistamos perciben la experiencia de los '70 como un *feminismo de la diferencia*, aunque, en aquella época, no usaran ese nombre. Por un lado, se consideraban mejores, más solidarias, más puras que los varones. “Creo que existía en nosotras, sin saber que se llamaba así, una tendencia al feminismo de la diferencia. Creíamos que las mujeres estábamos menos contaminadas. Había, de alguna manera, un planteo esencialista, aunque no estaba teóricamente armado. Pero, en nuestras prácticas y reflexiones, siempre aparecía la idea de que las mujeres íbamos a introducir agua cristalina, algo transparente, en un mundo muy pesado; un poco de oxígeno, aire fresco; cambiar las baterías y recargarlas desde otro lugar. Se creía que porque nunca habíamos

tenido el poder, no tendríamos los problemas que después se supo que sí tenemos. En esa época, había una especie de idealización de las mujeres porque estábamos fascinadas con lo que descubríamos...”.

Este entusiasmo es mirado, desde una posición autocrítica que la mayoría hoy asume, con nostalgia, y comprendido como un rasgo de inocencia. Excepcionalmente, alguna recuerda haber criticado la “trampa de la diferencia” durante aquellos años. “Trabajábamos más sobre la ‘mujeridad’ del individuo humano que sobre la ‘humanidad’ del individuo mujer. Nos creíamos al margen de la cultura, éticamente incontaminadas”. Indudablemente, tal propuesta ejercía una fuerte *seducción*: “Era una falacia muy difícil de desentrañar, a menos que la otra persona tenga ganas de oírlo”.

El cambio deseado era social, pero partiendo de lo individual. Se representaba como una diseminación paulatina de transformaciones subjetivas, necesarias e indispensables, para la transformación de la sociedad. Aún cuando, para algunas, aquél debía involucrar todas las relaciones sociales desiguales e injustas (fundamentalmente, las de género y las de clase), la problematización del cambio se focalizaba en las relaciones de pareja, en la familia, en la vida cotidiana, en la cultura, y en la concientización de las mujeres, puesto que ellas mismas debían asumir su liberación de género. Frecuentemente, además, estas transformaciones no sólo debían acompañar a las otras (económicas, políticas, etc.) sino que casi se percibían como “*motor*” fundamental del cambio total revolucionario.

Pensar teórica y prácticamente el “cambio social”, *tout court*, se presentaba como algo problemático y controversial para las feministas, dada su fuerte connotación clasista y/o nacional, otorgada por otros grupos políticos contemporáneos, y que subordinaba, posponía y encadenaba, automáticamente, la opresión de las mujeres a otras contradicciones fundamentales. “El cambio social era machista, masculino, no apuntaba a lo que nosotras queríamos”.

En la utopía, aparecía fuertemente la idea de *igualdad*. Las diferencias de género vigentes se neutralizarían y decantarían una nueva configuración humana. Rechazadas las diferencias culturales de género que oprimían a las mujeres, se aceptaba, por un lado, la creación de nuevas diversidades individuales, culturales, e, incluso, de género (una “nueva femineidad”) que, obviamente, no incluirían poder ni jerarquías. Por otro, lo “bueno” de la diferencia femenina, aún bajo el patriarcado, se recuperaría en ese nuevo ser humano. Como recordaba una entrevistada: “Deseábamos un mundo en el cual las mujeres fuéramos seres humanos. La diferencia positiva de la mujer iba a gravitar en la sociedad haciéndola mejor. Lo bueno de la mujer se universalizaría. Pero no veíamos ninguna cualidad masculina que pudiéramos incorporar al nuevo mundo”.

El feminismo en sus vidas

Asumir el feminismo como forma de vida y de pensamiento produjo *costos* importantes, fundamentalmente conflictos con sus parejas heterosexuales: “O abandonabas la militancia o rompías la pareja”. Pocas, y a costa de “guerras permanentes”, pudieron mante-

nerla. Efectivamente, muchas sienten que, en los años '70, “se jugaron la vida privada”. Y no sólo con respecto a sus vidas conyugales, muchas también perdieron familiares, hijos/as, amigos/as, conocidos/as.

Estos costos, aparentemente, no siempre se superaron en los años ulteriores. A pesar del cambio de clima producido en los años '80, aún hoy, muchas sienten dificultades para compatibilizar el feminismo y sus vidas: “El feminismo ayudó a desarrollar la vida personal, afectiva, de las lesbianas, pero a las mujeres heterosexuales nos sigue obstaculizando muchísimo. Es inquietante. Sigue siendo inquietante. Una forma de ataque a la individualidad masculina”.

Estas pérdidas no condujeron, en ninguno de los casos, a un replanteo de la militancia, del compromiso práctico e intelectual con el feminismo. En realidad, hoy piensan: “Bueno, no valían la pena”. Fueron y son conscientes de que el feminismo fue y es una elección costosa, en términos personales y sociales, pero a la cual no estaban ni están dispuestas a renunciar.

Precisamente porque, a juzgar por sus testimonios, los *beneficios* fueron y son muchos. Todas ellas sienten que el feminismo representó un giro fundamental en sus vidas: comprendieron mejor muchas cosas (entre ellas, su propia vida); modificaron la forma de comportarse y actuar con los demás (especialmente, con las mujeres). Descubrirse parte de una comunidad mayor les permitió, por primera vez, ser conscientes de ellas mismas, de su fuerza, de su individualidad. “El feminismo me formó, me sigue formando. Me trajo claridad intelectual. Para mí fue clave y fundamental. Revisé muchos aspectos que creía muy tranquilos de mi vida y que no lo eran tanto. Fue vital y trascendente”.

El reconocimiento del aporte intelectual del feminismo, cuya metáfora iluminista no alcanza a cubrir la tormenta interna que debió haber desatado, es quizás uno de los más rescatados. Sienten que el feminismo les “abrió los ojos y la cabeza”. “Yo sabría mucho menos de lo que sé. Confundiría lo particular con lo general. Confundiría muchas cosas. El feminismo me aportó claridad en medio de tanta confusión. Lo que me queda como una cosa actual, vigente, es el conocimiento. Me hizo terminar con muchas ilusiones, con muchos mitos”.

Nada fue igual después de comprenderse como mujeres: “Marcó toda mi vida. Fue leer de otra manera, ver el cine de otra manera, escuchar a las mujeres y a los hombres de otra manera. Fue, además, comenzar a pensar en la vida cotidiana, en la pareja, en el amor, en la crianza de los hijos”. Comprenderse como mujeres, les permitió fundamentalmente (auto)valorarse como individuos: “Una se atreve más teniendo conciencia de lo que puede o de lo que hay que hacer. Crié una hija, trabajé, pude hacer muchas cosas. Podía hacerlo porque era mujer y a pesar de ser mujer”.

Sus vidas en el feminismo

¿Cómo se perciben estas mujeres en la “historia del feminismo”? ¿Qué parte se adjudican en sus rumbos actuales?

Algunas de nuestras entrevistadas consideran que la experiencia de los '70 fue totalmente olvidada. En la década de 1980 nada ha sido continuado. Todo ha

recomenzado. Se volvieron a temas y problemáticas ya vistas, sin reconocimiento, sin memoria, de lo sucedido una década atrás. Lamentan el perpetuo “jardín de infantes” del feminismo, no haber pasado a una etapa de realización. Por estos motivos, muchas de ellas, hoy, se encuentran alejadas del feminismo como movimiento político: “Veía que se discutían las mismas cosas que nosotras ya habíamos discutido. Todo se repetía. Yo ya estaba casada. Hay cosas que se han borrado totalmente”.

El doloroso sentimiento de ser ignoradas por las “nuevas” mujeres que entraron al feminismo en los '80 (muchas de ellas “esclarecidas” durante el exilio) se mezcla con una problemática más estructural de las mujeres, como grupo oprimido: “todos los días, comenzamos nuestra historia. Las mujeres no tenemos pasado, no nos sentimos parte de una cadena. Vivimos descubriendo la pólvora”.

Otras, en cambio, independientemente de que hoy mantengan o no una militancia pública dentro del movimiento, ven al feminismo de los '70 como el ‘substratum’ sobre el cual se edificó el de los '80. “Lo nuestro fue pequeño, minoritario, pero dejamos semillas”. “Todo sirvió, todo fue valioso”.

No pueden explicar cómo circularon las cosas, cómo se filtraron las ideas. Reconocen la posibilidad de que muchas feministas actuales desconozcan totalmente los grupos de los años '70. Pero, de alguna manera, la experiencia fue socialmente recuperada. “Creo que muchas cosas que hemos dicho y hecho han fructificado de manera que no podemos seguirle el rastro”. “No había difusión pero, al final, los temas fueron incorporándose”.

A pesar de las profundas diferencias entre el feminismo de hoy y el de los años '70, se consideran iniciadoras de una tradición: “Si no hubiera habido mujeres que empezaran a gritar, muchas hoy no podrían hacer lo que hacen”. Ellas también han cambiado: “En los '70, era una hinchita con todo mi discurso feminista, ahora lo vivo. Antes necesitaba justificar, ahora pienso que no hay que hacer tantos discursos sino actuar en consecuencia”.

Ignorado o perseguido, en las calles o en las catacumbas de la dictadura, el feminismo, como una forma de entender la vida y la sociedad, surgió y creció en la Argentina de los conflictivos años '70. Aún cuando no todas concuerden en la centralidad que tuvo (o debió haber tenido) en la historia de la liberación y en la memoria de las mujeres, aquel descubrimiento, subjetivo y colectivo, personal y político, continúa revelándose central en las vidas de las mujeres que, durante aquella época, lo asumieron plenamente.

Notas

⁰ En este texto, publicado en un número especial de *Sur* dedicado a “La Mujer”, Oliver tomaba el problema (“que no tiene nombre”) planteado por Betty Friedan, años antes, en EEUU. En la realidad local, percibía profundas huellas de vidas de mujeres que, antes de cumplir los 20 años, habían pasado del hogar paterno a otro bajo la égida del marido. Después de los 40, estas mujeres descubrían que “sus vidas habían terminado”: sus hijos pasaban la mayor parte del tiempo fuera (estudiando, trabajando o divirtiéndose); el

marido llegaba al final del día, pero era sólo un emisor de monosílabos y un cuerpo cansado por el trabajo que, a él, si le interesaba; en algunos casos, incluso, una persona a sueldo cocinaba y limpiaba la casa, ese “hogar ejemplar”.

¹ Este estudio no hubiera sido posible sin la sugerencia y colaboración de Lea Fletcher. También deseo agradecer la generosa cooperación de Gloria Bonder, Nelly Bugallo, Leonor Calvera, Gabriela Christeller, Alicia D’Amico, Eva Giberti, Mirta Henault, María Elena Oddone, Hilda Rais, Nené Reynoso, Sara Rioja y Sara Torres, aunque el análisis y las interpretaciones de los materiales orales y escritos, que utilizo a continuación, son de mi absoluta responsabilidad.

² En especial, en el caso de la clase media, las diferencias entre varones y mujeres en la administración de los bienes y el acceso al dinero.

³ En todos los casos, estas mujeres pertenecían a partidos o grupos de izquierda, con diferentes grados de intensidad y laxitud.

⁴ Acerca de la imagen de la femineidad en la década de 1950 y el impacto de las ideas de Simone de Beauvoir en parte de la intelectualidad porteña. [Véase Feijóo y Nari, 1994].

⁵ Michelle Le Doeuff ha analizado este mismo fenómeno en Francia y sostiene que el contexto existencialista con que se leyó, por primera vez, *El Segundo Sexo* (perspectiva que, por otro lado, el texto explícitamente adoptaba) dificultaba pensar la opresión en términos políticos, puesto que la “ética de la autenticidad” favorecía la negación de las determinaciones sociales o históricas en provecho de un clásico voluntarismo. Más que opresión de género, existía, por parte de algunas mujeres, “mala fe” (Le Doeuff, 1993).

⁶ Algunas mujeres hablan de “grupos de concientización”, pero quienes emplean el término “concienciación” explican que lo utilizaban deliberadamente para diferenciarse de los grupos de izquierda de la época. Concienciación deriva del verbo y se propone cambiar las conciencias. Ellas, en cambio, preferían derivar la palabra del sustantivo, porque su intención era “crear” una conciencia.

⁷ Por caminos y con metodologías diferentes, a principios de la década de 1970, surgieron dos grupos feministas: UNIÓN FEMINISTA ARGENTINA -UFA (con dos etapas diferenciadas: antes y después de 1973) y ALIANZA FEMINISTA (posteriormente, MOVIMIENTO DE LIBERACIÓN FEMENINA -MLF). Posteriormente, se formaron: NUEVA MUJER, que intentaba llevar a cabo una política editorial; GRUPO DE POLÍTICA SEXUAL, integrado por varones y mujeres, homosexuales y heterosexuales; AGRUPACIÓN PARA LA LIBERACIÓN DE LA MUJER ARGENTINA -ALMA, producto de desprendimientos de otros grupos; ASOCIACIÓN DE MUJERES SOCIALISTAS, que buscaba compatibilizar las exigencias políticas y feministas. De acuerdo a las circunstancias, algunos de estos grupos organizaron “frentes” o realizaron campañas juntos (como, por ejemplo, la emprendida en contra del decreto-ley de 1974 que prohibía la difusión, información y venta de anticonceptivos). En este caso, también participaron los integrantes del FRENTE DE LIBERACIÓN HOMOSEXUAL -FLH.

⁸ Las influencias teóricas más importantes, durante este período, provinieron fundamentalmente del feminismo radical estadounidense (Millet, Firestone); de los escritos de Carla Lonzi (*Sputiamo su Hegel*) y de su grupo “Rivolta femmineile”; algo del feminismo sajón (“Women’s the longest revolution” de Juliet Mitchell); y, ciertamente, una influencia de Simone de Beauvoir, aunque frecuentemente manteniendo diferencias

con las implicaciones teórico-políticas de *El segundo sexo*.

⁹ Por ejemplo, muchas de las integrantes del grupo "Muchachas" (del Partido Socialista de los Trabajadores) participaron en UFA desde sus orígenes. En 1972, este mismo grupo organizó un acto, junto al MLF, para recibir en Argentina a Linda Jenness, candidata a presidente por el partido socialista estadounidense y líder feminista (*Siete Días*, junio 1972).

¹⁰ Por ejemplo, el MOVIMIENTO FEMINISTA POPULAR (más adelante, CENTRO DE ESTUDIOS SOCIALES DE LA MUJER ARGENTINA) dentro del Frente de Izquierda Popular.

¹¹ Efectivamente, el feminismo local de esta época se caracterizó tanto por las intensas lecturas como por las escasas publicaciones. El Grupo Nueva Mujer editó dos libros: *Las mujeres dicen basta*, una recopilación de textos de Mirta Henault, Isabel Larguía y Peggy Morton; y *La mitología de la femineidad* del chileno Jorge Gissi. Otilia Vainstok, quien orgánicamente nunca perteneció a ningún grupo, pero que había tenido conexiones con el feminismo en EEUU, tradujo y compiló una serie de artículos en *Para la liberación del segundo sexo*. Finalmente, en 1974, apareció la revista *Persona*, un emprendimiento de María Elena Oddone.

¹² Las Jornadas ("Ubicación de la Mujer en la sociedad actual") se realizaron a fines 1979. Se desarrollaron a lo largo de dos meses con la presentación de ponencias de investigadores/as y profesionales nacionales y extranjeros/as que comenzaban a discutir la producción en "estudios de la mujer" y/o feministas proveniente fundamentalmente de EEUU y Europa. A partir de este evento, se creó una organización no gubernamental: el Centro de Estudios de la Mujer (CEM), integrado por mujeres profesionales (psicólogas, abogadas, sociólogas) (Zurutuza, 1994:23). Desde sus orígenes, el CEM se propuso como un ámbito de estudio de la producción feminista internacional, de investigación, de formación de estudiantes y graduados y, posteriormente, de programas de acción comunitaria.

¹³ DIMA (Derechos Iguales para la Mujer Argentina) se originó, en la primera mitad de la década de 1970, como un grupo preocupado fundamentalmente por lograr reformas legislativas que mejoraran la situación de las mujeres y las pusieran en igualdad de condiciones con los varones. Se formalizó e inició los trámites por la personería jurídica en mayo de 1976, casi como respuesta al golpe militar. Una de sus fundadoras, nos comentaba: "Nos dimos cuenta de que todo iba a ser muy pesado y, por lo tanto, era preciso tener una organización".

¹⁴ Durante esta época, surgieron nuevas agrupaciones feministas: el CENTRO DE ESTUDIOS DE LA MUJER (CEM), mencionado anteriormente; la ORGANIZACIÓN FEMINISTA ARGENTINA (OFA) que continuaba la línea del MLF; la ASOCIACIÓN DE TRABAJO Y ESTUDIOS DE LA MUJER "25 DE NOVIEMBRE" (ATEM) que adoptó la fecha declarada "Día Internacional contra la Violencia Social, Sexual y Política ejercida sobre las Mujeres" por el Primer Congreso Feminista Latinoamericano y del Caribe (Bogotá, 1981).

¹⁵ Precisamente, este descubrimiento y esta sorpresa estuvieron en el origen del proyecto de fundar una "casa", un espacio para el diálogo, el encuentro, la reflexión conjunta, la recuperación de la memoria y la difusión del trabajo que durante la dictadura había sido silencioso y aislado (Rais y Reynoso, 1987:117). Con estos propósitos, se inaugura LUGAR DE MUJER en agosto de 1983.

¹⁶ La imagen de las feministas presentada usualmente por los medios de comunicación (como "quemacorpiños", "señoras

gordas", siempre solas, feas y poco femeninas) apenas era atemperada por algunas notas o reportajes en donde, más allá de algunas ironías, se dejaba claramente constancia de que, además, eran esposas, madres y "buenas" amas de casa. Cuando quienes expresaban su opinión eran mujeres políticas (no identificadas con el feminismo), la hostilidad era, incluso, más abierta. Véase, por ejemplo, *Panorama*, 10/8/1972).

Bibliografía

Aldaburu, María Inés, Inés Cano, Hilda Rais y Nené Reynoso: 1982 *Diario colectivo*, Buenos Aires, La Campana.

Bellotti, Magui: 1989 "1984-1989: el feminismo y el movimiento de mujeres", *Cuadernos del Sur*, 10, Bs. Aires.

Bonder, Gloria: 1995 "Los estudios de la mujer en Argentina. Reflexiones sobre la institucionalización y el cambio social", *Women's Studies Quarterly*, Vol. XXII, 3&4, The Feminist Press. "Los estudios de la mujer en América Latina", *Women's Studies Encyclopedia*, Simon and Shuster, Inglaterra (en prensa).

Calvera, Leonor: 1982 *El género mujer*, Buenos Aires, Editorial Belgrano. 1990 *Mujeres y feminismo en la Argentina*, Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano.

Cano, Inés: 1982 "El movimiento feminista argentino en la década de los 70", *Todo es Historia*, 183, Buenos Aires.

Feijóo, María del Carmen: 1987 "Experiencias de las mujeres en el campo académico: una forma de hacer política", en *Participación política de la mujer en el Cono Sur. Conferencia Internacional*, Tomo I, Buenos Aires, F. Nauman.

Feijóo María del Carmen y Marcela Nari: 1994 "¿Mujeres iguales o femineidad diferente? Un análisis de las representaciones sobre las mujeres en la cultura política argentina de la década de 1950", CONGRESO INTERNACIONAL DE LITERATURA Y CRITICA CULTURAL, Buenos Aires.

Gibaja, Regina: 1952 "Le Deuxième Sexe' de Simone de Beauvoir", *Centro*, septiembre.

Henault, Mirta, Peggy Morton e Isabel Larguía: s/f *Las mujeres dicen basta*, Buenos Aires, Nueva Mujer.

Le Doeuff, Michele: 1993 *El estudio y la rueca. De las mujeres, de la filosofía, etc.*, Madrid, Cátedra.

Nari, Marcela: 1995 "Feminismo y diferencia sexual. Análisis de la Encuesta Feminista Argentina de 1919" *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. E. Ravignani"*, 3era. serie, nro. 12, Facultad de Filosofía y Letras, UBA- Fondo de Cultura Económica, 2do. semestre.

Niethammer, Lutz: 1989 "¿Para qué sirve la historia oral?" en *Historia y Fuente Oral*, 2, Barcelona.

Oliver María Rosa: 1971 "La Salida" en *Sur*, nros. 326-327-328, Buenos Aires, enero-junio.

Rais, Hilda y Nené Reynoso: 1987 "Lugar de Mujer institución feminista. Obstáculos y alternativas para la acción en el ámbito femenino", en *Participación política de la mujer en el Cono Sur. Conferencia Internacional*, Tomo I, Buenos Aires, F. Nauman.

Vainstok, Otilia (selección y prólogo): 1972 *Para la liberación del segundo sexo*, Buenos Aires, Ediciones de la Flor.

Zurutuza, Cristina: 1994 "La Carrera de Especialización en Estudios de la Mujer en la Universidad de Buenos Aires. Caminante, no hay caminos" en Bonder, Gloria (comp.): *Los Estudios de la Mujer en Argentina: avances y propuestas para el cambio educativo*, Buenos Aires, PRIOM, Ministerio de Cultura y Educación.

De porteña histérica a feminista romana*

Alicia Genzano**

En 1973 no hubiera podido aceptar un discurso feminista. Hasta la Simone de Beauvoir con su *Segundo sexo* me aburría. Recuerdo que en aquellas épocas se editaba una revista feminista, *Persona*, que nunca leí. Como única indicación yo sabía que la dirigía la mujer del Vasco Bengochea. En realidad era ya la viuda del Vasco, pero a nadie se le ocurría, ni a mí, que ella había cambiado de condición civil. Su particularidad para nosotros era que había sido la mujer de...

No tuve tiempo ni coraje para encarar su lectura. En mi descargo debo decir que me fue recomendada siempre por hombres, amigos de... Ninguna de las mujeres que frecuentaba en la época me la mencionó. Nosotras hacíamos política, y eso es "neutro". Así creíamos.

Mis peleas con los compañeros por una equidad en las tareas era tachada por muchos de "histeria". "La flaca quiere estar en todas" era el reproche. Es cierto, no me conformaba con servir café o mate a los ilustres pensantes. Quería enterarme, discutir, no perderme nada, estar siempre. Tanto como ellos. Demasiado parecía ser. A partir de allí se sabía que yo era gaucha y simpática, pero histérica.

En el '76 llegan los vientos que todos conocemos. A mí me tocó el exilio. Y del exilio, Roma, lugar donde me llegó la otredad. De histérica pasé a ser una rebelde interesante, y cuando pude manejar mejor con el idioma me comunicaron que yo era feminista.

¿Cómo ocurrió el milagro?

Desembarqué en un lugar de cultura arcaica, patriarcal a pesar del barniz modernista, y mis rebeldías de porteña fueron tomadas por elementos de carácter teórico. Como si yo hubiera pensado. Yo no había pensado nada. Era un pescado fuera de contexto que reaccionaba como si tuviera que luchar en Villa Urquiza contra mi padre o mis compañeros. Pero en medio a la ajenidad, me prendí, a duras penas al principio, con fervor después a una cultura que me pertenecía en lo más íntimo sin profundizar demasiado. Fue lo que más me ligó a Italia, esa otredad infinita donde las voces y las manos femeninas se tejieron en torno a mí, de manera sensual, para salvarme del aislamiento. Intelectualmente estaba a la defensiva, pero mi piel les pertenecía. Cuando leí el libro de Rossana Rossanda *Las otras* entendí por qué me era difícil abandonar mi modelo mental. Ella cuenta que no pudo ser feminista en los '60/'70 porque pudo, por clase y posición socio-cultural, entrar en el mundo de los hombres. Las "otras" no era ella, por lo tanto invisibles.

*Ponencia leída en las Segundas Jornadas sobre Mujeres y Escritura organizadas por *Puro Cuento*, Bs. As., 1991.

**Directora de proyectos y representante de Terra Nuova; integrante del consejo de dirección de *Feminaria*.

La sociedad masculina argentina, hablo de la clase media bien pensante con la que compartí mi juventud, fue terriblemente demagógica con nosotras. "Sos libre" te decían. "Sos vos. Expresate. No te quiero esclava, te quiero libre, independiente". Exigían presencia y ausencia, lindura e inteligencia, comprensión y pasión, según los días, las circunstancias, el entorno. ¡Pavada de esquizofrenia!

En Italia fue distinto, más claro. El combate más duro y por eso más consistente. El sistema democrático político nada tenía que ver con el anclaje patriarcal de la familia, las instituciones y la omnipresencia de la Iglesia que sigue influyendo en la sociedad. Allí conocí la democracia verdadera y sus angulosas leyes y el feminismo duro, separatista, batallador y trasgresor hasta la comicidad, pero que a veces escondía un fondo de tragedia, de postergación, antiguo y paralizador.

No había lugar donde negociar. Adentro-afuera. Lo privado es público. Sale a la luz la doble vida del varón mandón en la casa y libertario hasta los tuétanos en el estrado. Condicionado y condicionante que no acepta ver cómo sus mujeres, para crecer, se encierran entre ellas, se barrican en sus emociones, levantan banderas con sus cuerpos que por primera vez sienten suyos y desprecian en bloque todo lo masculino, extremo cuco, símbolo de toda opresión.

Tarde, pero bien acompañada, me colgué del tranvía en movimiento. Del '77 al '90 adquirí la cultura de la diferencia que hoy me distingue. No quiero ser igual a un hombre, no soy un hombre. Soy una mujer con mis ciclos lunares que me condicionan pero me ayudan a vivir, puedo procrear, tengo misteriosos órganos genitales internos de los que no abuso para señalar mis estados de ánimo. Yo soy. No digo que soy.

Estoy cansada de que los hombres hablen de nosotras como entomólogos y hagan humor misógino sobre nuestros ciclos vitales. Tampoco quiero que nos ayuden, este camino que emprendimos es duro y se necesita soledad para crecer. La mujer se hace no nace, aquí coincido con la Beauvoir. Y en este juego me juego, hoy y aquí, con mis pares. Quiero que seamos nosotras entre los otros. Yo, nosotras, mujer, luna, sensible, generadora de vida. Hablo de nosotras con demagogia, trampeo. La lucha no es de igual a igual, nunca lo fue. ¿Por qué debería serlo ahora que nosotras llevamos la delantera? Igualdad, no gracias. Diferencia. Y desde la diferencia, respeto.

Basta de ángeles del hogar o putas, basta de artilugios femeninos arcaicos que envenenan las relaciones, basta de madres sacrificadas e hijas inconclusas.

La democracia se hace luchando cada día para que cada persona pueda gozar de sus derechos, pueda tener su techo y su lecho, su posibilidad de aprender y enseñar, trabajar y soñar luchando por la justicia en la belleza, el honor en la armonía.

Si esperaban un discurso teórico, lo lamento. Aprendí a ser mujer en plazas y sótanos, gritando por la paz con las mujeres del mundo, asistiendo a nacimientos y a abortos, apoyando la pluma o el plumero con las compañeras que apretaban mi brazo cuando una Madre de Plaza de Mayo rasgaba el mundo de mi otredad y nos traía el sueño de la justicia en este mundo.

De mujeres y discursos: veinte años es mucho

Claudia Laudano*

A todas las mujeres que no obstante el sufrimiento lograron construir a su modo esperanzas de cambio.

Durante los años 1992-1994 realicé como parte de una Beca de Investigación una búsqueda intensa y el posterior análisis de las construcciones discursivas que circularon en torno a las mujeres y la femineidad en los tiempos de la última dictadura, producidas en primer lugar por los militares en el poder y contrastadas luego con las imágenes de mujeres protagonistas de la época¹. Sintetizo aquí parte del contenido que fuera luego publicado en un libro, al tiempo que incluyo otros testimonios que seguí recopilando.

Dado que el trabajo está encuadrado en el campo del análisis de discursos, en este caso específicamente entendemos discurso -desde una perspectiva foucaultiana- como prácticas que forman sistemáticamente los objetos de los que se habla, y en el marco de esa tarea arqueológica identificamos parte de las formaciones discursivas² de entonces, referidas a las mujeres.

En primer lugar, la familia

Concebida como “la primera de las sociedades naturales” y más aún constituida “con leyes previas a toda la organización social”³, la familia tiene que servir a los fines del proceso dictatorial puesto en marcha en 1976. Altamente idealizadas estas “células vitales de la sociedad” llegan a ser valoradas en los mensajes navideños a la población por ser “maestras en la fe, escuelas de justicia, templos de amor”⁴.

Tienen como misión prioritaria contener cualquier desborde de alguno de sus miembros, ejerciendo su control y vigilancia, en pos de la seguridad y la libertad de la propia familia, la sociedad y la Nación. Asimismo durante los años '76-'77 se insiste continuamente en la inmediatez de un posible ataque a cualquier familia argentina, quedando aquélla construida como objeto predilecto del accionar “de la subversión”. A paso seguido se solicita la denuncia de todo hecho que parezca extraño o fuera de lo común.

Dentro de las políticas específicas para el fortalecimiento familiar, se encuentra la radicación definitiva de mujeres extranjeras en nuestro país. Y se le suma el objetivo geopolítico -ampliamente publicitado-

de radicación de familias en la Antártida, acompañado por la redistribución de la población en el “interior” del país así como la protección de las fronteras⁵.

La sociedad en su conjunto es transformada en “la gran familia argentina” cuyo tema esencial es la unión nacional y en cuyo nombre se realizan actividades oficiales -en la modalidad de homenajes y campañas- para las fiestas de fin de año.

Como en toda célula, se planteará división -genérica- de tareas.

... y entonces las mujeres

Aún con los diversos matices discursivos recuperables, las esferas de la privacidad del hogar y lo doméstico serán los espacios privilegiados de acción instituidos para las mujeres, sostenidos por la lógica del amor y la racionalidad de los sentimientos.

En los primeros meses del Proceso la tarea de las amas de casa del país por su “magnífica labor” frente al desabastecimiento generalizado y la situación inflacionaria, es resaltada de manera grandilocuente por el Secretario de Comercio de la Nación, Dr. Guillermo Bravo, quien llega a afirmar: “Señoras, se pasaron de revoluciones”⁶. A la vez que revalorizadas por su acción cotidiana y su aporte al conjunto de la Nación, las amas de casa son responsabilizadas por el futuro de sus hijos/as a través de la figura de “madres”.

Más allá que las mujeres se puedan dedicar a otras cosas, el lugar inigualable y el mandato que no puede ser traicionado para ser mujer, es ser justamente *madre*. Quien, en primera instancia, debe defender y cuidar a sus hijos/as de “la subversión” con ese “instinto” propio de los animales al defender sus crías, a diferencia de los padres que aparecen relacionados con la defensa de los valores y símbolos de la patria. De este modo, se actualiza la dicotomía tradicional de naturaleza/cultura asociada tosca y tajantemente a prácticas e incumbencias de mujeres y varones, respectivamente⁷.

Luego, debe ejercer el control y la vigilancia de sus hijos/as: saber qué hacen, con quién/es están, qué piensan para mantenerlos alejados del “accionar guerrillero” o bien para denunciarlos. La publicidad televisiva -tan recordada- es de lo más elocuente: “¿Sabe dónde está su hijo ahora?”. En algunos momentos, recrudescen la insistencia y el ejercicio del control se torna “una imprescindible e ineludible obligación”.

Una tercera incumbencia para las madres es ser educadoras, tarea que se considera desde la lógica militar como de total naturalidad, aún cuando a veces es compartida con los padres.

Alrededor de este aspecto específicamente se construyen dos dominios asociados: por un lado, los padres son los principales agentes de la educación de sus hijos, ya que “tienen ese dominio de gracia de estado

* Nacida en 1963, C. L. es Licenciada en Comunicación Social y docente en la Univ. Nacional de La Plata: es autora de *Las mujeres en los discursos militares. Un análisis semiótico*.

que les permite orientar eficazmente a sus hijos"; y, por otra parte, es tanto un derecho como una obligación para con sus hijos/as y la sociedad en general.

A esta trilogía instituida imaginariamente para las madres que podemos sintetizar como *defensoras*, *controladoras y educadoras*, se añade otra que expresamente es la de *colaboradoras* con la tarea de los militares, en lo que respecta a la salud de sus hijos en operativos barriales realizados por aquéllos con personal médico. De este modo, parece cerrarse el círculo alrededor del papel de policiamiento esperado de las mujeres⁸. Las colaboraciones en esas instancias pasan por la facilitación de los niños y los informes requeridos en cada caso, con respuesta "satisfactoria" por parte de las madres al comprender la importancia del hecho, según lo publicado⁹.

En junio de 1977 al inaugurar la primera escuela naval para mujeres en Salta, Emilio Massera, titular de la Armada, apeló a las mujeres como "madres de la República" diciendo: "¡Cómo va a estar ausente la mujer, si se trata de un nuevo nacimiento. Las estamos llamando para que sean las madres de la República, para que le enseñen a caminar, le enseñen a pensar, le enseñen a sonreír!".

Acto seguido son consideradas seres imprescindibles dado que "la Nación nunca como en estos momentos necesitó tanto estar a favor de la vida". Paradójicamente dicho en medio del genocidio perpetrado por las fuerzas conjuntas de las tres armas. Pero además, un doble movimiento analítico en torno a la asociación de las mujeres y el estar a favor de la vida. En primer lugar, cabría preguntarse si en verdad son más imprescindibles las mujeres que los hombres para dicho cometido y luego, recordar que esta referencia a la mujer como generadora y dadora de vida se articula como uno de los núcleos centrales de las significaciones imaginarias¹⁰ desde la modernidad.

Finalmente, dos aspectos negativos en torno a la construcción de la maternidad. Por un lado, se postula que las mujeres que trabajan abandonan a sus niños, ya sea en el propio hogar o "depositados en guarderías infantiles donde no se les proporciona el auxilio necesario como primera formación de su personalidad cultural", según el Ministro de Educación, Juan José Catalán. Por el otro, una fuerte descalificación a las Madres de Plaza de Mayo, fundamentalmente hacia fines de la dictadura. Se habla de ellas en comunicados oficiales como "madres de terroristas", "de delincuentes terroristas" y de "detenidos-desaparecidos". Sintetizando el repertorio utilizado para deslegitimarlas encontramos: la falta de representatividad numérica de quienes reclaman; la insistencia sobre el enmascaramiento de la subversión tras los organismos de derechos humanos y el recurrente argumento de la insanidad de quienes se oponen al régimen.

Más allá del hogar

Si bien los trabajos adjudicados a las mujeres (en el sentido de actividad remunerada) son escasos, es notorio el énfasis puesto en la actividad de las maestras, quienes llegan a conformarse en el otro pilar básico esperado por el Proceso. En este sentido leemos que el Gobernador de la provincia de Buenos Aires,

Gral. Saint Jean, afirma en 1976 que si las docentes "no están imbuidas de la profunda responsabilidad que tienen para con la sociedad, todo el esfuerzo habrá sido en vano"¹¹.

La misión prioritaria ronda en torno a la formación "moral" del alumnado así como en el disciplinamiento preciso para la vida, más que en los contenidos específicos de la currícula. Caracterización que puede entenderse como una continuidad con las tareas de guardiana asignadas a la madre¹², desde donde son interpeladas todo el tiempo. Al mismo tiempo apelan a atribuciones tales como la vocación de entrega, afectividad, paciencia y protección que desde larga data constituyen -aunque no sin contradicciones- parte de las significaciones imaginarias vigentes para las docentes¹³.

Por otra parte, en un plano más general el Alte. Massera, en algunas intervenciones, puntualiza la discriminación histórica de las mujeres en la sociedad resaltando que "la humanidad se ha perdido los tesoros de inteligencia, imaginación, coraje y sensibilidad que la mujer estaba y está en condiciones de aportar, que se han desperdiciado al relegar a la mujer a un papel casi decorativo"¹⁴. Como resultado de "esta sociedad hecha por hombres" -señala- se ha producido una profunda carencia moral, que se materializa a su vez en "la estremecedora ausencia de generosidad y el debilitamiento de las señales de amor que deberían impregnar nuestro desarrollo tecnológico".

Observamos en este último párrafo que, mezclados con el reconocimiento de la desigualdad, aparecen elementos altamente ponderados e idealizados de una esencia femenina que, por otra parte, podría convertirse en salvadora del panorama descrito dado que hasta el momento no formó parte de él¹⁵.

Como aspecto positivo de la "incorporación" de las mujeres a la sociedad, el mismo Massera acota -como parte de su estrategia modernizadora- que "en estas últimas décadas comenzó la transformación" y reconoce que es producto de la lucha de las mujeres por un espacio propio y protagónico. Configura cuatro lugares a los que han accedido satisfactoriamente: la guerra, los laboratorios de investigación científica, la administración de la justicia y la conducción de empresas. Sin embargo, añade de inmediato, a pesar de estos lugares que han sabido ganarse, nunca han dejado de lado su rol primordial de madre y compañera del hombre.

Estas, junto a otras declaraciones de Massera en torno al derecho de las mujeres a ocupar lugares de decisión, pueden entenderse desde la condición específica de lanzamiento de su Partido "Cambio para la Democracia Social" en agosto de 1981.

No obstante, esta línea de integración de mujeres -de cuño liberal- es seguida por las otras fuerzas y aún la Policía.

¿Qué dicen las mujeres?

Si entendemos la dinámica cultural como campo de tensión y lucha por el sentido, contradictoria y cambiante, modificable al fin, aún cuando construida hegemónicamente bajo condiciones específicas como las del período señalado, podemos recuperar unos

cuantos años después de finalizado aquel proceso cómo interpretaron y construyeron significaciones algunas mujeres¹⁶ protagonistas de la época. Del vasto campo recopilado y analizado acotará aquí exclusivamente las nociones en torno al ser madres.

Tal como afirmamos anteriormente, alrededor de *la maternidad* y el lugar de la madre en la sociedad se configura para los militares *el núcleo central de las significaciones imaginarias para las mujeres*, el lugar deparado por el destino y si bien se proporcionan otras opciones posibles, éstas indefectiblemente se anudan y subordinan a la construcción de la maternidad como la principal.

Notoriamente, en las distintas mujeres entrevistadas también se encuentra una *fuerte valoración hacia el ser madres*, aún cuando las interpretaciones sean variadas y desde muy distintas perspectivas.

Entre ellas, por un lado, se afirma que frente a la oscuridad y el miedo reinantes significaba “la posibilidad de tener algo tuyo”; y frente a la muerte, las frustraciones y las cosas que no se podían decir, “la vida”. Un hijo o una hija simbolizaba entonces alguien a quien contarle cosas, en quien volcar anhelos, a quien se deseaba -quizá como nunca antes- muy fuertemente, aunque admite que era depositar toda la fantasía allí¹⁷.

En este sentido se señala que fue un momento propicio para dedicarse a la crianza de niños y de esa manera “no ver tanto” otras cosas que ocurrían, contando además con el aval generalizado de la sociedad para ello. Al mismo tiempo, se lo concibe como un lugar desde el cual se llevaron a cabo ciertas luchas: de defensa de la vida de sus hijos/as -negando su existencia frente a las requisas militares y escondiendo a los maridos por miedo a que puedan delatarlos- y de búsqueda incansable, que se transformó en un elemento político cuestionador de la dictadura, como en el caso de las Madres de Plaza de Mayo.

Un tercer planteo indica que, a pesar de tener miedo por las condiciones políticas reinantes y de ver dicho miedo duplicado por tener hijos chicos o recién nacidos, esto no impidió -concretamente a las maestras- continuar con cierto trabajo gremial en unas pocas seccionales del Gran Buenos Aires.

Asimismo, desde las Madres de Plaza de Mayo se explica que la fuerza para pedir por los hijos desaparecidos sale del vínculo mismo que se genera con ese hijo, “a quien se le da la vida”, “se cría y sostiene” y “hasta se da la vida por ellos”. Esto torna no sólo “incansable” la búsqueda, sino superadora de las diferencias religiosas, étnicas o políticas entre ellas; marcando en este sentido una notoria distinción con los padres de los desaparecidos en relación a los obstáculos que les impidió a ellos constituirse como organización.

De esta manera se plantea con carácter de instituyente la *maternidad social*, como producto de la injusticia de los militares, a partir de lo cual se consideran a sí mismas “madres de todos los hijos”, más allá de la muerte o el abandono de la lucha de alguna de ellas. Así como reivindican la lucha de sus hijos como revolucionarios, actualmente se postulan ellas mismas -en tanto continuadoras de esas luchas- como las revolucionarias que piden, reclaman y exigen.

En otro sentido, también se usó la figura tan valorada de la madre en la sociedad para realizar acciones que pudieron haber sido peligrosas para los hombres, a modo de “coberturas” para actividades políticas.

Repetidamente se la rescata como aquella que visita -o por lo menos lo hace con mayor frecuencia- a sus presos/as políticos/as, sin medir siquiera las consecuencias, aún a riesgo de su propia vida. Quien además soporta malos tratos, entre otras cosas, para poder estar con su hija o llevar de visita a sus nietos/as y quien satisface demandas de algunos objetos menores que estaban prohibidos -como hilos de bordar entre las sábanas- para generar una y otra vez alguna actividad (re)creativa entre las mujeres encarceladas. Prácticas que son interpretadas como un pacto de “lealtad” construido a partir de la experiencia misma de la maternidad y que ayudaron a unas cuantas mujeres a resistir.

Desde las feministas a su vez habría una crítica centrada en el planteo de la maternidad como destino inexorable -realizada a través de la deconstrucción de roles esperados-, proponiendo en cambio *la maternidad como una opción más* que pueden tener las mujeres en sus vidas. Por otra parte, con esta postura se desvincula sexualidad de reproducción (tan fuertemente imbricadas en las construcciones discursivas de los militares), poniendo énfasis en el plano del disfrute sexual; al tiempo que se reivindica el derecho a la libre elección sexual de las personas, tema tabú entre otros que hubo en la época.

Desde las distintas perspectivas la figura de las Madres de Plaza de Mayo es sumamente ponderada como ejemplo de politización y lucha desde el lugar “sagrado” de la maternidad.

Esta multiplicidad y riqueza de aspectos y matices señalados nos lleva a pensar en un campo de indagaciones futuras para profundizar en las significaciones vigentes acerca de la maternidad en la época desde las experiencias vividas -como procesos a través de cuales se construyen las subjetividades-¹⁸ que creemos sólo haber empezado a esbozar aquí.

Mientras escribía esta nota recordaba los innumerables apasionamientos así como los dolores profundos que tuve durante el transcurso de la investigación. El primer año dedicado casi por completo a la lectura de diarios en la Biblioteca Rocha de La Plata significó, por un lado, tomar contacto con algunos hechos de los que tenía vago conocimiento así como un toparme con el horror en cada primera plana de los volúmenes consultados. Si por una cuestión de edad e historia personal no tuve dimensión de lo que ocurría en aquellos años, con el tiempo pude ir haciendo una reconstrucción. Durante 1992 tuve la sensación frente a algunos comentarios y gestos que el tema “ya había sido”; no obstante, siempre hubo amigas y compañeras que se interesaron, quizá para empezar a hablar de algunas cosas. Unos años después volví a sentir -y ya bastante acompañada- que todavía tenemos mucho por discutir.

Notas

¹ Como base textual a analizar preferimos *La Nación*, porque fue el único diario de circulación nacional que publicó los discursos sin fragmentar, y para la información zonal tomamos *El Día* de La Plata. En ambos casos utilizamos todos los discursos publicados entre los años 1976-1983.

² Foucault, Michel. *La arqueología del saber*, Siglo XXI, México, 1990.

³ Cf. el docto. de la Primera Junta titulado "El Proyecto Nacional", en *La Nación*, 17 de setiembre de 1977, p.6.

⁴ Cf. Jorge R. Videla, en *La Nación*, 25/12/77.

⁵ Véase entre otros el documento del Ejército con las propuestas políticas de dicha fuerza en *La Nación*, 25/1/79.

⁶ En *La Nación*, 29/4/76.

⁷ Entre otras, Amorós, Celia. *Hacia una crítica de la razón patriarcal*, Barcelona, Anthropos, 1991.

⁸ Cf. Donzelot, Jacques. *La policía de las familias*, Buenos Aires, Paidós, 1990.

⁹ Por ejemplo, véase *El Día*, 3/3/77, p. 1, acompañado por fotos que tornen verosímil la cuestión de la colaboración planteada.

¹⁰ Cf. Castoriadis, Cornelius. *La institución imaginaria de la sociedad*, vol. 2, Tusquets, Barcelona, 1989.

¹¹ *La Nación*, 1/6/76.

¹² Recuérdese que en la campaña pro-guerra de las Malvinas aparecía dentro de la serie publicitaria gráfica una maestra diciendo: "Mientras están conmigo, yo soy la madre de todos estos chicos. Protegerlos y darles confianza es mi manera de hacer bien los deberes", bajo el lema general "Cada uno en lo suyo, compartiendo lo nuestro".

¹³ Puede consultarse al respecto Bruschini, Cristina y Amado, Tina, "Estudios sobre mulher e educacao: algumas questoes sobre o magisterio" en *Cadernos de Pesquisa*, n° 64, 1988, Sao Pablo, Fundacao Carlos Chagas, pp. 4-13.

¹⁴ Cf. Emilio Massera, en *La Nación*, 21/6/77.

¹⁵ Esta misma construcción puede observarse con cierta recurrencia en el ámbito de la práctica política y del cuidado del medioambiente.

¹⁶ Las cuatro primeras entrevistas en profundidad fueron realizadas en 1993 a mujeres con distinta inserción social y política: una militante político-partidaria en la zona de Berisso, una Madre de Plaza de Mayo, una feminista de Capital Federal y una maestra militante gremial a cargo de la seccional Morón en aquellos años. Todas integrantes de grupos u organizaciones. A la vez, estuvo presente el criterio de lugares discursivos construidos por los militares (como madre, maestra) e invisibles -según Foucault- como la militante barrial, sindical, feminista. Incluyo además dos entrevistas hechas este año: a una militante política encarcelada desde 1975 hasta fines de la dictadura que se interesó por este trabajo y a una periodista, que si bien había empezado a indagar en "los temas de la mujer" unos años antes del golpe, no trabajó como tal en esos años, por censura y, en parte, por autocensura para protegerse.

¹⁷ Esta interpretación de "tener algo propio" frente a tantos despojos podría indagarse más, ya que recuerdo fue lo primero que me comentó una amiga como vivencia personal cuando le conté que había empezado la investigación en 1992.

¹⁸ En el sentido que le da Teresa de Lauretis en *Alicia ya no*, Madrid, Cátedra, 1992.

Colección Archivos

B. Frederick, comp.: **La pluma y la aguja: las escritoras de la Generación del '80**

L. Fletcher, comp.: **Mujeres y cultura en la Argentina del siglo XIX**

C. Iglesia, comp.: **El ajuar de la patria. Ensayos críticos sobre Juana Manuela Gorriti**

F. Masiello, comp.: **La mujer y el espacio público. El periodismo femenino en la Argentina del siglo XIX**

Colección Temas Contemporáneos

L. Nicholson, comp.: **Feminismo / posmodernismo**

D. Maffía y C. Kuschnir, comps.: **Capacitación política para mujeres: género y cambio social en la Argentina actual**

H. Birgin, comp.: **Acción pública y sociedad. Las mujeres en el cambio estructural**

L. Heller: **Por qué llegan las que llegan**

Colección Literatura y Crítica

U. Le Guin y A. Gorodischer: **Escritoras y escritura**

Contiene: "La hija de la pescadora" (Le Guin) y "Señoras" (Gorodischer)

I. Monzón: **Báthory. Acercamiento al mito de la Condesa Sangrienta**

M. Balboa Echeverría y E. Gimbernat González: **Boca de dama: la narrativa de Angélica Gorodischer**

M. Balboa Echeverría: **Doña Catalina** [Teatro]

D. Bellessi: **Lo propio y lo ajeno** [Reflexiones]

Colección Revista



Desde julio de 1988 publica teoría feminista de alto nivel producida dentro y fuera del país. Incluye una Sección Bibliográfica y la reproducción del arte de mujeres argentinas. La contratapa está dedicada al humor. Desde su número 7 (agosto de 1991) trae una nueva sección: **Feminaria Literaria**, que contiene teoría y crítica sobre la literatura de mujeres, además de su poesía y cuentos inéditos en la Argentina.



Figuras de la memoria*

Ana Amado**

Imagino que habrá buen número de testimonios. Valdrán lo que vale la mirada del testigo, su agudeza, su perspicacia... Y en seguida vendrán los documentos... Más tarde, los historiadores recogerán, reunirán, canalizarán... Todo será dicho, consignado. Todo será verdadero... salvo que faltará la verdad esencial, la que jamás podrá alcanzar ninguna reconstrucción histórica, por perfecta y omnicompreensiva que sea.

Monólogo de un prisionero francés en Buchenwald
Jorge Semprun, *La escritura o la vida*

El campo de concentración, por estar del otro lado de la pared, sólo puede existir en medio de una sociedad que elige no ver, por su propia impotencia, una sociedad desaparecida, tan anonadada como los secuestrados mismos.

Pilar Calveiro, *Desaparecidos y poder. Los campos de concentración¹*

1 ¿Hay algún registro posible capaz de dar cuenta de los horrores de la historia? ¿Qué modo de representación utilizar para los estallidos de violencia y los genocidios? Estas cuestiones vuelven una y otra vez sobre las escrituras -literarias, filmicas- que intentan traducir en sus ficciones fragmentos de lo "real" en sus expresiones más dolorosas. Los interrogantes apuntan, en todo caso, al estatuto ético que sostiene (o debería sostener) todo intento representativo del pasado en sus dimensiones más siniestras. Al mismo tiempo, cabe aludir a los efectos de esas escrituras como *memoria* del pasado: ¿es posible evocar el terror narrándolo? En este sentido, ¿qué discursos pueden construir la memoria de la Argentina de los miles de muertos? ¿Toda recreación estética del pasado es una "buena" protección contra el olvido? ¿Cuáles son los límites de las políticas del "memorialismo"? Las preguntas se escucharon una y otra vez en los distintos escenarios donde este año se

recordaron las dos décadas del golpe militar más sangriento de nuestra historia: la efemérides como garantía de la memoria objetiva y colectivizada.

No hay respuestas únicas para una operación de lenguaje cuando pretende rozar lo irrepresentable. Y las imágenes, por su misma cualidad referencial, atraen el peso mayor de las sospechas sobre su legitimidad. No sólo por la estética del exceso que prevaleció, sin duda, en las representaciones visuales de los estallidos históricos, sino por la desconfianza que genera (en una cultura hiperpoblada de imágenes), anclar la memoria en los límites de la mirada.

Con algunas excepciones, las leyes de la objetividad fueron el modelo de gran parte del cine argentino de los '80 para referir en sus ficciones la tragedia político-social desatada por la dictadura de 1976. Más allá del recurso al realismo, el cine inmediatamente posterior a este período, al igual que otros lenguajes como la literatura, el teatro o la ficción televisiva, se encontró sin embargo con el problema de cómo narrar y representar la violencia inédita que la sociedad acababa de sufrir.

Hacia fines de la década, en cambio, y luego en los '90, el protagonismo en el cine argentino dedicado a este tema corresponde al intelectual que interroga al pasado con desasosiego, con preguntas que permanecen sin respuesta. El periodista de *El amor es una mujer gorda* (Alejandro Agresti, 1988) el profesor de *Nadie nada nunca* (Raúl Beceyro, 1990), las cineastas ficcionales que protagonizan respectivamente *Un muro de silencio* (Lita Stantic, 1992) y *El ausente* (Rafael Filipelli, 1989), encarnan en cada caso a personajes ligados a las palabras, al pensamiento, a la creación, que intentan reponer como pueden la escena de las desapariciones, del dolor, de la muerte, desde un compromiso con la memoria.

Estas experiencias evitaron la *mimesis* formal y temática de la violencia (con una representación "sociologista" de lo histórico y social) y buscaron representar, sobre todo, los ecos de esa violencia en la memoria. El esfuerzo por mostrar el proceso de una subjetividad se traduce en relatos filmicos que adoptan la forma lacunar y fragmentaria de la memoria de sus personajes, en organizaciones narrativas trazadas desde la conjetura, desde los puntos de incertidumbre y de indeterminación que encuentran en su intento de recuperación -de explicación- del pasado político nacional.

2. Estas observaciones son especialmente válidas en el caso de *Un muro de silencio*² y *El ausente*,³ trabajos que aluden a los secuestros, torturas, muertes y desapariciones políticas en la Argentina de los '70. Además del tema, las dos películas coinciden en el intento de despegarse de la crudeza de la realidad histórica como

*Algunas de las reflexiones que incluye este trabajo fueron leídas en el XVIII Coloquio Internacional de Historia del Arte, organizado por el Instituto de Investigaciones Estéticas de la UNAM, México, en noviembre de 1994, luego publicado con el título de "Valores ideológicos de la representación y violencia política" en el volumen *Arte y violencia*, editado por ese Instituto en 1995.

** Directora de la carrera de Artes en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA. Profesora de Análisis y Crítica cinematográfica en esa carrera. Investigadora en problemas de género en el cine en el Area Interdisciplinaria de Estudios de la Mujer de su facultad. Corresponsal de *Fempres* en Argentina.

fuerza dramática, con elecciones formales complejas y arriesgadas frente a las convenciones de objetividad para la representación de la memoria. En ambas, el cine (en todo caso, el dispositivo cinematográfico) es incorporado materialmente en el interior de sus respectivas ficciones y, mostrando el proceso mismo de su construcción, de distinta manera cuestionan sus alcances y sus efectos como lenguajes representativos de la realidad. Este cuestionamiento está a cargo, en cada caso, de mujeres cineastas, de dos directoras, inscriptas ficcionalmente como tales en cuanto personajes (y con la función de narradoras al mismo tiempo). Son por lo tanto enunciaciones femeninas (y *Un muro* se trata de una enunciación doble) la que constituye el desarrollo crítico de cada film.

No es el propósito de este trabajo realizar un análisis detallado de marcas específicas de género. Pero desde ejes descriptivos y de interpretación más amplios, es posible señalar en ambas películas algunos rasgos narrativos que suelen asociarse a lo femenino en una enunciación.

En *Un muro* y en *El ausente* las ficciones se tejen con la reconstrucción biográfica de la vida de una de las víctimas del terror estatal⁴. Y rozan a su vez la autobiografía, en la medida que quienes protagonizan esa búsqueda lo hacen desde un proceso de identificación con sus personajes y de compromiso con el momento histórico donde actuaron. Las respectivas narradoras/biógrafas inscriptas dentro de la ficción, exhiben una rotunda convicción ideológica y, paradójicamente, el deseo explícito de una búsqueda de la verdad, interrogando las fuentes del pasado en documentos, fotos, cartas o testigos, que luego ponen en escena en su propio relato ficcional⁵. A una específica “mirada histórica”, las narradoras tienen la función de agregar “una necesaria mirada política sobre el pasado” como postula Walter Benjamin, poniendo en evidencia en sus propias ficciones representadas el sentido ético y estético de esta afirmación. Es decir, no sólo por una determinada elección temática, sino porque mirar políticamente implica también desafiar las formas canonizadas por los lenguajes artísticos para el registro de ese pasado.

En el centro de ambos relatos se encuentra una figura en tránsito a la muerte y el trazado biográfico que emprenden está dirigido a reponer la densidad histórica que enmarcó esa muerte (igual que otras miles), por sobre el eufemismo de su “desaparición”. Pero detrás de esa voluntad de recuperación, se teje otra biografía posible: aparece a contraluz la historia de los que rastrean una historia, la de esos personajes que buscan encontrar la cifra de su propia acción, a partir de la condición de sobrevivientes. Tanto la violencia de recordar para la protagonista “real” de *Un muro de silencio*, como la culpa y la desazón en los personajes de *El ausente*, actualizan la cuestión de la sobrevivencia como nudo trágico. Tragedia del duelo en principio, individual, que Freud describe como “la certeza de saber a *quién* se ha perdido, pero no *lo* que con él se ha perdido”⁶. Extendiendo esa idea, Elías Canetti sostenía que “ese momento en que un hombre sobrevive a otro es un momento concreto”, un instante central, en el que la experiencia resulta ocultada por

la convención de lo que se *debe* sentir cuando se experimenta la muerte ajena. Y que Adorno, proyectando esa idea del “momento preciso” al campo social, define a su vez como de “autoconservación salvaje”, en la medida que se pierde “la relación con los otros frente a los cuales estamos, se transforma en una fuerza destructiva, en destrucción, y al mismo tiempo también en autodestrucción”⁷. El intelectual (personaje puesto en escena por la directora en la ficción) de *El ausente* vuelve una y otra vez la mirada sobre la última fotografía del sindicalista desaparecido y de otros colegas muertos, registrada en el momento “del viaje último” del cual fue testigo, preguntándose “¿por qué no estoy ahí?”. El personaje de la directora en *Un muro de silencio* interroga a su guionista, insegura, sobre la dimensión de la culpa que debería manifestar la actriz de su film por no acompañar en su lucha al marido, por ser testigo impasible de su muerte, en fin, por sobrevivir, por clausurar el pasado. Sentimientos que una ficción hace evidentes o que son asumidos por los protagonistas de la “historia real” y actualizan la obligación de no olvidar aquello de lo que hemos quedado separados: lo seres, los conflictos, las opciones, las ideologías. Correlato personal, expresión metonímica de una sociedad en estado de autoconservación “salvaje”, y que “no quiere que le hablen de estas cosas”, según previene una colega a la empecinada inglesa sobre el tema de su film.

“Estas cosas”, es decir, el pasado, la historia, quieren ser “habladas” por el cine, pero las alternativas de un lenguaje posible y su propia capacidad de intervención en la realidad son puestas en cuestión en ambos casos. El registro documental de las imágenes da cuenta de la historia “tal como sucedió” y es citado reiteradamente en el interior de cada relato por las directoras inscriptas en la ficción. Pero la aparente “verdad” mostrada por la sucesión de hechos reales no les aporta certezas sino que redobra las dudas sobre la falibilidad de sus juicios y de sus miradas sobre el pasado.

3. Mostrar en la pantalla los instrumentos técnicos de realización, particularmente la cámara y poner en abismo el proceso de rodaje de un film -construir una ficción a través de otra que se rueda dentro de la película-, introduce un malestar en la representación porque toca su nervio mismo al romper la complicidad tácita que une al film con sus espectadores. Las implicaciones ideológicas de ocultar o mostrar “el trabajo del film” con sus aparatos de producción formaron parte de arduas polémicas en el pasado, centradas en denunciar la plusvalía ideológica del dispositivo cinematográfico. La reiteración de este recurso en varios de los films políticos de la década pasada, además de los que analizamos, reflaton la cuestión de su validez estética actual y encuentra su justificación en la lógica narrativa que la incluya.

La duplicación de imágenes en un film produce en principio un marcado efecto en su temporalidad. Una imagen dentro de otra tiende un lazo entre dos tiempos, y dos acontecimientos y tanto en *Un muro* como en *El ausente* son utilizadas de ese modo para marcar el contrapunto temporal entre la violencia de una muerte en el pasado y el de la voluntad de volver sobre

sus causas desde el presente. El sentido de lo irreversible se relativiza por lo tanto, retomando las imágenes del tiempo desaparecido pero en este caso no a través de la figura desacreditada del *flashback*, sino con el retorno del film sobre sí mismo: encadenamientos falsos, cambios en la dimensión de la imagen insertada que pasan de una pantalla pequeña a la pantalla plena de la imagen-film, etc, todas estas repeticiones y recuperaciones desfasadas escapan del curso regular de las imágenes, y así la singularidad, retomada dos veces, se manifiesta con mayor énfasis⁸.

Más que un juego de disposición en espejo o de retórica de la reflexividad, las imágenes desdobladas llevan la marca de su tensión interna en tanto soportes de un trozo del pasado y desde su poder como modo de expresión. A través de esa duplicación, la directora inglesa de *Un muro*, la directora/narradora de *El ausente*, pueden reflexionar sobre el sentido de los respectivos proyectos filmicos que se proponen cumplir y sobre la configuración del enigma histórico que intentan cernir como cineastas. Pero al provocar ese desdoblamiento hacen emerger también las huellas del simulacro que construyen.

Además de la cámara con que registran las imágenes en el presente, estas realizadoras (ficcional) manipulan moviolas, proyectores, aparatos de TV, como mediaciones técnicas para mirar la historia registrada "en bruto", para ver desfilar las imágenes "reales" que puntúan la violencia de los bombardeos en Plaza de Mayo, la rebelión colectiva del cordobazo, las marchas multitudinarias por los derechos humanos, entre otros documentos. Mientras tejen esta suerte de falsos *flashbacks*, confrontan la representación cinematográfica que ellas llevan a cabo como puesta en escena, con la vocación documental y testamentaria de la imagen. Un género que en su relación con los medios cumple el sentido de la condena benjaminiana: su excesiva "reproductibilidad" (en cuanto a registro, y a exhibición) privó a las imágenes de las huellas del origen, las despojó de las singularidades que las atraviesan y las hizo ingresar en la monotonía del horror cotidiano.

Encajadas en otro film sin embargo, esas imágenes testimoniales ofrecen la certidumbre suplementaria de un imaginario en tren de percibir las leyes secretas del curso del tiempo. Dan la posibilidad de volver sobre lo ya visto, desconfiando de la visión y recuperando la mirada. Con una suerte de segundo reencuadre del ojo, las dos directoras inscriptas en la ficción buscan encontrar en la imágenes "crudas" la singularidad que les concierne: importadas de otro tiempo, se animan de pronto, absolutamente nuevas, extraídas del circuito colectivo y sin fondo del pasado, para hacerlas nacer al sentido individual. Para encontrarlo, fuerzan incluso la naturaleza del film y su flujo narrativo, por ejemplo con la detención mecánica del desfile de imágenes (como lo hace la directora/narradora de *El ausente* con su moviola⁹), o con la inmovilización del Tiempo casi excesiva que introducen las fotografías de momentos clave en su historia política o personal, miradas obsesivamente por distintos protagonistas de estos films. Nunca más exacta la fijeza que introducen, con su certificación de *ausencia* y a la vez de presencia

como diría Barthes. Cuando la narradora sitúa al intelectual orgánico de *El ausente* rastreando su imagen en la foto final del sindicalista René Salamanca (nombrado como Salas en el film), cuando el actor que interpreta al "desaparecido" en el film que se rueda en *Un muro* es filmado mientras contempla los retratos de las verdaderas víctimas en los afiches de las Madres de Plaza de Mayo, la enunciación logra hacer emerger de esa fijeza la dimensión de la violencia (fotográfica y de la otra) en su certificación de lo que no puede ser transformado o profundizado respecto a ese fragmento de tiempo que inmovilizan.

4. ¿Cuál es el nivel de certidumbre de una imagen cuando se trata de representar (o presentar) la muerte? O más exactamente: ¿de representar el *pasaje* de la vida a la muerte? En la suspensión de una foto, sólo se registra un estado u otro, pero jamás ese tránsito inasible, del cual sólo el cine puede hacerse cargo en su capacidad de movimiento perpetuo aunque se traten de simulacros, por la dificultad de figurar la muerte real.

Pero al referir la muerte personal e histórica ligada a un genocidio, algunos films o fragmentos de films consagrados se preocuparon, precisamente, en subrayar el carácter irrepresentable de un operativo de aniquilación humana. Esta imposibilidad figurativa era sin duda la matriz estética y ética de relatos sobre el holocausto judío como el que emprende Claude Lanzman en *Shoa*. Negándose a la representación del horror en las imágenes, recurre a una minuciosa reconstrucción sólo a través de la palabra testimonial (palabras que pronunciadas, magnifican a la vez la presencia del pasado en el presente). Las voces son portadoras de la visión de los testigos sobrevivientes, y aquello que ven (las imágenes-recuerdo) permanecen invisibles.

Las voces testimoniales de *Shoa* alcanzan el nivel de un enunciado colectivo de la memoria. En relación con la memoria personal e histórica, *Hiroshima mon amour* (Alain Resnais / Marguerite Duras, 1959), también ubica la tensión en la crítica del acto de *ver*. En su famoso prólogo, el contrapunto entre la memoria y el olvido se establece entre la afirmación del personaje femenino que enuncia todas las formas de conocimiento del holocausto atómico que ella alcanzó a través de las imágenes en sus diferentes registros, y la intervención masculina (muy espaciadas) que replica esas afirmaciones negando su legitimidad ("Tú no has visto nada en Hiroshima"). Ese mecanismo enunciativo rechaza la mirada (las imágenes) como soporte de la experiencia existencial de la muerte, la memoria y el olvido.

Una operación semejante intenta ponerse en juego tanto en *Un muro* como en *El ausente*, que también sostienen una apuesta narrativa atenta a la mostración o el escamoteo de imágenes, ya sea en su calidad de documento o de ficción. Tozudamente, la directora inglesa de *Un muro de silencio* defiende la capacidad de las imágenes como herramienta contra el olvido, pero desconfía que en su pura sucesión puedan colmar ese vacío (histórico, narrativo). Para reponer una dimensión subjetiva de la memoria, los dos films desconfían de la visión para construir una "historia de ausentes".

Y el momento inasible del pasaje a la muerte de las víctimas permanece infigurable en la representación para enfatizar en cambio, el momento anterior, previo al final definitivo, en el que el advenimiento de la muerte (de la “desaparición”) se percibe en la densidad de un rostro o de un cuerpo aún con vida.

En la escena de mayor condensación narrativa de *Un muro de silencio*, la protagonista acude temblorosa a una cita con su esposo, aparentemente muerto o “desaparecido” en cautiverio y del cual había emergido apenas como voz fantasmal en el teléfono para una suerte de cita final. Las imágenes registran ese encuentro, que transcurre en un bar poblado y con la presencia cercana de sus secuestradores. El punto de vista de la joven nos guía en el acercamiento hasta el umbral mismo de un rostro que, sentado ante una mesa, registra ese acercamiento mirando a cámara. De pronto, un rostro nos mira, llama nuestra atención sobre él, sobre sus rasgos devastados que se recortan en ese espacio colectivo. Un rostro, un cuerpo que interpela desde una superficie luminosa y produciendo un desgarramiento en el tejido de la ficción anuncia, sin palabras, que va a morir. O que ya está muerto y llama a penetrar en la oscuridad de su historia. A partir de ese punto de incandescencia que instala la mirada a cámara, ese rostro abre su historia a otro espacio, el fuera de campo aparentemente irreductible de los espectadores. La palabra “¡Corten!” de la directora de la ficción interrumpe abruptamente la escena, y la evidencia misma del simulacro neutraliza de inmediato todo efecto emotivo en el relato.

En *El ausente*, el momento clave de la “desaparición” y de la muerte del líder sindical biografiado por la realizadora/narradora ficcional son figuradas por la duración temporal y una cesura. El encierro clandestino al que se ve forzado el protagonista, con la reiteración de cada ínfimo gesto cotidiano, restituye el espesor del tiempo real de la espera de la muerte, de la travesía del espanto, del moverse fuera de toda garantía y certeza en un espacio marcado por el perecer inexorable. Pero “la muerte es indescriptible, fuera de la ley y de la violencia que en ella se expresa”, como señala Franco Rella en sus comentarios sobre Freud, para quien lo indescriptible, precisamente es “la pérdida que corroe el lenguaje”¹⁰. Irrepresentable pues, la muerte, la “desaparición” final, están en aquel plano que falta en *El ausente*, sustraído, expulsado del encadenamiento de imágenes de un interior que contenía la figura del personaje y un plano exterior del pequeño departamento, desierto de figura humana alguna, pura fachada.

5. Las narradoras y sus postulados sostienen, en los límites diegéticos de cada uno de estos films, un modelo de ficción histórica que a través de sus enunciados interroga (al cine, a las imágenes) sobre los modos de interpelar a otra realidad desde el presente. Ponen incluso en escena las demandas de realismo con el que suele presionar el género biográfico en relación a su referente: ellas buscan confrontar el “caso real” con su representación filmica. (Este punto, precisamente, fue señalado en alguna ocasión como un sesgo “realista” de *Un muro*, en el que la directora

se empeña en conocer todos los datos verídicos de las víctimas “reales” de las que se ocupa en su film). Pero esa unidad no se establece, enfatizando lo imposible del vínculo entre realidad y representación, o mejor aún, marcando la distancia entre cada enunciado ficcional y la historia como fuente dramática.

En *Un muro* y en *El ausente*, las búsquedas no proceden sólo de una tentativa de definición geográfica o topográfica de los actos del pasado, como en *Shoa* o *Hiroshima*. En vez del interior de los campos de la muerte, se quiere retratar el interior de los sujetos. Esa subjetividad se traduce según el límite que trazan las miradas en relación a los objetos del pasado.

Un muro de silencio lanza y cierra el relato en el mismo sitio: el de las ruinas actuales del campo de concentración de la Escuela de Mecánica de la Armada, donde asoman, entre las malezas, los huecos de puertas y ventanas que escondían el horror del pasado. En esos largos planos contemplativos, una madre y su hija adolescente (restos de una familia que las imágenes iniciales, entrecortadas con los créditos, habían mostrado fugazmente en una escena plena y feliz) dan la espalda a la cámara y miran absortas, mirada que condensa el recuerdo de otra escena en el mismo sitio. Cuerpos reales y no siluetas, presencias fijas, devienen términos de un álgebra terrible al sintetizar dos tiempos en ese espacio. En uno y otro extremo del film se enuncia la misma pregunta: “¿La gente sabía lo que estaba pasando aquí?”. Entre esos dos planos, el tejido de la ficción duplicada aludió a las aberraciones que se cometieron allí, desde las constelaciones no totalizadoras del recuerdo. A partir de las huellas que sobreviven en la memoria, descartó toda literalidad posible para una escena que sólo alcanza su significación con la representación imposible de otra escena, la de la macro Historia.

Abiertas a una interrogación sobre el pasado, con temas y situaciones que intentan recuperar la densidad de sus sentidos en un presente arrasado por la indiferencia, estos recorridos ficcionales intentan abolir la distancia. Recuperando la figura del “telescopio” con que Walter Benjamin sugería ver la historia para acercarla, la cámara se dirige hacia atrás buscando los lenguajes con los cuales traducir el paisaje de esa cercanía, en su realidad de horror y catástrofe. Cuando enfoca al espectador es sólo para incorporarlo activamente a textos que buscan integrarse con las raíces de aquel desgarramiento, junto con la conciencia irreversible del pacto entre narración y muerte. O mejor aún: a la iluminación de lo narrativo frente a su propia muerte.

Notas

¹ Tesis de doctorado en Ciencias Políticas de la UNAM, México, sobre los campos de concentración argentinos.

² *Un muro de silencio* (Argentina, 1993). Dirección: Lita Stantic. Guión: Graciela Maglie, L. Stantic, con la colaboración de Graciela Massuh, sobre idea de Stantic. Fotografía: Felix Monti. Interpretes: Vanessa Redgrave, Ofelia Medina, Lautaro Murúa, André Melancon, Julio Chávez. Producción: Stantic/ Instituto Mexicano de Cinematografía/ Channel 4/ Aleph Producciones.

³ *El ausente* (Córdoba, 1988) Dirección: Rafael Filipelli,

basado en el relato "El ausente" de Antonio Marimón. Guión: R. Filipelli y Carlos Dámaso Martínez. Fotografía: Andrés Silvert. Intérpretes: Omar Rezk, Roberto Sutter, Beatriz Sarlo, Ana María Mazza, Omar Viale, Ricardo Bertone, Miguel Quiroga. Producción: Cooperativa Unión de Cineastas Argentinos.

⁴ El enfoque biográfico también fue una constante literaria en la década pasada. En su ensayo sobre la literatura argentina de los años de la dictadura militar, Martha Morello-Frosch aborda lo que denomina "biografías ficticias", construidas en muchas novelas de este periodo, "como un sistema de representación que da cuenta de la discontinuidad del quehacer colectivo". Estrategia que a su vez permite "la reconstrucción de la subjetividad contra un marco de experiencias históricas peculiares a esta década". "Biografías ficticias: formas de resistencia y reflexión en la narrativa argentina reciente", en VV.AA. *Ficción y política. La narrativa argentina durante el proceso militar*, Alianza Estudio, Buenos Aires, Institute for the Study of Ideologies & Literature, Univ. of Minnesota, 1987.

⁵ No es casual, sin duda, esta elección del género de los personajes centrales. Su consideración excede los propósitos de este trabajo, pero es pertinente consignar que el protagonismo femenino fue decisivo a través de las Madres de la Plaza de Mayo, y luego de las Abuelas, en la resistencia a la dictadura y más tarde a las políticas de olvido instrumentadas por los poderes de turno con sucesivos indultos a los responsables del genocidio. Esta irrupción -simbólica y efectiva- de mujeres en el mundo público alteró radicalmente los parámetros tradicionales de la discusión política. Ver M. del C. Feijóo/M. Gogna, "Las mujeres en la transición a la democracia" en Jelin, E. (comp.), *Los nuevos movimientos sociales*, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1985. También: Amante, Adriana, "La familia política (de la casa a la plaza)", en este mismo número de *Feminaria*.

⁶ S. Freud, "La aflicción y la melancolía", en *El malestar en la cultura*, Alianza Editorial, Madrid, 1970. Sobre otros enfoques freudianos acerca de los problemas que los muertos provocan en los vivos, aplicadas a los modos con que retornan en la escena pública "[...] nuestros muertos insepultos, los "desaparecidos", que permanecen como un problema y como una carga para una sociedad que no sabe muy bien qué hacer con ellos", ver Hugo Vezzetti, "La memoria y los muertos", en *Punto de Vista*, N°49, Agosto 1994.

⁷ Elías Canetti y Theodor Adorno, "Diálogo sobre el poder, el miedo y la muerte", en *La Ciudad Futura*, N° 4. Buenos Aires, Marzo 1987.

⁸ Respecto de las consecuencias estéticas e ideológicas de la reflexividad en el cine, véase el Cap. "L'image dans l'image", en Alain Menil, *L'écran du Temps*, Presses Universitaires de Lyon, 1991.

⁹ Estos pasajes del *El ausente* se construyen con una valorización significativa del fuera de campo y de la banda sonora: los espectadores sólo acceden a la mirada escrutadora de la protagonista sobre el desfile de imágenes documentales en una moviola (que ocupa casi toda la pantalla), imágenes a las que es posible identificar -en tanto secuencia histórica- por el sonido. En *Un muro* en cambio, varios hitos de las luchas populares son incluidos mediante proyecciones explícitas que en cuanto al Cordobazo, por ejemplo, ocupan toda la pantalla ficcional. Este énfasis testimonial se relativiza sin embargo, apelando a diálogos simultáneos entre personajes, quienes dudan de los posibles efectos de estas imágenes en la memoria individual o colectiva o, como sucede con Kate, la directora inglesa, tampoco aportan demasiado para la comprensión de la historia política que ella busca en esos documentos filmicos.

¹⁰ Rella, F. *El silencio y las palabras. El pensamiento en tiempo de crisis*, Paidós, 1992.

Librería gandhi

Corrientes 1551 / (1042) Bs.As.

Tel.: (54-1) 374-7501

Margo Glantz: *Apariciones* (Alfaguara)

Teresa de la Parra: *Ifigenia*. Sonia Mattalia, ed. (Anaya y Mario Muchnik y Ayuntamiento de Málaga)

Marta Traba: *Conversación al sur* (Siglo XXI)

S. Wilkinson / C. Kitzinger: *Mujer y salud* (Paidós)

Karim Taylhardat: *Arracadas* (horas y Horas)

Gloria Steinem: *Ir más allá de las palabras* (Paidós)
Debate Feminista

Julio Kristeva: *Poderes de la perversión* (Siglo XXI)

Jean Rhys: *Sonríe, por favor* (F. de Cultura Económica)

H. F. Peters: *Lou Andreas-Salomé*

Ediciones Cátedra:

Donna J. Haraway: *Ciencia, cyborgs y mujeres*

Sheila Jeffreys: *La herejía lesbiana*

Teresa de Lauretis: *Alicia ya no*

Susan Kirkpatrick: *Las románticas*

Gisela Bock y Pat Thane, comps.: *Maternidad y política de género*

Catharine A. MacKinnon: *Hacia una teoría feminista del Estado*

Annette Kuhn: *Cine de mujeres*

Barbara Holland-Cunz: *Ecofeminismos*

Thomas Laquer: *La construcción del sexo*

Janet Saltzman: *Equidad y género*

Judith R. Walkowitz: *La ciudad de las pasiones terribles*

Rosa Cobo: *Fundamentos del patriarcado moderno. Jean Jacques Rousseau*

Jane Flax: *Psicoanálisis y feminismo. Pensamientos fragmentarios*

Giulio de Martino / Marina Bruzzese: *Las filósofas*

Patricia Violi: *El infinito singular*

Luce Irigaray: *Yo, tú, nosotras*

La voz de las Madres

Diana Bellessi y Amalia Carrozzi

Esta conversación tuvo lugar en la primavera de 1992 a propósito del Taller de Escritura que las Madres llevaban a cabo con la coordinación del escritor Leopoldo Brizuela, como parte de las actividades de la casa de las Madres. Aunque las Madres siempre aunaron en su largo camino de resistencia lo personal con lo político -viejo descubrimiento y lema del feminismo histórico-, elegimos el contexto íntimo del taller y su producción, porque en él se revela de qué manera el paradigma de la Pietá cedió paso a mujeres que ejercieron no sólo el discurso oral pública y privadamente, sino también el poder de la escritura como vehículo para explorar la propia subjetividad. Las marcas del género se hacen así aún más presentes y las confesiones, chistes, deseos y fantasías personales aparecen espontáneamente llenando de carnadura a estas mujeres que inventaron una nueva forma de activismo político y nunca quisieron ser encerradas en una iconografía tradicional. Mujeres sexualizadas, personas plenas en el entusiasmo y la desdicha, en el ejercicio del propio poder o en su imposibilidad.

Nos sentamos bulliciosamente alrededor de la mesa, las voces superpuestas de quienes no terminaban de acomodarse pero muy dispuestas a una charla, no a una entrevista formal. Timidamente, en la posición de hijas, gesto no deseado pero imposible de modificar -quizá como las hijas vivas, las otras interlocutoras de esta escena-, preguntamos cómo transcribir la grabación: ¿con el nombre de cada una? A lo que respondieron:

—Se podría poner los nombres de las que estamos presentes, pero me parece mejor la voz de las Madres.

—Sí, la voz de las Madres.

Aunque quedará claro que son voces diferentes, esta petición parece aludir a una doble construcción de autoría, individual y en común, y así comparece en esta entrevista.

—¿Cómo empezaron el taller?

—Leopoldo vino un día a casa, no se animaba plantear qué nos parecía a nosotras hacer esto. A mí me encantó enseguida, les dije a las Madres y ellas mostraron mucho entusiasmo.

—Todas creíamos que no podíamos, que no nos sale, que no podíamos.

—Yo respeto mucho la literatura, y siempre le tuve muchísimo miedo. Desde chica fue siempre la materia que más me costó y siempre me sentí incapaz de escribir.

—A mí me gusta escribir pero no sé escribir bien. No sé... primera persona, tercera persona, cuarta persona... escribo de cualquier manera.

—Cuando empiezo a escribir me queda como una laguna, quiero decir muchas cosas que al final no

puedo. Después que leo lo que escribí me avergüenzo y digo: ¿cómo, esto puse?

—Yo escribí un diario durante toda mi juventud. Tal vez era desordenado, pero cuando lo leía sentía que ahí estaba reflejado todo lo que yo pensaba. Y me sentía conforme. Después que nos pasó esto, después que faltó mi hijo, yo, en la desesperación, rompí ese libro. Y nunca más pude volver a escribir como sentía. Me costaba trabajo hasta escribir una carta, hasta llamar por teléfono. Vengo aquí pensando en lo que le voy a decir a cada madre cuando la vea, pero cuando llego delante de esa madre no le digo nada. No es que no las quiera, adoro a cada madre en todo, virtudes y defectos, que los tienen como yo, y quisiera decirles un montón de cosas, pero creo que solamente con mirarlás ya saben todo lo que siento...

—Mirá, si todo eso lo escribieras ¡te pondríamos felicitado!

—Rompí ese diario porque ya no podía escribir nada de lo que me daba alegría. Yo no sé porque razón fue, hasta el día de hoy no sé porqué lo rompí con esa desesperación, como queriendo borrar aquel pasado mío en que había sido feliz, había vivido muy alegre y después de golpe, ¿qué?, ¿qué escribir?, ¿qué vacío hay en mi vida?

—O sea que después vino el silencio...

—Hubo que aprender a disfrutar cada cosa de nuevo: una comida, una planta, un discurso, una escritura. Al principio tenía culpa de todo: de reír, de comer, de ver algo. Hubo comidas que no volví a hacer más. Eran las preferidas de mis hijos. Al principio todo daba culpa, ahora ya no.

—Ellos eran alegres y lo que hacían lo hacían con amor. Nosotras, al retomar los sueños de ellos, nos sentimos tan reflejadas en ellos que recuperamos la alegría.

—Me acuerdo de cuando era verano. Yo tomaba agua de la canilla, no podía tomar de la heladera porque me parecía que iba a gozar tomando agua fresca, y ella... vaya a saber como estaría. Ni me tapaba en invierno, me tapaba apenas porque pensaba: quién sabe qué frío estará pasando mi hija.

—Cuando íbamos a buscarlos a cualquier lado, llevábamos ropita o algo, como si los fuéramos a encontrar...

—Sí, y la culpa te comía.

—Nos pasó a todas.

—Y la culpa te comía.

—Transformamos todo esto en lucha, que ha sido lo que nos ha salvado.

—Y la escritura es una forma de lucha.

—Lucha a veces. También es ser capaz de abrirse a otras cosas, de soñar, de volar, de ser más locas todos los días. Eso es bárbaro, es bárbaro.

—Nuestra generación era conformista. Una estaba como una estúpida en su casa, conformándose con lo que la entretenía.

—Y, nena, ¿qué se le iba a hacer? A mí me enseñaron así, que había que agachar la cabeza...

—Yo agachar la cabeza no, porque fui más loca que una cabra.

—...que el pobre es siempre pobre...

—Lo que lamento es no haber entendido a los chicos tanto como los entiendo ahora. El y mi nuera me hicieron recapacitar sobre muchas cosas que para mí eran desconocidas.

—Había frases que eran como cachetazos para mí.

—Hasta ese momento el mundo terminaba en el baño, era fantástico ese lugar, era como el paraíso. Y si te comprabas una heladera, ¡qué locura tenías!

—Nuestros hijos nos empezaron a mostrar por qué no teníamos que conformarnos con ser explotadas, ellos se proyectaban en otras cosas.

—Nuestros hijos nos hicieron ver una vida distinta, nos hicieron pensar.

—Nos parieron.

—Aquí se plantearon muchas veces dos temas: quién iba a escribir la historia de los hijos de las madres, quién va a escribir la historia de nuestros hijos. ¿Los compañeros que se quebraron..., el poder?, ¿quién la va a escribir? Y el segundo tema: quién va a escribir la voz de las mismas madres.

—No sé si sería capaz de contar la vida de los hijos, porque en realidad no la conocemos totalmente. Sería un gran atrevimiento. Sólo podría contar lo que vivió a mi lado.

—Parte de la vida de los hijos, no toda. Ahí es donde tenemos diferencias con algunos que escriben sobre nuestros hijos generalizando. Y generalizar es grave.

—Escribimos sobre cada uno. No por individualismo sino porque es un ser humano diferente.

—Como si dijéramos que todas las madres somos iguales. Estamos en una misma lucha, queremos lo mismo, pero somos distintas.

—Ni siquiera se puede escribir completa la propia biografía. Habría que escribirla momento a momento. Y además, cada cosa con el paso del tiempo se ve diferente. Estas cosas las veo ahora de una manera, pero no sé si antes, en esos años que pasaron, las veía igual.

—También leer el mismo libro en cada etapa de la vida es diferente.

—*Quizá el primer texto que ustedes escribieron fue escrito en el pañuelo.*

—Y también en el pañuelo hubo cambios, no fue siempre el mismo. Primero escribimos el nombre de cada uno de nuestros hijos en el pañuelo que usábamos, después intercambiamos los pañuelos, y así todas fuimos madres de todos los hijos, de los que no están y de los jóvenes que aquí y allá se unen a nuestra lucha. En ese abrirse cambiamos nosotras y también aquel primer gesto de escritura.

—*En ustedes el pendular entre el yo y el nosotras parece constante: el yo se abre a un nosotras y este a su vez se abre a un yo. Así también cedieron el primer nombre inscripto en el pañuelo para acceder al otro.*

—Recuerdo una discusión que surgió una vez porque una de nosotras aspiraba a que se escribieran textos más típicamente políticos. Llegamos a la conclusión de que cada una escribe diferente, escribe sobre lo que quiere escribir, pero la mirada es indefectiblemente política en todo.

—También estaba el viejo prejuicio que nos metieron en la cabeza haciéndonos creer que lo que una

puede llegar a escribir no está bien porque es diferente. Diferente del patrón establecido. Y uno de los grandes trabajos que hicimos fue valorar estos textos, precisamente porque son diferentes. En la diferencia está también nuestra identidad.

—Me encantó cuando vine al taller y no me pusieron patrones. Me dejaron que escribiera lo que sentía, lo que quería. Era un lugar donde estábamos tan juntas y tan unidas que nada iba a inhibirnos. Primero empezamos sintiendo todas lo mismo y escribiendo muchas cosas parecidas. Pero ahora ya no.

—Yo soy la que escribe cartas. Cuando se llevaron a mi hijo y a mi nuera quedaron dos nietos. Después la otra abuela los llevó a vivir lejos. Ahí nos empezamos a escribir cartas. Yo les hago nomeolvides al costado. Y ellos me responden con los nomeolvides. Mi nietito me pone que me cuide cuando vuelvo a la noche, tan tarde de la casa de las Madres. Y que les manda un beso a todas.

—Yo escribo con un sistema despelotado, como soy yo, bah.

—Ella es muy soñadora. Yo todavía no sueño demasiado, vivo mucho en la realidad.

—No es que yo no viva en la realidad, la requete vivo...pero me gusta soñar, volar.

—Sí, pero después el golpe te lo pegás fuerte.

—No, porque tengo mis alas delta para aterrizar.

—Cuando surgió el taller había una necesidad de expresión personal, pero también otra concreta como la de escribir documentos o manifiestos públicos.

—Claro, al principio, cuando teníamos que ir a los congresos, no teníamos idea de lo que eran, ni tampoco un taller, una evaluación. Salir del barrio y que te manden a un encuentro semejante... La primera vez llegué con una gran carpeta que había llevado, y si escuchaba no escribía; y si escribía no escuchaba. No podía hacer las dos cosas porque no tenía práctica de escritura. Ahora sí puedo tomar algunas notas que me dan la pauta de lo que escucho, pero en aquel momento, nada de nada.

—*¿Alguna de ustedes tuvo en su juventud el deseo de ser escritora?*

—Mi mamá quería que yo escribiera, pobre. Como no me podía mandar a estudiar, me decía: "¿por qué no escribís algo?". Yo quería ir acá, allá, a otro lado. "Escribí", me decía. Como si escribir fuera sentarse y hacerlo. Yo no quería. Pero ella soñaba con que fuera escritora.

—Yo sentía el deseo de escribir pero lo encontraba como una cosa inalcanzable.

—Todas las artes son inalcanzables para el pueblo.

—Una hace un trabajo chiquitito. Un escritor... ah, es otra cosa.

—Yo idealizaba mucho al escritor. Me gustaba leer y me parecía que un escritor era una cosa inalcanzable.

—Yo creía que no se podían conocer.

—Yo tenía libros que leí como ochenta veces: *Marianela*, *Maria* de Jorge Isaac.

—Ah, *Marianela* es divino.

—¡Qué iba a conocer a los escritores, eso nunca en la vida! Soñaba con ser...

—*¿Con ser los personajes o con ser los escritores?*

—No, con ser los personajes. ¡Cómo quería ser la de Casa de muñecas!...

—Yo, Anna Karenina. ¡Cómo se sufría!

—A mí me gustaba la Mirtha Legrand, queridas. Era de las que lloraban arriba de una cama, sobre un teléfono blanco. Ay, como soñaba con el teléfono blanco.

—Por que nunca lo tuviste.

—Yo siempre lloraba en el galpón. No tenía otro lugar.

—Soñábamos con ser heroínas.

—A mí me encantaba Greta Garbo, una heroína fiera.

—Y a mí Manuelita Rosas. Me gustaban las mujeres de los próceres y soñaba que podía llegar a ser una de ellas. La tenía en un altar por los vestidos que usaba.

—En la escuela te la ponían tan linda, peinada con bucles y todo.

—Y miriñaques. Yo no sé cómo harían para ir al baño con vestidos así, ahí se rompía todo el romanticismo.

—Una no pensaba que iban al baño...

—Ahora ya no creemos que un escritor sea inalcanzable sino que es un compañero que está trabajando y haciendo lo mismo que nosotras.

—También hay una diferencia entre lo que escriben y lo que son como personas. Por ejemplo, Sábato debería haberse quedado escribiendo toda la vida y haber cerrado la boca.

—Viñas, por lo enredado, me vuelva loca. Será de muy alto vuelo lo que escribe porque yo no lo entiendo.

—De las mujeres me encanta Gabriela Mistral

—Griselda Gambaro es extraordinaria. Alfonsina Storni también.

—A mí me gusta creerle a los autores que leo. A veces explotan el sentimiento de la gente y es muy difícil salir a contradecirlos porque tienen todo un aparato que los sostiene y los protege.

—El aparato cultural es igual que el cerebro mágico: están todos conectados por una fichita, son siempre los mismos. Hay mucha gente que escribe y no la conocemos porque está fuera de ese cerebro mágico.

—Un día se enojaron mucho porque me hicieron hablar de los nombres notables ligados a las Madres y les dije: pónganmela a mi mamá, que es la más notable porque me trajo al mundo.

—Inventamos palabras nuevas también. Por ejemplo "madrático".

—Sí, ya es nuestra. El geriátrico de las madres. Si hubiera uno de padres sería "prostático". A esta edad, ¿qué otra cosa?

—Entre nosotras tenemos un sentimiento muy fuerte. Nos preocupamos una por la otra. La plaza para nosotras es una gran necesidad, pero en este espacio de escritura podemos hacer eso para lo cual muchas veces no hay tiempo medio de la lucha política.

—Lo personal. Escuchar cada una a la otra. Así aprendemos también, estamos aprendiendo; y nos conocemos más, porque hay facetas que en la agitación del trabajo no hemos logrado descubrir. Está lo individual y también hay una voz socializada.

—Como dijo Hebe en una charla: socializar la maternidad.

—Las frases una las tira ¿no? La primera vez que dije "me parieron mis hijos" fue en un reportaje y causó mucha impresión, la empecé a usar toda la gente.

—Las Madres fuimos creciendo. Primero buscamos al propio hijo, después nos dimos cuenta de que teníamos que buscar a todos los hijos, después borrarnos los nombres de los hijos y dejamos las fotos. Después llevamos fotos en las marchas que no eran la de nuestros propios hijos y fue una manera de socializar la maternidad, hacernos madres de todos.

—Las frases aparecen a medida que cambiamos y crecemos. Como la del embarazo permanente. Decimos que estamos embarazadas para siempre de nuestros hijos: del amor, de la lucha de ellos. Un embarazo permanente que es lo que nos hace hablar. Y escribir.

Notas

^oEl trabajo de taller continuó durante cinco años. Acaba de interrumpirse para elaborar el libro *Textos y Testimonios sobre el Taller*.

En el transcurso fueron publicados los siguientes libros que pueden consultarse en la Asociación Madres de Plaza de Mayo, Hipólito Irigoyen 1442 (1089) Buenos Aires, Argentina. Tel.: (54-1) 383-0377/6430, Fax: (54-1) 954-0381. e-mail: Madres@mp.online.com.ar:

—*Nuestros sueños*, ediciones Asociación Madres de Plaza de Mayo, Buenos Aires, 1992.

—*La vida en las palabras*, ediciones Asociación Madres de Plaza de Mayo, Buenos Aires, 1993.

—*El lugar del reencuentro*, Ed. Unión de Escritores del País Valenciano. Selección y estudio preliminar de Leopoldo Brizuela, Valencia, 1995.

—*A l'ombre de leur voice*, Ed. Groupe d'Appui aux Mere de la Place de Mai, CEDAL, Montreal, 1995.

El Centro de Documentación de la Mujer del Taller Permanente de la Mujer

posibilita la consulta gratuita, en sede, de material especializado sobre el tema mujer

- Revistas latinoamericanas
- Documentación de organismos oficiales internacionales
- Publicaciones nacionales e internacionales
- Fotocopiado

Pte. Luis Sáenz Peña 1089
(1110) Buenos Aires
Tel./Fax: (54-1) 304-3693
Consultar horarios

Sección



bibliográfica

AMOROS, Celia. "El sujeto de la emancipación de la mujer". Entrevista de Martha Rosenberg, *El Rodaballo*, Segunda época, Año II, N° 3, verano 1995/96, pp. 44-50.

Dossier sobre NORAH BORGES en *Proa*, N° 24, Tercera época. Artículos de José Edmundo Clemente, Ana Martínez Quijano, León Benarós y Patricia M. Artundo

GIBERTI, Eva. "El derecho a ser una niña", Revista de la Subsecretaría de Derechos Humanos de la Nación, N° 3, primavera 1996., pp. 29-38.

----. *Hijos del rock*. Buenos Aires, Editorial Losada, 1996. [El capítulo 16 está dedicada a "las chicas del rock"].

GRIMSOM, Alejandro. "Cultura y política: diferencia y desigualdad", *El Rodaballo*, Segunda época, Año II, N° 3, verano 1995/96, pp. 51-54.

LURO, Clelia. *Mi nombre es Clelia*. Santiago de Chile, Editorial Los Héroes, 1996

MANSILLA, Eduarda. *Recuerdos de viaje*. Madrid, Ediciones El Viso, 1996. [Una reedición facsimilar de la edición original de 1882].

MATELO, Gabriel. "Sur y geopolítica feminista. Una lectura de 'Sur' de Ursula K. Le Guin", *De Sur a Norte*, Vol. 1, N° 1 (junio 1996), pp. 3-22.

"Mujeres al oeste. Proyecto: 'Mujeres, comunicación y género'. Crónica de experiencias y reflexiones". abril-agosto 1995. Oeste del Gran Buenos Aires.

NARI, Marcela M.A., "Feminismo y diferencia sexual. Análisis de la *Encuesta feminista argentina*" de 1910, Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana, 3ª Serie, N° 12, 2º semestre de 1995, pp. 61-86.

Página 30. Número dedicado a "Modelos de mujer. ¿Nuevos arquetipos femeninos?" Año 5, N° 71, junio 1996.

ROFFE, Mercedes. *La noche y las palabras*. Rosario/Buenos Aires, Bajo la Luna Nueva, 1996.

STRAFACCE, Ricardo. "La mujer es lo negro del mundo". *El Rodaballo*. Segunda época. Año II, N° 4, otoño-invierno 1996, pp. 47-50.

Narrativa

BERRETEAGA, Choly. *La casa olvidada*. Buenos Aires, Editorial Atlántida, 1994.

GAGO VALERSI, Adela. *tendremos sol mañana*. Buenos Aires, El Francotirador Ediciones, 1996.

GARCIA CURTEN, Fernanda. *La noche desde afuera*. Buenos Aires, Editorial Galerna, 1996.

GHIO, Haydée. *Hotel para damas*. Buenos Aires, Ediciones Ocruxaves, 1996.

HEKER, Liliana. *El fin de la historia*. Buenos Aires, Alfaguara, 1996.

IPARRAGUIRRE, Sylvia. *El Parque*. Buenos Aires, Emecé Editores, 1996.

LACROIX, Irma. *Vida... Buenos Aires*, s/e, 1996 [cuentos y poemas].

LOJO, María Rosa. *La pasión de los nómades*. Buenos Aires, Editorial Atlántida, 1994.

MERCADO, Tununa. *La madriguera*. Buenos Aires, Tusquets Editores, 1996.

OBLIGADO, Clara. *La hija de Marx*. Barcelona, Editorial Lumen, 1996.

ROFFE, Reina. *El cielo dividido*. Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1996.

SCOTTI, María Angélica. *Diaria de ilusiones y naufragios*. Buenos Aires, Emecé Editores, 1996.

SOLANS, Claudia. *El entierro del diablo*. Buenos Aires, Editorial Galerna, 1996.

Poesía

ABELED, Anahí. *Oscuras confesiones para el fin del milenio*. Buenos Aires, Libros de Tierra Firme, 1996.

BALBOA, Paula. *Con la sed y el agua*. Buenos Aires, Libros de Tierra Firme, 1996.

BELLESSI, Diana. *Colibrí, ¡lanza relámpagos!* [Antología] Estudio preliminar por Jorge Monteleone. Entrevista por Alicia Genovese y María del Carmen Colombo. Buenos Aires, Libros de Tierra Firme, 1996.

BIAGIONI, Amelia. *Antología poética*. Buenos Aires, Fondo Nacional de las Artes, 1996

CABRAL, Eugenia. *Iras y fuegos*. Buenos Aires, Ediciones Ultimo Reino, 1996.

CROS, Graciela. *La escena imperfecta*. Buenos Aires, Ediciones Ultimo Reino, 1996.

DELLEPIANE RAWSON, Alicia. *Un balcón en el aire*. Buenos Aires, s/e, 1996.

HALL, Nora. *Todo mal*. Buenos Aires, Libros de Tierra Firme, 1996

MESA, Livia. *Códigos irregulares*. Buenos Aires, Ediciones Ultimo Reino, 1996.

OROZCO, Olga. *Antología poética*. Buenos Aires, Fondo Nacional de las Artes, 1996.

PUGLIESE, María. *Voces como furias*. Buenos Aires, Ediciones Ultimo Reino, 1996.

RAIS, Hilda. *Belvedere*. Buenos Aires, Libros de Tierra Firme, 1996, 2ª ed.

RUIZ, Graciela. *A la lumbre de los pájaros*. Buenos Aires, Ediciones Ultimo Reino, 1995.

SANTIAGO, María Cristina. *Vidrieras de Amsterdam*. Buenos Aires, NUSUD, 1995.

SAZUNIC, Silvina. *Bosque de Nemi*. Buenos Aires, tsé-tsé, 1996.

STORNI, Alfonsina. *Si quieres besarme, besa...* Delfina Muschietti, comp., Buenos Aires, Planeta, 1996.

TOSSO, Susana. *Delgadísima hebra*. Buenos Aires, Editorial Galerna, 1996.

Boletín, Cuaderno, Revista

La Aljaba (Segunda época). Vol. 1 – 1996. Revista de Estudios de la Mujer (Universidades Nacionales de La Pampa, Luján y Comahue).

Brujas. Año 15, N° 23. Políticas feministas. Ética, estética y feminismo. 1996

Los Espacios de las Mujeres. I Encuentro '94. Luján, Asociación Cultural Ameghino, 1996.

Mujerinternacionalnoticias. Año I, N° 1, junio 1996 – Año 1, N° 4, set. 1996.

Mujeres & Compañía. N° 6 (junio/julio – N° 8 (oct./nov.) 1996.

La muralla y el laberinto. Huellas de las mujeres en la conferencia de Beijing. Lima, Perú, CLADEM, 1996.

Prensa Mujer. N° 67 (abril) a N° 71 (agosto) de 1996.

Libros

CANO ROSSINI, Lelia. *La mujer mendocina de 1800*. Mendoza, Ediciones Culturales de Mendoza, 1996.

“Descubrir cómo jugaron los sentimientos de la mujer mendocina del siglo XIX, frente a la valla puesta ante su exhuberancia vital por el bullir guerrero y político del tiempo; indagar cómo venció cautelosamente al omnimodo poder masculino; qué la indujo a proyectarse en espíritu y acción hacia el medio público y político ciudadano es lo que muestra este libro a través de una documentación minuciosa y exacta”.

CORIA, Clara. *Las negociaciones nuestras de cada día*. Buenos Aires, Paidós, 1996.

Este trabajo indaga en los mecanismos íntimos de estas negociaciones –poniendo el acento en los condicionamientos de género– que a la hora de encararlas, determinan distintas conductas.

CRIVELLI, Liliana, Alicia GATICA y Liliana VIDAL, con la colaboración de Eva GIBERTI. *La otra y yo. Una mirada sobre la competitividad entre mujeres*. Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1996.

“Este libro propone crear un espacio de enunciación para hablar de aquello que se malhabla, se mal-dice, al afirmar: ‘Las mujeres son peores que los hombres cuando llega la hora del ataque malévolo a otra mujer’. También cuestiona las creencias acerca de la competitividad cuando el imaginario social afirma que ese sentimiento agresivo es parte constitutiva de la denominada naturaleza femenina. Ensayo una mirada teórica, que intenta descubrir las raíces de la competitividad; para ello incorpora ejemplos de la vida cotidiana que permiten diferenciar competitividad de competencia”.

CHECA, Susana y Martha I. ROSENBERG. Buenos Aires, Ediciones El Cielo por Asalto, 1996.

“Basándose en un estudio de egresos por complica-

ciones post-abortivos en cinco hospitales metropolitanas, el presente libro propone una reflexión sobre el aborto desde el ángulo de los derechos reproductivos y como problema de salud pública. Las autoras recorren esta problemática que abarca aspectos sanitarios, sociales, demográficos, psicológicos y jurídicos como aporte a un campo de conocimiento en el que se integran las dimensiones éticas, religiosas y políticas”.

GUERRA, Lucía. *La mujer fragmentada. Historia de un signo*. La Habana, Casa de las Américas, 1994; Santiago, Editorial Cuarto Propio, 1995, 2ª ed.

“Tiene entre sus objetivos y logros el estudio del signo mujer. [Trata] la otredad, las interconexiones entre género, raza y clase social, la sexualidad femenina y la maternidad. Da cuenta, también, del tránsito del silencio a la sonoridad, de la soledad a la sororidad, del objeto pensado al sujeto pensante”.

HAURIE, Virginia. *Mujeres en tierra de hombres*. Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1996.

“Narra historias reales y apasionantes que transcurren en un territorio inhóspito y desconocido. Es también, el relato de un viaje en busca de respuestas para afrontar el complejo e inasible mundo de fines del siglo XX”.

HIERRO, Graciela, coord. *Diálogos sobre filosofía y género*. Ciudad Universitaria, México, Asoc. Filosófica de México, A.C. y Univ. Nac. Autónoma de México, 1995.

El libro contiene los “trabajos que se reunieron en las mesas de feminismo, llevadas a cabo en el VII Congreso Nacional de Filosofía en la ciudad de Cuernavaca, Morelos, organizado por la Asociación Filosófica de México, A.C.”.

KUNNHEIM, Jill S. *Gender, politics, and Poetry in Twentieth-Century Argentina*. Gainesville, University Press of Florida, 1996.

La autora “sitúa a Orozco contra una serie de precursores y sucesores literarios con un método original. Los capítulos sobre Eliot, Gironde, Pizarnik y algunas de las nuevas poetisas nos da una nueva lectura de la poesía argentina”.

LIPSYC, Cecilia, María E. GINES y Mabel BELLUCCI. *Desprivatizando lo privado. Mujeres y trabajos*. Buenos Aires, Catálogos Editora, 1996.

“Este libro en su enfoque feminista ofrece un ejemplo fascinante de una perspectiva radicalmente nueva del mundo y de la historia, en comparación con las archiconocidas visiones masculinas dominantes”.

MARTINEZ, Elena M. *Lesbian Voices from Latin America. Breaking Ground*. New York & London, Garland Publishing, Inc., 1996.

El propósito de este libro es “examinar la articulación de temas y motivos lesbianos en las obras de Magaly Alabau, Nancy Cárdenas, Sylvia Molloy, Rosamaría Roffiel y Luz María Umpierre”.

MOSCOSO, Martha, comp. *Palabras del silencio. Las mujeres latinoamericanas y su historia*. Quito, Ecuador, 1995.

El libro "analiza situaciones que se encuentra aún vivas en el presente y de las cuales somos partícipes en tanto mujeres. No pretende construir una verdad. Intenta realizar un aporte para el conocimiento de la historia de las mujeres latinoamericanas y su proyección en el presente".

ORTEGA, Eliana. *Lo que se hereda no se hurta. Ensayos de crítica literaria feminista*. Santiago de Chile, Editorial Cuarto Propio, 1996.

Este libro "propone la escritura crítica como exploración, como forma ambulatoria, como escritura autobiográfica. Así, en la tradición ensayística, la autora incorpora el testimonio personal en su intento por conservar el proceso de pensamiento que surge de sus lecturas/escrituras. Los ensayos reunidos en este volumen configuran una genealogía de escritoras que provienen de diversos lugares y tiempos. El libro abarca desde Gabriela Mistral y Virginia Woolf, hasta las contemporáneas: Delia Domínguez, Diana Bellessi, Rosario Ferré, entre otras. Nos invita a pensar la importancia que tiene la elaboración de una crítica feminista, entendida como históricamente transformable y como producto de una búsqueda consciente y continua".

PARIS, Marta de. *Amantes, cautivas y guerreras*. Buenos Aires, Editorial Almagesto, 1996.

"El libro presenta a los personajes femeninos de la historia. Desde las anónimas indígenas hasta las célebres damas. Es un homenaje a las mujeres del pasado y un valioso aporte historiográfico a esta reciente corriente reivindicadora del quehacer femenino en todos los órdenes".

PFEIFFER, Erna. *Exiliadas, emigrantes, viajeras. Encuentros con diez escritoras latinoamericanas*. Vervuert & Madrid, Iberoamericana, 1995.

"En conversaciones espontáneas pero intensas, diez autoras latinoamericanas reflexionan sobre las características de su proceso creador lejos de la patria. El exilio y las dictaduras, el viaje y el regreso, la condición de 'extranjera' y la aculturación, éstos son sólo algunos de los temas que se tratan aquí". [Violeta Barrientos Silva, Carmen Boulosa, Luisa Futoransky, Lucía Guerra, Alicia Kozameh, María Rosa Lojo, Tununa Mercado, Carmen Ollé, Reina Roffé, Ana Vásquez]

ROFFE, Mercedes. *La cuestión del género en Grisel y Mirabella de Juan de Flores*. Newark, Delaware, Juan de la Cuesta, 1996.

"Los estudios hechos en otras áreas en las últimas décadas –sobre todo la reevaluación de la obra de Christine de Pizan y de los textos que participaron en la *querelle des femmes*– me llevaron a percibir la ideología latente en *Grisel* respecto del lugar asignado a las mujeres, como bastante más conservadora para su época de lo que la consideró Matulka, y como menos ambigua de lo que la juzgó Grieve".

SOMMER, Susana E., comp. *Procreación: nuevas tecnologías. Prácticas interdisciplinarias*. Bs. A.s, Atuel, 1996.

"...Y he aquí que a consecuencia de los avances técnicos nada es como era entonces... Comienza a plan-

tearse si la madre es la de los óvulos, la de la panza o la que lleva al niño/a al jardín de infantes... Estos y otros problemas relacionados con la procreación y las nuevas tecnologías reproductivas son debatidos en este libro".

TRILLINI, Coca. *De la pirámide al arco iris. Cuaderno de trabajo sobre Mujer y Biblia*. Bs. As., Paulinas, 1995.

Este libro "abre una puerta en el camino del trabajo bíblico: leer e interpretar con nuevas claves su mensaje. Es una propuesta diferente que recién estamos ensayando y que es la construcción de claves feministas para su lectura".

VERLICHAK, Carmen. *Las diosas de la belle époque y de los "años locos"*. Bs. Aires, Editorial Atlántida, 1996.

"El espíritu de la *belle époque* y de los "años locos" queda reflejado a través de mujeres brillantes y seductoras que tuvieron la fuerza, el coraje y el divertimento de romper con las apretadas convenciones asignadas y revolucionaron la vida y los corazones de los grandes hombres". Trata a Sarah Bernhardt, Mata Hari, Alma Mahler, Victoria Ocampo, Lola Mora, Alfonsina Storni, Adelia Harilaos de Olmos, Isadora Duncan, Ansís Nin y Coco Chanel.

MORA

Revista del Área Interdisciplinaria de Estudios de la Mujer
Facultad de Filosofía y Letras
Universidad de Buenos Aires

Nº 2/agosto 1996

Acerca de «Mora», *Celina Manzoni* / La tecnología del género, *Teresa de Lauretis* / Naturaleza, yo y género, *Val Plumwood* / **Homenaje a Sor Juana Inés de la Cruz**: La respuesta y sus vestidos, *Beatriz Colombi*, «Cuán violenta la fuerza de un deseo», *Gabriela Mogillansky* / Territorios del cuerpo, *Andrea Giunta* / La mujer, la Virgen, *Adriana Di Pietro*, *Victoria del Carril* / Victoria Ocampo: Una ínsula para Fani, *Julio Schvartzman* / Colectivismo versus universalismo, *Susana Reisz* / Una mujer es una mujer, *Leonor Arfuch* / Mujeres de «Nuestra Tribuna», *Dora Barrancos* / ¿Lo personal es lo político? Entrevista a Dorothy Thompson, *Sheila Rowbotham* / Sobre feminismos y estrategias... Entrevista a Celia Amorós, *María Luisa Femenías* / Mirada retrospectiva: Pekín '95, *Sánchez, Maffía, Lipszyc, Rosenberg* / Reseñas

Para compra, canje y colaboraciones, dirigirse a:
AIEM. Facultad de Filosofía y Letras. UBA
Puán 480 4º piso
(1406) Capital Federal
República Argentina
Fax: (54)(1) 432-0121
Dirección electrónica: remun@tirica.filo.uba.ar

La Rara Argentina declarada

La Rara Argentina no es una revista, no es un panfleto, no tiene directora, no es posible suscribirse, no se consigue excepto por casualidad, pero circula, se reproduce y viaja sola, acompañada por la gente que la lee afanosamente. Feminaria Literaria habló con sus realizadoras, las poetas Teresa Arijón y Bárbara Belloc.

–¿Qué es La Rara Argentina?

–Es una hojita mensual que propaga información producida por, y acerca de, mujeres, exclusivamente. Hasta ese momento no habíamos visto nada parecido y, como nos gustaba la idea, tuvimos el impulso de hacerla. La consideramos una “hoja de cultura y divertimento para mujeres”.

–¿Cuándo comenzó a salir y con qué frecuencia aparece?

–Empezamos a hacer *La Rara Argentina* en setiembre de 1994, por puro gusto, y ya llevamos 26 números.

–¿Cómo arman cada número?

–Nosotras hacemos todo: elegimos algunos textos, escribimos otros, traducimos, tipeamos, seleccionamos las ilustraciones y diagramamos, fotocopiados y distribuimos.

Parte de esta política de “autogestión” implica que no aceptemos colaboraciones espontáneas ni busquemos subsidios ni vendamos *La Rara Argentina*. La regalamos. Además, firmamos con seudónimos –Prudencia y Desmesura– para crear una intriga distinta de la que se crea con el nombre propio.

–¿Cómo la distribuyen?

–La distribución de la hojita es azarosa y gratuita, y nos gusta pensar que *La Rara* nació para extraviarse. La dejamos en las mesas de algunos bares antes de que abran, la enviamos por correo sin remitente y a veces la entregamos en mano –y nos delatamos–. Según sabemos, muchas lectoras la fotocopian y la reparten, para nuestra alegría.

–Pero, ¿cómo la mantienen si es gratuita?

–La mantenemos por cuenta propia, y así, además, mantenemos su carácter independiente.

–¿Cómo la recibe la gente?

–Muy bien, inmejorablemente. Hasta donde sabemos, la gente la lee, la difunde, gusta de *La Rara*.

–¿Por qué se llama *La Rara Argentina*?

–Se nos ocurrió viajando en colectivo, una tarde. Pensábamos en hacer “algo”, no una revista, no un libro ... pensamos en una hoja suelta. Sobre mujeres, sí, con un tono serio, y también festivo ... se nos ocurrió el nombre, de pronto. Va con la hojita: es rara, es gratis, es argentina, es para las chicas.

–¿Qué materiales incluyen y cómo los eligen?

En cuanto a los contenidos, *La Rara* tiene una única sección fija: “Una genealogía de mujeres perdidas”, donde investigamos una posible genealogía de las mujeres que la historia no registra u oculta intencionadamente. Tomamos como fuente textos de mujeres escritos tanto en la actualidad como en el pasado más remoto. Entre los libros que nos han sido útiles

figuran *La Cité des Dames*, de Christine de Pisan, *A Passion for Friends*, de Janice Raymond, *Textos y espacios de mujeres*, de Ma. Milagros Rivera Garretas.

También publicamos poemas y fragmentos de narrativa de escritoras de todo el mundo y de todas las épocas. El método de selección es simple: son textos que tratan de mujeres, exclusivamente. Hasta el momento han aparecido, entre otras: María de Francia, Diana Bellessi, Domna H, Clarice Lispector, María Moreno, Enheduanna, Emily Dickinson, Patti Smith, Lombarda, Leonora Carrington, Sor Juana, Sylvia Molloy, Banana Yoshimoto, Mihri Hatun, Susan Griffin, Silvina Ocampo.

Nos ocupamos de publicar –si no en todos los números, periódicamente– información médica sobre el cuerpo femenino: temas ginecológicos, guías de autoexamen e ilustraciones de los órganos y su fisiología. Nuestra fuente es Anne de Kervasdoué y su libro *El cuerpo femenino*. Nos parece importante haber incluido esta sección –como otras que aparecen episódicamente– para que *La Rara* no tenga un carácter únicamente literario. Todos los textos y traducciones que no están firmados nos pertenecen. Escribimos poemas “a la manera de...” –como el perfume de Artemisa que aparece en el número 2–, consejos útiles, refranes, canciones de cuna, instrucciones eróticas, frases sueltas y descripciones excéntricas de objetos comunes.

–¿Y la diagramación?

–Procuramos que ningún número sea igual a otro, pero mantenemos cierto estilo propio de *La Rara*: textos e ilustraciones intercalados, ordenados de modo que la lectura no sea lineal. En todos los números aparecen: el “logo”, *La Rara Argentina (edición de lujo)*; una leyenda destacada en letra grande del tipo: Las Rapaces Nocturnas, Negra de Africa, Piedras Preciosas; y la firma de Prudencia y Desmesura junto con el número, la fecha y el lugar de edición. Sacamos todas las ilustraciones –excepto las del cuerpo femenino– de la *Enciclopedia estudiantil*, una jocosa enciclopedia de principios de los '60. Incluimos religiosamente en cada número el dibujo de un animal porque nos gustan y nos preocupa su destino.

–¿Cuál es la política de *La Rara Argentina*?

–Inventamos *La Rara* en conversaciones y en el ejercicio de hacerla. Queríamos que fuera una hoja, físicamente ligera y pasajera, con una posición política “dura” pero sin la rigidez de los fanatismos. La política de *La Rara* es, precisamente, la de circular libremente: una vez en manos de las lectoras se difunde entre ellas como propia, sin intervención del dinero y sin marcas jerárquicas de autoría. *La Rara* no quiere ser “concientizadora” –en el sentido habitual de la palabra– ni “mero divertimento”, aunque también surta esos efectos. En el mejor de los casos *La Rara* da a conocer y pone a disposición de sus lectoras algo que ignoraban –tal como nos sucede a nosotras, haciéndola–, y esto ojalá colabore con la fundación de un nuevo modo de creación y circulación de los saberes de las mujeres entre las mujeres. *La Rara Argentina* sucede en Argentina y es, a la vez, un país aparte: aquí las mujeres no están sujetas a ningún orden que les resulte extraño. *La Rara Argentina* es la sirena de la pampa.

L.F.

(Del libro *A passion for friends*, de Janice Raymond)

La historia de las mujeres perdidas es la historia del gino-afecto (estado en el que una mujer influye, conmueve, impresiona y actúa sobre otra/s; y a la vez es influida, conmovida, impresionada, y recibe la acción de otra/s mujer/es). Un punto de partida para esta historia se halla en la etimología de la palabra *hetaira*, que originalmente significaba *compañera*, generalmente *compañera de otra mujer*. Sólo más tarde aludió a una compañera de hombres. La historia de las mujeres perdidas nos remite también a la historia de la prostitución. Y, por último, podemos hallarla en la "cultura identificada con las mujeres" producida por Safo y sus compañeras de Lesbos. Una mujer, en Grecia Antigua, podía referirse a su amiga como *mi hetaira*. En sus poesías, Safo llamaba a sus alumnas *hetairai* (plural): *compañeras o amigas íntimas*. Como la compañera de otra mujer (la original *hetaira*) se convirtió en prostituta o en compañera sexual de los hombres (la *hetaira* del revisionismo heterosexual), en otro punto de partida para la historia de las mujeres encontramos una primera lección de cómo la historia del gino-afecto se ha visto esencialmente modificada hasta convertirse en una historia de relaciones heterosexuales. Como todos los actos femeninos independientes y transgresores, la pérdida idéntica con las mujeres terminó siendo definida exclusivamente en términos de relaciones heterosexuales y capturada por los estándares "hetero-relacionales". Por ejemplo, los hombres se han apropiado de la independencia femenina definiéndola en términos heterosexuales que significan, o bien la presencia de una "hetero-sexual ilícita" (prostituta, puta), o bien la ausencia de una "heterosexual aprobada" (frígida, solterona). Las mujeres perdidas que repudian ser contenidas por los hombres frustran las categorías tradicionales de la realidad heterosexual (esposa, madre, novia, etc.). La única manera de encasillar nuevamente a esas mujeres dentro de los parámetros de la "hetero-realidad" es asignarles etiquetas "hetero-relacionales" (prostitutas, mujeres solas o frustradas, mujeres que no pueden enganchar hombres'). La palabra *hetaira* también se asocia con el lesbianismo. La primera referencia a esto se encuentra en Aristófanes: "*Hetairistai* deriva de esa categoría de seres originalmente dobles que eran todos femeninos."

UNA GENEALOGIA DE MUJERES PERDIDAS: "Las hetairas"

LAS LIBÉLULAS

© Prudencia Y Desmesura
Nº 2, Oct. 1994 Bs.As.



CONSEJO UTIL:
Hable sólo lo necesario.



PERFUME DE ARTEMISA

El Ambar

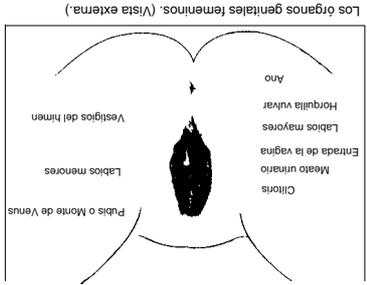
Artemisa, la que hierde con flechas invisibles, furiosa, cazadora temible que mata las fieras, dotada siempre de belleza y juventud, recibe el ámbar, fósil y rojizo, y haz con él camafeos y collares y boquillas para fumadoras, y también el Perfume que te honra y tiene propiedades excitantes, sobre todo por las noches, en que corres con rapidez.



La Zorra Argentina

EDICIÓN DE LUJO

-Algunas Mujeres -explicó Dama Musset- son Caballos de Mar, otras son Cerdos de Tierra, y otras son verdaderos Gusanos que se arrastran por nuestro almanaque, pero -añadió- hay algunas Avelillas del Paraíso, y a estas debemos seguir y no perderlas por el camino.
(Del libro *El almanaque de las mujeres*, de Djuna Barnes. Trad. Ana Recchi.)



Feminaria

LITERARIA



SUMARIO

Ensayo

Decir no. Entrevista a Griselda Gambaro, <i>Marcela Castro</i> y <i>Silvia Jurovietzky</i>	41
La familia política: de la casa a la plaza, <i>Adriana Amante</i>	46
Un silencio a gritos: tortura, violación y literatura en la Argentina, <i>Lea Fletcher</i>	49
Cuerpos nómadas, <i>Diamela Eltit</i>	54

Poesía

María Elena Walsh	61
Mercedes Roffé	61
Laura Klein	62
María del Carmen Colombo	62
Juana Bignozzi	62
Irene Gruss	63
Ana Sebastián	63
Diana Bellessi	63
Reyna Domínguez	64
Laura Yasan	64
Graciela Perosio	64

Decir no

Entrevista a Griselda Gambaro

En la producción de esta reconocida autora argentina, la violencia, el poder, la opresión, la crueldad son objeto de un despliegue y un tratamiento inusuales. La ironía, la crítica de los lugares estabilizados, el humor corrosivo recorren sus textos. Durante la última dictadura militar, una de sus novelas fue objeto de censura.

En 1976 se publicó *Ganarse la muerte* y en 1977 fue prohibida. ¿Cómo te comunicaron la prohibición y qué significó ese hecho para vos?

–Me llamó un amigo para avisarme que había salido en *Clarín* una nota muy breve sobre los considerandos del decreto, sobre la resolución. Me asusté; pero la gente que estaba a mi alrededor se asustó más que yo, lo cual habla de toda la atmósfera que nos rodeaba. No recibí ninguna comunicación oficial ni supe que se había hecho un estudio previo en el que se basaba la prohibición. Por suerte, en ese momento no me enteré, porque me hubiera provocado un estado de intranquilidad mucho más grande. Es decir, prohibición de libros hubo siempre, pero en esa circunstancia de represión significaba o podía significar otra cosa. Una prohibición era una amenaza y un aviso a todos los escritores sobre los temas posibles de tratar y sobre las consecuencias. Además, no había recur-

sos legales a los cuales acudir para impugnarla.

–¿Cuándo conociste el informe de la SIDE?

– Hace poco, cuando salió en la revista. [Se refiere a la publicación en *Xul*. Ver recuadro “Informe”].

–¿No pensabas que los procedimientos de censura eran más burdos? ¿No te sorprendió que se hubieran tomado el trabajo de realizar un estudio y elaborar un informe?

– No, supongo que lo deben haber hecho con todos los textos, porque ese tipo de militares administrativos es gente ociosa que no tiene una actividad real en la vida. Así que deben haber tenido mucho tiempo para hurgar. Yo sé que en mi legajo de la SIDE figuraban todos mis estrenos y críticas periodísticas sobre ellos, del país y del exterior. En esa época, por ejemplo, se dio en Italia *El campoy* los periodistas no pensaron que esa obra había sido escrita antes; entonces, literalmente la referían a la dictadura militar de ese momento. En la SIDE guardaban los recortes de los diarios y todo lo

que se refería a la Argentina estaba subrayado. Es decir que estaban muy atentos a lo que se escribía y a lo que se representaba, tanto acá como afuera.

–*Quizá lo que resulta llamativo es el tipo de informe. El análisis que hace el teniente coronel es técnicamente correcto, es un ejercicio de crítica literaria.*

– Claro, pero totalmente equivocado, es un análisis literal de la novela. No ve ni la metáfora, ni la alusión, no ve nada, sólo lo que quiere ver. Fuerza el análisis. A él lo afectan ciertas cosas que, por otra parte, son verdaderas. Por ejemplo, la mirada hacia los militares. Aparte de eso, y de la falta de humor que tiene el poder, creo que lo que más molestó, lo que más ha fastidiado, es que yo haya usado a la familia para contar la historia, o haya hecho esa inversión de roles en la familia.

–*La familia es un tema que recorre en general tu obra, un lugar desde el que se desarman valores.*

– La familia me parece importan-

INFORME

Para conocimiento de: S. E. EL SEÑOR SUBSECRETARIO DEL INTERIOR

Producido por: PUBLICACIONES

ASUNTO: Novela

ORIGINADO POR: SIDE

TÍTULO: “GANARSE LA MUERTE”

AUTORA: Griselda GAMBARO

EDITADO POR: “Ediciones de la Flor”

IMPRESO EN: “Talleres Gráficos GARAMOND S.C.A.”

FECHA: Julio 1976

1. IMPRESIÓN GENERAL. Es una obra asocial, dado que trata de mostrar a ésta [sic] y a través de sus personajes, como un lugar donde impera el hiper-egoísmo e individualismo, donde no cuentan ninguno de los valores superiores del ser humano y sí las lucubraciones y actos para lograr la satisfacción de sus bajos instintos.

2. PÁRRAFOS SALIENTES. Estos se pueden subdividir en cuatro grandes grupos, los que lesionan: la sociedad; la condición humana ; la familia ; las instituciones armadas y el principio de autoridad.

2.1. La Sociedad

2.1.1. Divide a ésta en torturados y torturadores (pág.9), así

te, pero no desde el lugar institucionalizado o católico. En la familia empiezan los planteos de poder, de violencia, de marginación. En ella cabe todo, desde lo mejor hasta lo peor. Me interesa porque si uno quiere hablar del universo, tiene que hacerlo desde de una partícula ubicada en el tiempo y el espacio.

–*Dada la transformación actual de la familia, ¿sigue siendo una “célula básica” para representar el universo?*

En mi última pieza, *Es necesario entender un poco*, estaba la madre, un personaje potente. Yo creo que las figuras maternas y paternas van estar siempre presentes. Aunque varíen o se destruya ese concepto tradicional de familia, siempre va a haber ligazones fuertes con determinados seres, a los que estamos unidos por la sangre.

La familia nos hace estar bien o mal parados frente a la sociedad, es el primer dique de contención para enfrentarnos al mundo, de reparación. Opino así porque he tenido una buena familia y no sé qué hubiera hecho si no, creo que sería mucho más vulnerable, mucho más desequilibrada.

–*Según el informe, en Ganarse la muerte las personas se dividen en torturados y torturadores, gente superior e inferior, civiles y militares. ¿No hay algo de eso en la concepción de sociedad que sugiere la novela?*

- Sí y no. Hay matices, y los matices nunca son claros; no hay buenos absolutos ni malos absolutos. Pero en nuestras elecciones

primarias, yo diría que hay torturados y torturadores; y, a veces, el torturado puede ser un cómplice del torturador. Por supuesto que, al elegir, nunca voy a estar del lado de los victimarios.

–*¿Hubo cambios en la representación de la crueldad desde tus primeras obras?*

- A mí nunca me gustó representar la crueldad de manera literal sino usando, precisamente, todos los artificios de la representación: metáfora, alusión, analogía, desplazamientos... Pero esa representación de la crueldad, bastante implacable, en mis primeras obras, se ha modificado. El tiempo y la vida me han vuelto más misericordiosa con mis personajes.

–*¿Estás de acuerdo entonces con las lecturas que ven en tu obra un proceso de cambio, de un pesimismo escéptico en los comienzos a una visión posterior más positiva, en la que los personajes tienen posibilidades de modificar la realidad, de rebelarse?*

- No sé si mis primeras obras tenían un pesimismo escéptico; yo pensaba, un poco ingenuamente, que actuarían por revulsión, que esa visión dura de la realidad provocaría rechazo y modificación de la realidad. Después seguí otro camino, y creo que lo hice ante la negación de las utopías, ante este desprecio instituido por lo mejor de la condición humana, solidaridad y ética, por ejemplo. Entonces sospecho que ese cambio se produjo por espíritu de oposición, por simple decir no a esas realidades que se presentan como fatales e ineludibles y son modificables.

–*Esas lecturas también señalan que el cambio de concepción es paralelo a una transformación en tu estética, que habría pasado del absurdo a una especie realismo.*

Yo no estoy de acuerdo con el esquematismo de señalar en mí una época del absurdo y una época realista. Creo que lo que escribo hoy está lejos del realismo ni fue teatro del absurdo el de mis primeras obras. Si en ellas había elementos del absurdo no estaban referidos al absurdo europeo que es mucho más metafísico. Esas primeras obras partían siempre de una situación social. Pero, por supuesto acepto que hay un cambio; toda persona que vive –y escribe– cambia.

–*¿El contexto de la dictadura te planteó nuevos problemas de representación?*

- No, porque, después de la prohibición de *Ganarse la muerte*, se cortaron casi todos mis accesos de comunicación con el público. No podía publicar, no se me hacían entrevistas, no podía publicar ni estrenar y cualquier comando parapolicial podía caer en tu casa. Y yo no soy una persona valiente, capaz de enfrentar directamente a la violencia. No he hecho más que escribir en la soledad de mi cuarto. Pero en ese momento, no tenía siquiera esa soledad porque todos los espacios públicos y privados estaban invadidos por la dictadura, y yo no tenía recursos de resistencia efectiva para oponerme. En la Argentina no me sentía útil porque no podía trabajar, así que me fui a España y me quedé tres años. Me llevé las

como también, y en forma sarcástica, entre gente superior e inferior (pág.101), también y de la misma forma entre civiles y militares (pág.107). [...]

5. CONCLUSIONES

La obra en sí, tiene un muy buen nivel literario y se encuentra correctamente balanceado lo metafórico de lo real; de lo que se deduce que la autora es una “escritora” – en el sentido técnico de la palabra.

Por sí pareciera que no emite juicio de valor, pero sí lo hace negativamente y por rebote cuando trata el tema “militares y principio de autoridad” 2.4. y en la “Alusión extemporánea” 2.5.

De lo que no hay ningún lugar a dudas, es que la obra es altamente destructiva de los valores, con la peligrosa característica de haber sido realizada con la maestría propia de quien fuera calificada como lo fue.

Tampoco es necesario discurrir en profundidad para darse cuenta que este ataque a los valores, y la forma en que es realizada, coloca a la obra en un tipo de inmoralidad con transfondo subversivo (4.1. y cctes.) –no encuadrable en una inmoralidad pura y simple (4.2. y concordantes) ni en el artículo 128 del Código Penal (4.4.). Dado que como se viera la intencionalidad de la obra –y la que le adjudican sus editores (ver nota tapa final)– es la de producir nihilismo hacia los valores propios del ser nacional, por la vía de la destrucción de éstos en la sociedad, la condición humana,

primeras páginas de una novela que estaba escribiendo y la terminé allá. Se llama *Dios no nos quiere contentos*, que publiqué en España y de la que llegaron pocos ejemplares a la Argentina. La distancia me ahorró enfrentar nuevos problemas de representación. Noforcé la escritura ni las imágenes ni las acciones. Cuando volví a fines del '80, la dictadura militar ya presentaba signos de deterioro. En ese entonces, yo no pensaba escribir más para el teatro, pero la solicitud de la gente que me pedía obras nuevas me movió a hacerlo. Pero no conocía los límites de lo posible en esa sociedad y en esa dictadura. Finalmente escribí una farsa sobre la presunción, la codicia y la cruel estupidez del poder totalitario, que fue *Real envido*, y al año siguiente escribí *La malasangre*, cuya metáfora era aún más transparente.

—¿Por qué la decisión de no escribir más teatro?

—Porque estaba muy entregada a la narrativa, un género que me gusta mucho porque tiene una exigencia mayor de elaboración en el tiempo y en el que todo es más íntimo y más secreto. La dramaturgia tiene un costado de espectacularidad y de impudicia cuando llega al escenario que no tiene la novela. Además, la necesidad de escribir teatro te la da el público, ese público inmediato y cercano con el que se ha compartido la misma historia, la misma experiencia. En España yo no lo tenía. Entonces, ese lado mío permanecía inerte y silencioso.

—Cuando tus textos salen de tu

casa y van hacia al público, ¿esperás algún tipo de efecto en los espectadores o en los lectores?

—Yo soy bastante romántica, creo que un artista es un producto de una sociedad y trabaja para esa sociedad. Si bien el arte nunca ha servido para impedir los horrores del mundo, sí ha servido para tener conciencia de esos errores. Si olvidamos esa premisa fundamental no vamos a ser capaces ni siquiera de reconocerlos. Entonces, en el fondo, cuando las obras van al público no espero multitudes enfervorizadas, pero sí mantener el alerta de la conciencia en algunas personas.

—¿Cómo es la elección por narrativa o por texto dramático y los pasajes que a veces se producen de un género a otro?

—Nunca elijo, se impone. Puedo dudar un instante, pero en seguida sé si una historia es para el escenario o para una novela. En algunas obras pasé de la narrativa al teatro, pero las trabajé como obras autónomas con una historia semejante.

—La mayor presencia de personajes femeninos en tus obras, ¿es una elección?

—Creo que sí. Sin embargo, aunque en mis primeras obras no había personajes femeninos, ese mundo de hombres era el mundo en el que también vivían las mujeres, un mundo de crueldad, violencia, incomprensión. *Ganarse la muerte* fue publicada en Francia por una editorial feminista que consideró que la novela trataba en especial de la situación de la mujer ya que las vejaciones y violencias

las sufría un personaje femenino. Comprendí que por algo yo había contado la historia a través de ese personaje y no de un hombre. Y a partir de ese momento, me interesé más en la situación de la mujer y ese interés se ha incorporado a mi trabajo. De cualquier modo, ya antes tenía obras en las que aparecían personajes femeninos protagónicos, como en *El campo* o en *Sucede lo que pasa*. La diferencia es que en las obras posteriores me he atrevido a estar con mi voz en esos personajes, lo que no deja de ser un recurso peligroso.

—¿Por qué decís que es peligroso?

—Simplemente porque una puede introducir de mala manera esa presencia autobiográfica que arruina tantas primeras obras.

—Vos diste a entender que la editorial francesa se interesó en tu novela por la aparición de ese personaje femenino en un lugar de opresión. ¿Estás de acuerdo con la visión de las mujeres como víctimas?

—Estoy de acuerdo que existe. Yo había escrito esa novela en la época de Isabel Perón y pensaba que era una metáfora sobre lo que sucedía en el país en el aspecto político. Pero una se puede equivocar sobre las propias intenciones o en un texto puede haber otros sentidos que al autor o a la autora se le escapan. El discurso de Isabel Perón hablando de los descamisados, de la libertad y solidaridad coexistía con la presencia de la Triple A, y esta diferencia entre lo que se dice y lo que se vive es lo que pretendí llevar a la novela. Pero como aclaré antes, por algo hice

la familia, las instituciones armadas y el principio de autoridad. Dado que el exponer las lacras humanas exclusivamente y sin proponer elementos compensadores, no ubica la obra en lo que podría haber sido —pero no lo fue— un trabajo de crítica social constructiva. [...]

T. Cnl. (R) JORGE E. MÉNDEZ.
Publicaciones

DECRETO 1101/77

Buenos Aires, 26 de ABR de 1977

VISTO las facultades conferidas al Poder Ejecutivo por el artículo 23 de la Constitución Nacional, durante la vigencia del estado de sitio, y CONSIDERANDO:

Que uno de los objetivos básicos fijados por la Junta Militar en el acta del 24 de marzo de 1976, es el de restablecer la vigencia de los valores de la moral cristiana, de la tradición nacional y de la dignidad del ser argentino.

Que dicho objetivo se complementa con la plena vigencia de la institución familiar y de un orden social que sirva efectivamente a los objetivos de la nación.

pasar el relato a través de un personaje femenino y de una familia en donde existía la misma fractura entre el discurso y la realidad.

—Con respecto al progresivo interés por el tema de las mujeres, en el '82 hiciste una contestación pública a un artículo de García Márquez titulado "Las mujeres se suicidan a las seis de la tarde", en el que tomaba de forma banal este dato estadístico.

—García Márquez hacía un elogio de doble filo a las mujeres, seres perfectos "que ven triunfar solos a sus maridos después de haberlos ayudado, ven crecer y alejarse a sus hijos, y se suicidan a las seis de la tarde ... cuando todas las dificultades parecían superadas". El confesaba una gran admiración por las mujeres, les envidiaba multitud de virtudes domésticas y hacía suponer que las heroínas forzosamente se suicidan a las seis de la tarde. Una visión un tanto excluyente, diría.

—Parece que García Márquez había tomado con liviandad este dato concreto y que no corresponde dejar impune esta atribución de un personaje público con autoridad reconocida y en un medio de tanta difusión como Clarín. ¿Cómo es eso de salir con una voz pública a oponerte a esa voz autorizada, además en el contexto de la dictadura?

—El artículo de García Márquez tenía grandes falencias, más graves precisamente por ser él una voz autorizada. A mí me molestó en particular esa admiración de pedestal que las mujeres no necesitamos. Ser objeto admirado no es buen destino para nadie. Y en García Márquez, esa admiración nos colocaba en un lugar fijo don-

de las mujeres éramos, virtuosamente, de determinada manera y no podíamos cambiar. Entonces, me pareció importante contestarlo. El contexto de la dictadura no pesó mucho ya que en el '82 había signos claros de su deterioro.

—¿Cómo estaba constituido el campo artístico intelectual en esa época y cómo te insertabas en él?

—Cuando uno lanza una mirada al pasado, no sabe si el pasado fue así o sufre las transformaciones de la memoria. Recuerdo que existía la antinomia exiliados/no exiliados. Recuerdo que había una gran atomización de la cultura. Mi inserción a mi regreso de España fue penosa en lo personal, ya que es preciso habituarse a nuevas condiciones de vida, pero fue gratificante en lo artístico porque mi trabajo seguía teniendo vigencia. Fueron los amigos, los colegas, la gente de teatro, los que me ayudaron mostrándome que no todo estaba perdido entre tanta estupidez, crueldad e injusticia. Por otra parte, se había aflojado la censura y pude estrenar *Real envido* y *La malasangre* y participé en Teatro Abierto..

—Entre esa gente, ¿hay autoras o autores cuya producción te interese especialmente?

—Muchos me interesan y tengo lazos de amistad con muchas autoras, poetisas, especialmente. Pero mi familia, en punto a frecuentación, es la gente de teatro. Estoy muy atenta a los nuevos dramaturgos, como Daniel Veronese, Rafael Spregelburd, Patricia Zangaro. En general, pareciera que las mujeres que escriben teatro estuvieran atadas todavía a cierto discurso ficcional masculino. Pero hay que tener en cuen-

ta que nosotras estamos trabajando con una tradición teatral masculina que viene desde la época de la Colonia. El problema es, para las mujeres, cómo usar una tradición que no nos pertenece, o dicho de otra forma, cómo hablar con nuestra voz en un teatro donde siempre hemos sido habladas por el hombre.

—¿Qué pensás de la representación de la violencia en propuestas como la de *La fura* del Baus?

—Por supuesto que todas las experiencias son buenas para el teatro y no rechazo ninguna. Pero personalmente rechazo cierto tipo de violencia teatral y que el espectáculo me invada físicamente.

—Eso tiene que ver con una perspectiva política con respecto a la idea de teatro?

—Siempre hay una perspectiva política, no sólo con respecto a la idea del teatro sino en el teatro mismo. Por otra parte, creo que está muy claro en el teatro hay uno que actúa y otro. Todas las reglas se pueden quebrar, incluso ésa, pero yo desconfío del espectáculo que necesita violentar el espacio físico del espectador, el espacio reflexivo o emotivo. Y esto sí, es una perspectiva política.

—Hubo una época en que se empezó a abominar del texto en teatro..

—Eso se produce cíclicamente, según las épocas. El teatro de imagen puede ser bueno, pero yo escribo teatro de texto, soy adicta al texto, ¿por qué voy a renunciar al placer del lenguaje, al placer del oído, de la palabra bien dicha? El texto de teatro es ambivalente, debe ser válido como literatura dramática y debe ser soporte de la corporeidad de la acción.

Que del análisis del libro *Ganarse la muerte* de Griselda Gambaro, surge una posición nihilista frente a la moral, a la familia, al ser humano y a la sociedad que éste compone.

Que "Ediciones de la Flor" comparte el agravio al sistema familiar, como medio para transmisión de valores, y es contumaz en la difusión ideológica destinada a agraviar las instituciones.

Que actitudes como éstas constituyen una agresión directa a la sociedad argentina concretada sobre los fundamentos culturales que la nutren, lo que corrobora la existencia de formas cooperantes de disgregación social, tanto o más disolventes que las violentas.

Que una de las causas que sustentaron la declaración del estado de sitio, fue la necesidad de garantizar a la familia argentina su derecho natural y sagrado a vivir de acuerdo con nuestras tradicionales y arraigadas costumbres. [...]

Por ello, EL PRESIDENTE DE LA NACIÓN DECRETA: ARTÍCULO 1º.- Prohíbese la distribución, venta y circulación, en todo el territorio nacional, del libro *Ganarse la muerte* de la autora Griselda Gambaro, editado por "Ediciones de la Flor" y secuéntrense los ejemplares correspondientes.

ARTÍCULO 2º.- Dispónese la clausura, por el término de

—¿Qué lecturas te marcaron?

Yo creo que todas. He sido y soy todavía una lectora insaciable, y he leído de todo, desde la gran literatura hasta la subliteratura, soy capaz de leer cualquier cosa que esté impresa, y a veces mis recursos provienen de las lecturas más inesperadas. Pero por supuesto mi gran deuda es con la gran literatura, en la que incluyo, deuda y afinidad, a las mujeres escritoras.

—¿Estás escribiendo algo ahora?

— Este año he escrito cuentos. Es como si recién descubriera el género, aunque ya había escrito otros en años anteriores.

Buenos Aires
octubre 1996

Marcela Castro
Silvia Jurovietzky*

* M. C. y S. J. son licenciadas y profesoras en Letras (UBA), integrantes del Área Interdisciplinaria de Estudios de la Mujer (UBA) y forman parte del consejo directivo de Feminaria Literaria.

treinta días, de "Ediciones de la Flor S.R.L." con domicilio en Uruguay 252, 1º "B" de Capital Federal.

[...]
ARTÍCULO 4º.- La Policía Federal dará inmediato cumplimiento a lo dispuesto en el presente decreto.

[...]

Grl. Bg. Albano E. Harguindeguy. Ministro del Interior. [Hay más firmas ilegibles].

[La versión completa del Informe y el Decreto fueron reproducidas por: *Xul*, Revista de Literatura, Nº 11, setiembre de 1995. Buenos Aires. De allí, fueron tomados los fragmentos transcritos.]

La malasangre

Escena VIII

[...]

Madre: No grités, Dolores, no me guardés rencor. ¡Se me escapó todo de las manos! Tu padre me preguntó y...

Dolores (con exasperación contenida, como si intentara una explicación común): Es lo que pasa, mamá. Cuando se decide por los otros, es lo que pasa, se escapa todo de las manos y el castigo no pertenece a nadie. Entonces, uno finge que no pasó nada y todo el mundo duerme en buena oscuridad, y como el sol no se cae, al día siguiente uno dice: no pasó nada. E ignora su propia fealdad. ¡Tocáte! (*Con una sonrisa crispada*) Y para colmo, encendí las luces. (*La madre tiende la mano para apagar una*) ¡No te atrevas! ¡Necesito ver el castigo! Necesito que no me quiten eso, el cuerpo castigado. [...]

Madre: Dolores, ¿por qué no te fuiste?

Dolores (con frío desprecio): ¿A encerrarme en mi cuarto? No hay ninguna puerta para el dolor, mamá. ¡Tonta! (*Se abre la puerta. Fermín carga el cuerpo sin vida de Rafael, lo arroja como un fardo sobre el piso. Dolores, inmóvil no aparta la vista*)

[...]

Padre (muy tranquilo): ¿Quién grita? Dolores, no me gustan los gritos. No me dejan pensar. Vamos a dormir todos ¿eh? Ni hablaremos de esto. Nos bebemos una taza de chocolate y ...

Dolores: A dormir... (*Mira a los tres, masculina con un odio contenido y feroz*) ¡Canallas! ¡Canallas! ¡Que el odio los consuma! ¡Que la memoria no los deje vivir en paz! ¡A vos, con tu poder, y a vos, mano verduga, y a vos, hipócrita y pusilánime!

Padre: ¿Qué criamos? ¿Una víbora? ¡Ya te sacaremos el veneno de la boca!

Dolores: ¡No podrás! ¡Tengo un veneno dulce, un veneno que mastico y trago!

Padre: Peor para vos. Ahora a dormir, ¡y es una orden!

Dolores (ríe): ¿Qué? ¿Cómo no te das cuenta papito? Tan sabio. (*Furiosa*) ¡Ya nadie ordena nada! (*Con una voz áspera y gutural*) ¡En mí y conmigo nadie ordena nada! ¡Ya no hay ningún más allá para tener miedo! ¡Ya no tengo miedo! ¡Soy libre!

Padre (furioso): ¡Silencio! ¡Nadie es libre cuando yo no quiero! ¡En esta casa mando yo todavía! ¡Dije a dormir!

Dolores: ¡Jamás cerraré los ojos! Si me dejás viva, ¡jamás cerraré los ojos! ¡Voy a mirarte siempre despierta, con tanta furia, con tanto asco!

[...]

Tomado de: Griselda Gambaro. *Teatro 1*.
Buenos Aires, Ediciones de la Flor, 1984.

La familia política: de la casa a la plaza

Adriana Amante*

La escritura es una de las formas más extremas de la conciencia porque es rastreo, develamiento, búsqueda de la imagen corroída y confusa que se despliega sobre un trasfondo y que sólo emerge cuando se la subleva, cuando se altera su estática, es decir cuando se la escribe.

Tununa Mercado, *La letra de lo mínimo*

El verdadero cementerio es la memoria. Ahí te guardo, te acuno, te celebro y quizás te envidio, querida mía.

Rodolfo Walsh, *A Vicki*

La escritura del exilio o el exilio de la escritura

Cuando Tununa Mercado escribe, las palabras se interrogan —en el infinitésimo (y paradójicamente infinito) espacio que va del pensamiento al trazo— si van a ir a dar con el cuerpo que les conviene. La letra se moldea y somatiza el concepto, encarnando. Y esa escritura es, a la vez, una póiesis de la conjura; porque la materialización del cuerpo de la letra en la escritura corre al filo de la fantasmagoría, de la ausencia y la extinción: de la desaparición —en todos sus sentidos—.

Hay en ello un gesto que repone el carácter vicario de la escritura y que en *En estado de memoria* recupera la positividad de ese *minus*. Porque en este tercer libro de Tununa Mercado —que es su primera novela—¹ la escritura se origina en una expulsión y diseña la autobiografía de una deriva: expulsada de la tierra madre, huérfana, la protagonista sufre los dolores de no encontrar un lugar de pertenencia, perder personas y objetos propios, que se constituyen en el drama del sujeto exiliado².

“La escritura, el exilio de la escritura, es una exploración que ignora los resquicios en los que habrá de entrar y las trampas que le tenderá el simple trazo sobre el papel; avanza como inmigrante en país ajeno”, dice Tununa Mercado en *La letra de lo mínimo*. Sin embargo, del exilio de la escritura a la escritura de la exiliada, las emboscadas se transforman en inestabilidades, la aventura de avanzar sobre confines ajenos se transforma en un riesgo de desrealización. El peligro del exilio de la escritura es caer en la trampa de una imagen; el de la exiliada que escribe es borrarse, diluirse. Porque, “escritora fantasma”, la narradora vio disolverse sus textos en la ajenidad de otras firmas:

la propiedad del nombre cedía su espacio al nombre propio de los otros.

La escritura es acechada entonces por la fantasmagoría y la fantasmización. Y en los límites de esos riesgos, el de caer en la trampa de una imagen es el menos peligroso; porque allí la que escribe no deja de ser un yo que avanza. Para la *ghost-writer*, en cambio, el yo se disuelve, porque “todo lo que yo podía escribir por mí misma, de mi cuenta y cosecha, se desarticulaba y pedazos de mí se alojaban en los escritos de mis semejantes, gestaban y daban a luz engendros irreconocibles. Frase a frase mi frase moría, muere, se extingüía, se extingue, es correcta, se enmascara, se alinea, sonríe, corregida” (pp.25-26).

Estamos, sí, en presencia de lo siniestro, en el más clásico sentido freudiano; esto es: la recuperación de lo extraño en lo familiar, la manifestación de lo que debió haber quedado oculto. El yo de esta escritura — fuertemente marcado por la fantasmización— derivará entre lo propio y lo ajeno, entre el ser y la extinción, entre el despojo y la cesión, entre la impropiedad y el yo: “Estar o no estar en el país, perderlo o recuperarlo, era mi preocupación y ésta era tan fuerte y tan invasora que tuve necesidad de provocar en ella un cambio, o hacer de ella otra figura o, al menos, cotejarla con los exilios que estaban viviendo en ese momento, en 1979, mis pares en Europa, y decidí ir a verlos. [...] Me lancé a ese peregrinar en busca de desterrados, gente muy golpeada que había perdido hijos, que había enviudado o que había sobrevivido a las matanzas por azar. No era volver, pero era marcar el territorio imaginario, no perder, no dejarse arrebatar los afectos”.

El territorio imaginario intentará, en el transcurso de la novela —que va más allá de un transcurso del tiempo—, reemplazar la vicariedad de todo fantasma por la acumulación de las imágenes. La novela narra la deriva de un exilio, intentando atraparla en una voz y una escritura que conjuren lo que ha desaparecido. Un primer destierro en Besançon, un largo exilio mexicano, un regreso, y el intento de recuperar, no tanto lo que se ha perdido —irreparablemente—, sino precisamente lo que vendrá; porque la escritura de la memoria se vuelve conciente de que el origen no es un pasado sino un proyecto.

Existir será entonces, para esta narradora que declara no haber dejado huellas, perseguir otras huellas, marcas que los otros han dejado y de las que la escritura se irá apropiando y encarnando, pero sin devorar su yo. La gastritis y la náusea son índices de la precariedad de la que escribe, como corporizaciones de la desvalidez. Pero una desvalidez que se abre paso con una grafía que es también una corporización, una forma de recuperar lo arrebatado; esto es, darle al soma, al signo, un cuerpo a través de la escritura.

La que había sido escritora fantasma escribía, también, “sin escribirlo el primer párrafo de un largo escrito que siempre sentí como un desencadenamiento, pero muy pronto la cadena se enredaba o quedaba trunca. La frase inicial, eso sí, brotaba casi de inmediato” (p.40). La escritura se abría paso en la potencia de una conciencia y de una imagen: en el asiento trasero del auto, la marcha y la narración sin escritura

*Licenciada en Letras, especializada en literatura argentina. Docente de la cátedra Literatura Argentina I en la UBA.

eran un recorrido “que se parece al de la memoria”: puntos ciegos, sombras, postas, disipación. Algo se deshace en ese intento de captar por una imagen la memoria de lo que se diluye. “Esas partículas, me dio por imaginarlo, eran muertos que entraban por mis ojos y salían por mi nuca” (p.41). ¿Cómo escribir entonces el despojo, como recuperar la dispersión que es casi un estallido?

“Cuando recibo en herencia o como recuerdo la ropa de algún amigo o amiga que acaban de morir, me visto con ellos; tengo la sensación de que los llevo puestos” (p.52). Llevando a sus muertos puestos, la conciencia encuentra la forma epifánica del estado de memoria. Porque estos muertos que deambulan y se acomodan en el texto de Tununa Mercado comienzan a emerger a la escritura sin nombres, ya que “el cementerio era vastísimo y había allí todo tipo de muertes y de muertos” (p.41). Las muertes buscan legitimarse en el relato de esa memoria y, a la vez, legitimar ellos mismos la emergencia de esa historia narrada. Nombrar un muerto es recuperar, por sinécdoque, la infinitud de las pérdidas. Y en esas muertes, esta mujer que escribe a partir de la orfandad del exilio encuentra expulsiones más extremas que la suya. Ya no un cuerpo de narradora que deriva y padece en su persistente inadecuación con quien lo (so)porta, sino uno, tantos cuerpos como muertos se memoran.

La familia política

Constituirse en estado de memoria —y más cuando esa memoria es una memoria de la muerte— es predisponerse a la gestación. La memoria da origen, gesta la forma de narrar la pérdida. Y como la totalidad parece haberse diluido en una explosión, se recuperan fragmentos. Si el recuerdo opera por sinécdoque, el exilio es definido por metonimia: “El exilio se me aparece como un enorme mural riveriano”. Se trata, en los dos casos, de tropos, de figuras traslaticias que convienen a la memoria de un destierro. Así, en la deriva, la narradora se reconstituye y aprende que su historia personal sólo puede ser recuperada como historia social. El yo se recupera en la medida en que ya no se disuelva en la ajenidad de otros nombres, sino en la medida en que se pueda leer en otros nombres.

En el deambular de ese yo que va conjurando la desrealización, la escritura no puede esquivar un mandato del imaginario, que dispone una correspondencia entre hogar y familia para recuperar la propia existencia. El capítulo “Visita guiada” se instaura, entonces, como el lugar de la constitución de la casa tutelar. A partir de esa guía-dirección, la narración va a encontrar un sentido. La casa de León Trotsky permite la emergencia de la figura tutelar a partir de la cual será posible la reconstitución del hogar perdido: “En nuestro caso particular, el mío y el de los míos, el modelo máximo de la mayor tragedia y del destierro más dramáticamente interrumpido fue León Trotsky, y a él nos adherimos casi sin advertirlo, aunque intuendo que sólo en los límites extremos se podía apresar algún sentido, la clave de la condición que nos incluía” (p.110).

El hallazgo de esta figura cuasi paterna le permite al sujeto exiliado la constitución de un entorno fami-

liar que desborde los límites cerrados de la herencia sanguínea. La familia deviene política. Rubricado en el libro de visitas, un pacto del destierro se firma en la casa familiar de Trotsky. El nombre propio se inserta en una serie y dibuja un árbol genealógico *por opción*, que procede —como la recuperación de los muertos— por acumulación, única exuberancia que muestra esta casa tutelar, caracterizada por el despojo. Pero es precisamente en esa economía austera donde los sentidos, profusos, emanan. El sentido prolifera porque se encontró la guía, la impronta tutelar que indica una dirección, un rumbo que —más allá de los itinerarios enrevesados del exilio o incluso de la escritura— señala un camino posible, leído en clave política. El desconcierto de la errancia encuentra una contención, un lugar políticamente posible para el sujeto expulsado, un *locus* a partir del cual diseñar un hogar más estable que la casa perdida. Ya que la casa es un lugar netamente físico, y es el hogar el que se constituye como el ámbito propio de la familia, los dioses lares de los que han sido expulsados serán transportados para mantener la llama encendida donde consigan afincarse.

El diseño de la casa tutelar es condición de posibilidad para la emergencia de las otras: la casa actual, las casas pasadas, las futuras, las soñadas, la casa paterna. Pero, en contraposición a la percepción segura de la casa tutelar de León Trotsky, las casas *propias* se viven como imposibilidad; o, tal vez, sea la misma imposibilidad —como especificidad del desterrado— la que se constituya en el único hogar cierto. Entonces el deseo, protegiéndose, acaba rechazando la pulsión de poseer: “Ese deseo obliterado causaba la sensación de vivir, desde siempre, en una provisoriedad total, sin arraigo a los sitios, sin fijación en los objetos, desposeída de esa lógica de apropiación común a los humanos” (p.117).

Así, el despojo —nombrado como característica de la casa del exiliado epónimo— se expande: “Nada de lo que me rodea me pertenece” (p.118). A partir de esa certeza, la familia se redefine y se enajena: “Los míos tampoco eran sentidos por mí como míos y sobre todo los sentía menos míos cuando intentaban convencerme de que todo lo que estaba allí era mío y de ellos, era de todos nosotros y había sido adquirido con el esfuerzo y la existencia de todos, pero no lograban rescatarme del extrañamiento” (p.118). La mayor condena del sujeto desterrado no es carecer de casa, sino padecer la certeza de haberla tenido.

Las Madres

Dos obsesiones interdependientes marcan a la narradora, y podrían ser pensadas a partir de la obsesión por el límite. Porque el problema de la narradora se juega en lo que va del límite al umbral. Ella intenta conocer, con precisión, el límite para impedir que se produzca un cambio de agenciamiento que cierre el ciclo y la rectificación sea imposible. Conocer los puntos justos (del arroz, de la carne, de las situaciones) —los límites— para “reparar en lo que sobra” (p.47). Pero, a la vez, obsesionarse por la falta, e intentar, entonces, llenar la carencia, paliar el despojo, saciar el vacío a la que ha sido condenada.

Entre lo que sobra y lo que falta se van a dibujar dos figuras, contrapuestas, que sigan leyendo la historia personal en clave política. Córdoba, la ciudad del origen, es mentada sinécdoticamente a partir de un nombre: el del general Menéndez. Como contrapartida del genocida, la figura del padre emerge de la bruma que intenta borrarlo, porque “el general Menéndez paseaba por mi ciudad y con su avance por las calles desplazaba, apartaba, por no decir eliminaba, el andar de mi padre. No había lugar para los dos andares” (p.123). Un cuerpo desplaza a otro cuerpo; la sustitución, el peligro de la fantasmización encuentra una nueva manera de representación. El padre es borrado —desaparece, podríamos decir— por Menéndez.

Otra sinédoque del país vedado se yergue como contrapartida de la casa del padre tutelar: la embajada argentina en México. Por paradojas sólo verosímiles a partir de las dictaduras, la *casa* argentina en el exterior cierra sus puertas a las *familias*, conminándolas a permanecer fuera de sus límites (“La casa siempre estaba cerrada” y “las familias iban enteras y sentaban a sus niños en el borde del camellón”, p.125). El hogar de la patria en tierra extranjera también expulsa a sus hijos. Entonces, en la calle (ámbito de la manifestación pública del reclamo, del dolor y la resistencia), aparece la *figura materna*.

Lejos ya del limitado horizonte del hogar familiar, son *las madres* las que inscriben en su legado biológico el ineludible mandato político. Recuperando la herencia de esas tradicionales madres que, en el seno del hogar, junto al fuego, relataban a sus hijas historias del mundo o recetas de cocina, salen a la calle a manifestar su historia familiar enunciada desde la política. Las madres rediseñan los lazos familiares y recuerdan los nombres del martirio como resistencia a la expulsión: “Otra madre, Laura Bonaparte, llevaba sendos carteles por sus hijos, yernos, hijas y nueras desaparecidos y por su marido muerto en la tortura, y eran tantos sus muertos que tenía que sostenerlos por turno de a uno o distribuir sus retratos entre seis personas, hasta que optó por poner una sola gran pancarta con el nombre de toda su familia exterminada” (p.126).

Las mujeres salen al mundo a resistir y a luchar. Deben salir de sus casas, pero cargan con su familia concientes de que el hogar está allí donde se asienten los dioses lares. La tragedia de estas madres sabe que el ritual es una forma de la memoria, y renuevan con su insistente presencia la situación del despojo. Narran sus historias personales como una forma del relato social; por los nombres de los suyos encuentran en la memoria personal el asiento de la memoria del pueblo. La historia de estas madres es la emergencia del contrapoder que sabe redistribuir sus estrategias para desbaratar el orden autoritario. Silenciada la madre carnal en el relato, “las Madres” se instauran como la entidad de resistencia, cobijo y memoria: “Todos se encaminaron en sus primeros, segundos y definitivos regresos, a la Plaza de Mayo, a marchar con las Madres, y fue en ese sitio, el lugar por antonomasia de la polis y de la tragedia de la polis, donde muchos que habían tomado distintos rumbos de destierro se encontraron” (p.127).

La Plaza deviene hogar, porque es el lugar en el que están las madres y donde los hijos desperdigados se reencuentran y traen los relatos de sus derivas. Ya se está muy lejos de la concepción de un hogar limitado por las paredes de la casa; el hogar público de las Madres abre lo íntimo para inscribirlo en la historia de la patria: la casa familiar se abre a la política.

El lugar público de la familia desmembrada —que vuelve para renovar sus lazos— se convierte en la zona de la narración por excelencia; circulan los relatos en la plaza pública. Compelidas a marchar, las madres trazan un sendero circular que se deja leer en dos movimientos: el de la persistencia de un itinerario fijo alrededor de la pirámide, en el centro político del país, frente a la casa de gobierno que las expulsa; y el de una marcha incansable que advierte que mujer y sedentarismo no se implican necesariamente y que las derivas también forman parte del territorio imaginario de la patria: “Entonces comenzaba —y en dos o tres vueltas a la plaza no podía concluir— el largo relato de lo que había pasado en esos años” (p.127).

En estos reencuentros *familiares* (frente a la embajada argentina en México, o frente a la casa de gobierno en Argentina), se reúnen las fotos dispersas para mantener la memoria de los muertos, para recuperarlos. Las imágenes de los ausentes, desaparecidos, constituyen el álbum familiar de la memoria histórica que la narración diseña para contrarrestar las fotos de los resistentes que, como tomas prontuariales, se sacan desde el interior de la embajada.

Al filo de la fantasmagoría y la extinción —de la desaparición, en todos sus sentidos—, la novela de Tununa Mercado pone el cuerpo para la escritura de las ausencias. La pluma, que “era punzón o gubia”, encuentra ahora otras trampas al avanzar por país ajeno; pero ya son ardidés: creación de “zonas de reserva, señuelos de referencia a los que podría volver si me perdía” (p.196). En una “caligrafía desgarrada”, la narradora encuentra la energía de los estados vicarios, y las palabras se responden —en el infinitésimo (y paradójicamente infinito) espacio que va del pensamiento al trazo— que indefectiblemente van a dar con los cuerpos que les convienen: porque no hay manera de existir, sino llevándolos puestos.

Notas

¹Tununa Mercado escribió los libros de cuentos *Celebrar a una mujer como una pascua*

(Mención en el concurso de la Casa de las Américas en 1967) y *Canon de alcoba* en 1988. *En estado de memoria* es de 1990. *La letra de lo mínimo* es un libro de ensayos editado en 1994.

²La deriva del exilio, que la obliga a trasladarse a otro país, puede leerse en consonancia con la derivación terapéutica a la que se ve compelida permanentemente. El psicoanalista no hace sino “*derivar* a su paciente, desconsiderada acción cuya consecuencia era, en efecto, una deriva, de unas manos a otras, de una oreja a otra oreja, de diván a silla” (p.20).



Un silencio a gritos: tortura, violación y literatura en la Argentina*

Lea Fletcher**

Una relación tortuosa: mujer y violación

Decir que durante una guerra las mujeres son violadas no sorprende más que decir que durante una guerra las personas son asesinadas. Aunque esto parezca crudo, la historia demuestra repetidamente la verdad y la supuesta naturalidad de las dos afirmaciones a la vez que patentiza el hecho de que “la violación es más que un síntoma de guerra o evidencia de su exceso violento. La violación durante la guerra es un acto familiar con una excusa habitual”.¹ Otro “acto familiar” de la guerra es la tortura. Como la guerra se libra para la destrucción real y simbólica del enemigo, la tortura se utiliza para destruir la relación de la víctima con su mundo exterior e interior. No es casual que una de las formas más comunes de la tortura es la tortura sexual ejercida contra ambos sexos, con serias consecuencias orgánicas y psicológicas.

¿Qué es la tortura sexual y qué objetivo persigue? Según la definición de I. Agger, “es un intercambio traumatizante y destructivo para la identidad entre la víctima y el torturador, en el que la víctima se caracteriza por una ambigüedad de elementos tanto agresivos como libidinosos. En la psicodinámica de este intercambio interviene también la estructura sexual del torturador, y la víctima vive la tortura como dirigida directamente hacia la destrucción de su imagen corporal sexual y de su identidad”.² De esto se desprende el hecho significativo de que la tortura sexual consta de muchos métodos, de los cuales la violación es sólo uno, aunque el predilecto, para usar contra las mujeres. La violación de mujeres es una notablemente eficaz e insidiosa forma de tortura ideológica ejercida por los guerreros para infundir el terror masivo y lograr el control social no sólo de las mujeres sino de la sociedad entera. Este fenómeno es conocido como *tortura genéricamente específica*, conformando

así una de las marcas del género que pretendo examinar en este trabajo. Más específicamente, reflexionaré acerca del tratamiento de este fenómeno por parte de los escritores y las escritoras argentinas en sus textos relacionados con la última dictadura militar.

La violación organizada

Según Claudia Card,³ en toda circunstancia y en toda época la violación funciona como una institución terrorista para controlar la libertad de las mujeres cuando intentan exceder los límites establecidos por y para una sociedad patriarcal. (“Institución” en el sentido en que la guerra y el castigo lo son y “terrorista” en que la violación tiene dos blancos: las mujeres consideradas sacrificables y las mujeres que reciben el mensaje enviado a través del abuso de aquéllas.)

Otras ensayistas sobre el tema comparan la organización de este tipo de violencia al elaborado sistema de la caballeridad o a una suerte de mafia: los varones ocasionan la necesidad de proteger a las mujeres de otros varones y desarrollan complicadas reglas de comportamiento para ello que las mujeres, “las protegidas”, deben cumplir.³

En todos estos conceptos de la violación, y muchos más aún, la mujer es sujeta a las leyes –formales (dichos) e informales (no dichos)– que la prejuzgan culpable de no haber cumplido con las normas sociales si es violada. El imaginario social, como también el imaginario personal, hace que la gente piense que “algo hizo –o no hizo– para que la violen” o “una mujer decente prefiere la muerte a la violación” o “lo habrá gozado”, etc. A diferencia de otras instancias, la mujer violada tiene que probar su estado de víctima ante la Justicia y la sociedad, las mismas que dieron origen a las leyes que la condenan. Despojada ella de su valor para el varón “responsable” por ella, sea padre, hermano o marido, la mujer y su grupo afectivo suelen callarse ante el rapto del honor cometido contra él. Denunciar el crimen publicita la pérdida del bien del varón. A fin de conservar su honor y este bien –es decir, su poder– ante sí mismo y la sociedad se impone el silencio, que asfixia a la mujer y apuntala al patriarcado. Se estima que sólo el 10% de los casos son denunciados a la Justicia.

Esto en tiempos “normales”, de “paz”, y ¿durante la guerra? Recordemos que en circunstancias de guerra la violación sexual es un acto cotidiano, patriótico, un derecho y a veces una obligación del vencedor. ¿Denunciar ante quién, entonces? Reconocer el crimen ante las fuerzas del poder sólo facilita la obtención de su objetivo, pues aumenta su potencia y, como consecuencia de ello, hunde, aún más a las víctimas, colocándolas en una condición de inferioridad y dependencia.

El no poder: miedo, dolor, sufrimiento, silencio

La represión ejercida contra la civilización y la gente de la Argentina durante la última dictadura militar ha sido comparada con bastante acierto con el régimen nazi de la Segunda Guerra Mundial. Así como durante circunstancias como éstas la gente teme reconocer los atropellos cometidos contra la humanidad, tampoco puede admitir y hablar de una violación

*Una versión de este trabajo se publicó en *Literatura y Lingüística*, volumen dedicado a “Literatura, género y mujer”, Santiago de Chile, N° 6 (1993), pp. 133-143.

**Doctora en Letras, directora de *Feminaria* y *Feminaria* Editora, investigadora literaria de los temas de mujer y género, autora de *Una mujer llamada Herminia* y compiladora de *Mujeres y cultura en la Argentina del siglo XIX*.

sexual. Para conservar su imagen y respeto propios y ajenos, la gente, como también la mujer violada, se ve obligada a negar la verdad y la única manera de lograrlo es la escisión de estas condiciones hasta lo más profundo de su personalidad y la pérdida de autonomía.

La explicación de Bruno Bettelheim sobre la privación del respeto debido al miedo es aplicable a la situación de una mujer que ha sido víctima de la tortura genéricamente específica. Bettelheim describe el efecto dominó del desdoblamiento de las posibles actitudes acerca del problema de los campos de concentración para los alemanes. Podían intentar negar su existencia, pero la Gestapo les hacía publicidad; podían tratar de creer que no eran tan malos, pero eran amenazados con ser enviados allí si no se comportaban bien; podían suponer que solamente la escoria de la sociedad era enviada allí, pero muy pocas personas pudieron creer esto. Entonces, cualquier persona que se aferrara a su moral o a su respeto propio tenía que reconocer la verdad de los campos y la criminalidad de su gobierno. Hacer esto le obligaba o a luchar abiertamente o a oponerse firmemente en su interior. Pero la primera opción era suicida y, a menos de que la vida peligrara, carente de objetivo –aunque algunas personas prefirieron la resistencia– y la segunda requería que la persona renunciara su posición presente y futura y arriesgar su seguridad económica y a veces, su seguridad emocional. Pero muy poca gente podía hacer esto. Vivir en estas condiciones debilita el respeto propio y finalmente produce la desintegración del individuo. Los efectos del miedo a los campos de concentración hacían que los alemanes inseguros de sí mismos quedaran en silencio y no actuaran ni reaccionaran de un modo que pudiera desagradar a los gobernantes. Como los prisioneros de los campos de concentración (el niño bueno deber ser visto pero no oído) no debían ser vistos ni oídos, tampoco los ciudadanos alemanes. Para una persona adulta, verse obligada a asumir una conducta infantil tiene consecuencias psicológicas profundas. La angustia del ser humano para proteger su vida le exige que renuncie a su mejor oportunidad para sobrevivir: su capacidad de reaccionar adecuadamente y de tomar decisiones. Pero por haber renunciado, ya no es adulto, sino niño. Sabe que para sobrevivir debe decidir y actuar, pero intenta hacerlo sin reaccionar, debilitándose a tal grado que es privado del respeto propio y del sentimiento de la independencia y la autonomía.⁵

¿En qué consiste la aplicabilidad? Si recordamos la teoría que explicita que la violación es una institución terrorista, comprendemos cómo el prisionero en el campo de concentración corresponde al primer blanco del mencionado terrorismo, es decir, a las mujeres consideradas sacrificables, y cómo el ciudadano alemán inseguro de sí tiene su correlato en el segundo blanco, las mujeres que reciben el mensaje a través del abuso de aquéllas. Además, el “no deber ser vistos ni oídos” tiene su analogía con las mujeres transgresoras de las normas en el sentido de que una mujer “vista” es castigada por desobediencia, por salir del su rol y condición asignada de protegida, y esta mujer –u otra

que dé voz acerca del crimen– no debe ser oída porque se arriesga a sí misma y, de más importancia, expone al riesgo el sistema patriarcal. Proveniente del riesgo, del peligro, el miedo refuerza a sí mismo echando raíces invisibles y creando un clima de temor generalizado para estrangular cualquier acto que debilite el poder del sistema.

El miedo al peligro real de los campos de concentración nazis y los Centros Clandestinos de Detención argentinos surge de otro elemento del “no-poder” experimentado por las personas allí torturadas: el dolor o la amenaza de él. En su grado extremo el dolor anula todo concepto y contacto con cualquier realidad que no sea el dolor mismo. Aniquila tanto el sentido que una persona tiene de sí misma y del mundo como su deseo y posibilidad de expresarse verbalmente. El hecho de que es tan totalizador y poderoso fue observado por Karl Marx: “Hay un único antídoto al sufrimiento mental y eso es el dolor físico”.⁶ Tendría que serlo, pues el poder del sufrimiento es a su vez temible, como notamos en el comentario de Viktor E. Frankl sobre su experiencia del mismo, “el sufrimiento del hombre [sic] actúa de modo similar a cómo lo hace el gas en el vacío de una cámara; ésta se llenará por completo y por igual cualquiera que sea su capacidad. Análogamente, el sufrimiento ocupa toda el alma y toda la conciencia del hombre [sic] tanto si el sufrimiento es mucho como si es poco”.⁷ A diferencia de Marx, Frankl descubrió un escape positivo: “los intentos para desarrollar el sentido del humor y ver las cosas bajo una luz humorística son una especie de truco que aprendimos mientras dominábamos el arte de vivir, pues aún en un campo de concentración es posible practicar el arte de vivir, aunque el sufrimiento sea omnipresente”.⁸

Lo que interesa de esto para el presente trabajo es lo siguiente: creo poder aprovechar estos conceptos para examinar la verbalización o el silenciamiento de la tortura genéricamente específica y su representación en la literatura argentina.

Veamos. El no-poder de una víctima de la tortura genéricamente específica proviene del miedo al castigo, del dolor de la tortura y del sufrimiento de la pérdida de respeto y de autonomía. La confluencia de estas fuerzas conducen a la víctima al silencio, un dolor y un sufrimiento silenciado a gritos. Gritos de tortura, gritos de aniquilación, gritos de angustia, gritos traducidos al poder del otro, gritos sepultados en los cuerpos de las mujeres, gritos de control social de ellas, pues sabemos que el concepto y el diseño de la tortura de mujeres no tuvo como objetivo único la aniquilación psicológica de ellas tanto en lo público como en lo privado, sino el quebrantamiento del corazón de cualquier rebelión contra el orden establecido. En manos del aparato del Estado, estas mujeres fueron vistas y tratadas como aberraciones merecedoras de castigo ejemplificador. Como mujer militante, como mujer cuyo pareja era militante, como madre descarriada, las mujeres prisioneras tuvieron que sufrir todo tipo de vejámenes por haber desobedecido la Ley del Padre llevada a su extremo en una dictadura militar.

Los testimonios acerca de la tortura revelan que

casi toda mujer –embarazada o no– detenida durante la última dictadura militar fue víctima de la tortura genéricamente específica:

- “Las mujeres eran obligadas a bañarse delante de los guardias y constantemente sometidas a manoseos y violaciones”.⁹
- “Nosotras, como mujeres, estábamos en una situación a merced de cualquier fuerza o de cualquier hombre que estuviera ahí”.¹⁰

Uno de los comentarios –hecho por una mujer– que recogí en el curso de mi investigación, ‘la violación fue lo menor de todas las torturas’ (se supone que se refería al dolor experimentado en ésta y las otras formas de tortura), resulta extremadamente irónico, porque, a pesar de la verdad –o no– de esa afirmación, las mujeres no quieren, no pueden hablar de ello:

- “De todo lo que sufrí, lo más repugnante e inolvidable son las vejaciones que el pudor me impide relatar en detalle [...] Lo más desesperante es la sensación de total impotencia”.¹¹
- “[...] recuerda claramente que la paseaban desnuda por la galería, que la violaron varias veces [...] ella en especial nunca contó todo lo que había pasado, porque sentía vergüenza”.¹²
- “Descubrí que la mayoría de las mujeres que entrevisté no me dieron detalles de las instancias en que fueron violadas. Tuve que preguntarles acerca de las circunstancias para que me lo dijeran y lo hicieron de muy mala gana”.¹³

Tampoco hablan de ello los varones, ni los detenidos que lo presenciaron, ni sus parejas. Es un tema tabú. Un secreto a voces. Un silencio a gritos. ¿Lo es en la literatura también?

El corpus del delito

El tema de la violación figura en la literatura argentina desde sus comienzos o como ocurrencia, *El matadero*, o como amenaza, *Lucía Miranda*. Está presente en todos los géneros y todos los movimientos literarios. La tortura también hace su aparición frecuente: *El matadero* de nuevo y *Amalia*. Ninguno de los dos temas es ajeno a las escritoras: Rosa Guerra escribió una de las varias versiones de *Lucía Miranda*, por ejemplo. El antecedente más llamativo que comprueba esto es *La condesa sangrienta*, de Alejandra Pizarnik, cuya protagonista femenina se deleita haciendo torturar, violar y matar a sus víctimas, todas mujeres.¹⁴ En fin, como campo temático dentro de la tradición literaria argentina, estos dos temas son fértiles, pero las marcas del género no se deben buscar en el sexo de la persona que los cultiva sino en cómo lo hace y en cómo reacciona la persona que los recoge.

El primer “cómo” en el contexto del presente estudio significa que, aunque la tortura y la violación están presentes desde siempre en la literatura argentina, falta descubrir el tercer y crucial elemento: la tortura genéricamente específica. La pregunta clave es, entonces, si esto se encuentra en la literatura argentina.

No es tratado en los textos que examiné excepto en cuatro de ellos,¹⁵ diferentes entre sí en cuanto al segundo “cómo”, es decir, la reacción que producen en una lectora. Las cuatro excepciones son el episodio “El Tigre y Pelusa” en *Recuerdo de la muerte*, de Miguel Bonasso, *Danza de los torturados*, de Edgardo González Amer y los cuentos “Simetrías” y “Cambio de armas” en los dos libros de sendos títulos de Luisa Valenzuela. Me referiré a ellos más adelante. Primero quiero hablar del fenómeno del silenciamiento, pues los métodos empleados en este tipo de tortura para desintegrar a las mujeres tuvieron un largo alcance: el esmero de la dictadura en anularlas, quitándoles la actuación, el respeto, la autonomía y el habla encontró su eco en el tratamiento literario de ello.

Cuando empecé a investigar este tema en 1990, la mayoría de la gente a quien consulté me dijo que la época de la dictadura militar todavía estaba muy cercana para escribir sobre algo tan tenebroso. Al principio, no sabía qué pensar, pues, por un lado creía –y creo hoy también– que era cierto; sin embargo, no parecía ser demasiado pronto para examinar la psicología del torturador, como lo hicieron Elvira Orphée en *La última conquista de El Ángel* (que, a pesar de tratar la época de Perón, no se pudo publicar en la Argentina hasta 1984, habiendo aparecido en Venezuela en 1977), Eduardo Pavlovsky en *El señor Galíndez* (estrenado en 1973 y publicado en 1986), Andrés Rivera en *Los vencedores no dudan* (1989) y Luis Guzmán en *Villa* (1995). ¿No es inconcebible el dolor y el daño físicos y psíquicos causados por la reiterada aplicación de la picana eléctrica al vientre y la vagina de una mujer embarazada? Sin embargo, esta atrocidad está descrita en muchos de los textos que pude revisar. Por otro lado, si nos fijamos en las fechas de publicación de los libros –narrativa, poesía, teatro– que tratan el tema de la represión durante la dictadura, se observan dos etapas: una, casi inmediatamente después del retorno a la democracia y otra que comienza en 1995 con la novela *Villa* de Guzmán e intensifica entre agosto y julio del corriente año con la aparición de tres novelas que tratan la época. Esto será un indicio del funcionamiento de la memoria y de la necesidad, junto con la posibilidad psicológica, de sacar afuera algunos temas. Es decir, para algunas personas era demasiado pronto, para otras, no.

Otro argumento que me ofrecieron en una primera instancia parecía ser más válido, el de no ser un tema poético. Pero no: ¿arrojar al mar desde aviones y helicópteros cuerpos de mujeres con vida es un tema poético? Evidentemente lo es, pues de esto se trata el poema “Del mismo plumetazo” (en su libro *A mano alzada*, 1986), de Laura Klein. ¿Y no es demasiado horripilante la tortura de la rata, que “consistía en un tubo que se introducía en el ano de la víctima, o en la vagina de las mujeres, y dentro del tubo se largaba una rata. El roedor buscaba la salida y trataba de meterse mordiendo los órganos internos de la víctima”?¹⁶ No obstante, este sadismo está terriblemente descrito en la novela de Omar Rivabella, *Requiem por el alma de una mujer* (1986); hay que observar que la víctima es un varón.

En fin, no deseo que esto se parezca a un catálogo de

horror ni tampoco pretendo sugerir qué temas deben o pueden aparecer en la literatura. Solamente me pregunto acerca del tratamiento recibido por el tema de la tortura genéricamente específica. No quiero decir que no aparece en la literatura. Digo que no es tratado con la profundidad evidente en el desarrollo de otras escenas de tortura. Para darles una idea de la representación de la violación, son los siguientes ejemplos:

–“La violaron frente a su madre, a sus dos hijos pequeños y su marido, que tal vez no había terminado de morirse”. [*Recuerdo de la muerte*, Miguel Bonasso, p. 211]

–“El perverso, quien después de sus habituales toqueteos y obscenidades volvió a eyacular sobre mis pechos”. [*Requiem por el alma de una mujer*, p. 48, de Omar Rivabella]

–“[...] la manosearon como se les dio la gana. Tres se la cogieron”. [*La última conquista de El Angel*, p. 138, de Elvira Orphée]

–“Porque aun los que la cogieron a la mujer quizá no lo hicieron por gusto, sino porque formaba parte del escarnio [...]” [*El Angel*, p. 141]

–“Ante las verdugueadas de los guardias ‘prefirió’ la violación a las torturas. La pobre mujer aguantó a diez o doce hijos de puta que exacerbaban su vejación con los sollozos de los prisioneros.[...] Después esta niña [de 17 años] fue torturada como todos, quizá más brutalmente porque ‘no había sabido mantener en alto los valores morales fundamentales’”. [*Cuerpo I-Zona IV (el infierno de Suárez Mason)*, p. 44, de Blanca Buda]

–“Antes de perder el sentido escuché desencadenarse una orgía. Por allí cerca, los guardias se divertían y las mujeres gritaban” [*Cuerpo I*, p. 49]

–“[...] justamente el Escualo no es de los que se calientan con una mujer en la mesa de torturas, que él mismo se lo había confesado: otros sí pero yo no, dice que le había dicho; otros ponen la picana y si no violan a la torturada se van en seco” [*El fin de la historia*, pp. 216-217]

En otros textos referentes a la última dictadura militar el tema o no es tratado o es solamente aludido. Quiero decir que estos autores y autoras, o no se propusieron tratar el tema o no pudieron hacerlo. En cualquiera de los dos casos, estos textos ejemplifican mi hipótesis acerca del silenciamiento que rodea la violación sexual. “¿Se puede escribir o hacer una película sobre la tortura?” es una pregunta frecuente, pero la misma hecha acerca de la violación sexual ni siquiera se plantea. Insisto en aclarar que no intento prescribir la temática que deben tratar;¹⁷ es simplemente una conclusión de este examen de textos literarios.

Ahora las excepciones. En mayor o menor grado todas tienen características parecidas a la película *Portero de noche*. En “El Tigre y Pelusa” (de Bonasso) y en “Simetrías” (de Valenzuela) se utiliza la óptica del

torturador. La diferencia importante y una marca del género es que el autor del primero presenta al torturador también como víctima del sistema y de sí mismo mientras que la autora del segundo lo presenta sin compasión, como el victimario que es. En el otro texto de Valenzuela, “Cambio de armas”, la óptica no es del torturador sino de la torturada; en la novela *Danza de los torturados* de González Amer la óptica es del testigo oculto.¹⁷ Los dos cuentos de Valenzuela demuestran una clara comprensión para la mujer violada y un rechazo a las situaciones socio-políticas que lo “permiten”. La novela de González Amer también, pero con una diferencia significativa: el que quiere ayudar a la mujer violada experimenta una erección, que lo avergüenza, mientras reflexiona sobre lo que pensaría ella durante la violación.

No quiero decir que ni Bonasso ni González Amer presentaron la violación sexual así porque son varones, sino, en el caso de Bonasso, a pesar de demostrar comprensión del sufrimiento de la mujer y, en el caso de González Amer, esta misma comprensión, más un rechazo al sistema deformado que posibilita estas aberraciones –y otras–, la oscilación de sensibilidad que aquél evidencia hacia la víctima y el victimario y una reacción sexual inapropiada provocada en éste son, en última instancia, características de un sistema de valores traducido a la escritura que se denomina masculina. Esto textos nos permiten comprender la “diferencia de la diferencia” del tratamiento de victimario, víctima y observador hecho por Bonasso, Valenzuela y González Amer, pues por más víctima que Bonasso presente al torturador, sigue siendo el victimario y la causa del estado de víctima de la torturada, y por más solidario que quiere ser el testigo oculto, al final, no sólo reacciona como si estuviera viendo una película pornográfica, sino tampoco hace absolutamente nada para ayudar o consolar a la víctima.

En cuanto a cómo se siente esta lectora ante estos textos, debo aclarar que no se trata de mi reacción como mujer al desarrollo del tema, si me gusta o si me identifica con él, sino del hecho de que me permite experimentar “la diferencia de manera diferente”.¹⁸ Los cuatro textos presentan una condición aberrante y degradante sufrida por una mujer de manera que cualquier mujer o varón puede sentirlo sin haberlo experimentado jamás. Pero en el texto de Bonasso la marca masculina aparece al demostrar si no cierta simpatía al menos comprensión hacia el victimario y en el de González Amer, su deseada solidaridad entregenerica se convierte en una reacción imposible para cualquiera que se pueda identificar con una mujer violada. En este sentido, el libro de González Amer decepciona, porque un/a lector/a cree que está ante un individuo que condena, en cuerpo y alma, la violación sexual; lo quiere hacer, pero le traiciona su inconsciente patriarcal. Valenzuela y Bonasso le dan voz a la mujer, pero Bonasso le hace competencia –¿desleal?– al taparla o al menos equipararla con la del torturador; González Amer no deja que la mujer violada se exprese, sólo deja que el testigo oculto proyecte en ella sus pensamientos y sensaciones. Esta lectora, como cualquier persona, se siente mejor sin la voz tapada.

Función doble

Al principio [el dolor causado por la tortura] existe como un hecho aterrador aunque limitado internamente; ocupa eventualmente el cuerpo entero y se vuelca a la región exterior del cuerpo, se apodera de todo lo que se encuentra dentro y fuera de él, hace que los dos sean obscenamente indistinguibles, y destruye sistemáticamente cualquier cosa que se parezca a un lenguaje.¹⁹

¿Y si agregamos a esto el plan de destrucción doble de las mujeres prisioneras políticas, es decir como militantes (lo público) y parejas de militantes y/o madres no “responsables” (lo privado)? ¿Y si recordamos que la ley estipula que únicamente la víctima (en caso de ser menor de edad, sus progenitores o tutores) está en condiciones de denunciar el delito, que por lo demás, no existe sin denuncia? ¿Y si tenemos en cuenta que cuando es el gobierno que viola, que autoriza la violación de su propio pueblo, no hay a quien denunciar el delito? ¿Y si a todo esto le sumamos el silencio ancestral que rodea la violación?

Hasta donde sé, la literatura argentina escrita por varones y mujeres acerca de la última dictadura militar se caracteriza mayoritariamente por reflejar estas prácticas. Al no desenmascarar el tema de la tortura genéricamente específica, la literatura hace que el decir de las mujeres se lea/oiga a través de la traducción masculina impuesta por una sociedad patriarcal: su cuerpo no le pertenece, su voz no la expresa ni a sí misma ni a sus experiencias.

Notas

¹ Susan Brownmiller, “Guerra”, en su *Contra nuestra voluntad*. Barcelona, Editorial Planeta, 1975, p. 30.

² Citada en Inger Agger y Sören Buus Jensen, “La potencia humillada: tortura sexual de presos políticos de sexo masculino. Estrategias de destrucción de la potencia del hombre”, en *Era de tinieblas. Derechos humanos, terrorismo de Estado y salud psicosocial en América Latina*, Horacio Riquelme U., comp. Caracas, Editorial Nueva Sociedad, 1990, p. 45.

³ Claudia Card, “Rape as a Terrorist Institution”, ponencia presentada en el congreso “Feminismo Filosófico”, Buenos Aires, noviembre de 1989.

⁴ Entre otras, Susan Griffin y Susan Rae Peterson, citadas por Claudia Card, Op. cit., nota 7, p. 16.

⁵ Bruno Bettelheim, *El corazón bien informado. La autonomía en la sociedad de masas*. México, Fondo de Cultura Económica, 1973, p. 255.

⁶ Citado en E. Scarry, *The Body in Pain*. New York, Oxford University Press, 1985, p. 33.

⁷ Viktor E. Frankl, *El hombre en busca de sentido*. Barcelona, Editorial Herder, 1989, p. 51.

⁸ Ibid.

⁹ C.O.N.A.D.E.P., *Nunca más. Informe de la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas*. 3ª ed. Buenos Aires, Eudeba, 1984, p. 155.

¹⁰ *El Diario del Juicio*, Año I, N° 14 (27 de agosto de 1985).

¹¹ *Proceso a la explotación y a la represión en la Argentina*. Buenos Aires, Foro de Buenos Aires por la Vigencia de los Derechos Humanos, 1973, p. 150.

¹² *Nunca más*, pp. 52-53.

¹³ Marifran Carlson, comunicación personal, 18/X/1991.

¹⁴ En su artículo “A cada Eva su manzana. La permanencia en el paraíso” (en FEMINARIA LITERARIA, p. 2, en *Feminaria*, Año IV, N° 7, Bs. As., agosto 1991), Graciela Gliemmo afirma: “Había sido ese texto de Alejandra Pizarnik el que, siguiendo las huellas de una novela e historias basadas en el sadomasoquismo, inaugurara el erotismo desde la crueldad femenina, con víctimas femeninas”.

¹⁵ Miguel BONASSO, *Recuerdo de la muerte* (Buenos Aires, Puntosur Editores, 4ª ed., 1988); Blanca BUDA, *Cuerpo I - Zona IV (El infierno de Suárez Mason)* (Buenos Aires, Editorial Contrapunto, 1988); Edgardo GONZÁLEZ AMER, *Danza de torturados* (Buenos Aires, Emecé Editores, 1996); Ulises GORINI y Oscar CASTELNOVO, *Lili, presa política. Reportaje desde la cárcel* (Buenos Aires, Editorial Antarca, 2ª ed, 1986); Luis GUSMÁN, *Villa* (Buenos Aires, Alfaguara, 1995); Liliana HEKER, *El fin de la historia* (Buenos Aires, Alfaguara, 1996); Matilde HERRERA, *Vos también lloraste* (Buenos Aires, Libros de Tierra Firme, 1986); Laura KLEIN, “Del mismo plumetazo”, en su *A mano alzada* (Buenos Aires, Libros de Tierra Firme, 1986); Alicia KOZAMEH, *Pasos bajo el agua* (Buenos Aires, Editorial Contrapunto, 1987); Vicente MULEIRO, *Sangre de cualquier tipo* (Buenos Aires, Schprejer/Futuro, 1996); Susana NOVICK, “Sobrevivir”, en su libro *Tiernos asesinatos*, (Buenos Aires, Editorial Atreucó, s/f.); Elvira ORPHÉE, *La última conquista de El Angel* (Buenos Aires, Javier Vergara, 1984); Carmen ORTIZ, “Alicia. La del País de las Maravillas”, en su libro *Parece cuento*, (Buenos Aires, Ediciones Marymar, 1984); Alicia PARTNOY, *The Little School. Tales of Disappearance & Survival in Argentina* (San Francisco, Cleis Press, 1986, [“La Escuelita”]); los cantos y la poesía del PRIMER CONCURSO LITERARIO 1984 “DERECHOS HUMANOS” (Buenos Aires, Eudeba, 1986); Omar RIVABELLA, *Requiem por el alma de una mujer* (Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1989); Andrés RIVERA, *Los vencedores no dudan*, (Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano, 1989); Graciela SILVA, “Sin palabra” (escrito en 1986, aún inédito); Jacobo TIMERMAN, *Preso sin nombre, celda sin número* (Buenos Aires, El Cid Editor, 2ª ed., 1980); Marta TRABA, *Conversación al sur* (México, Siglo Veintinuno Editores, 1981); Luisa VALENZUELA, *Cambio de armas* (México, Martín Casillos, 1982) y “Simetrías”, en *Revista Atenea* (Univ. de Puerto Rico-Mayagüez, Año IX, 3ª época, N° 1-2, junio-dic. 1989, pp. 1-8; en libro: *Simetrías*, Bs. As., Editorial Sudamericana, 1993). Me llama la atención que los textos de Bonasso y Valenzuela fueron publicados fuera del país y que hasta 1993 el único que se podía conseguir aquí era el de Bonasso. ¿No será esto otra marca del género?

¹⁶ *Nunca más*, p. 75.

¹⁷ Un ejemplo reciente es la polémica entre Graciela Daleo y Liliana Heker sobre el personaje que eligió ésta en su novela *El fin de la historia*.

¹⁷ El testigo oculto es un paciente mental que observa a un enfermero violar a Laura, otra paciente en el manicomio a quien él quiere ayudar y proteger contra las violaciones regulares que sufre a manos del enfermero. Esta novela es una analogía bien lograda de la Argentina durante la dictadura militar: la doctora representa la junta militar, los enfermeros a los torturadores, los pacientes a las personas disconformes con el régimen totalitario.

¹⁸ Teresa De Lauretis, “Rethinking Women’s Cinema. Aesthetics and Feminist Theory”, en su *Technologies of Gender*. Bloomington, Indiana University Press, 1987, p. 137. En castellano: “Cine, estética y teoría feminista”, *Feminaria*, Año VI, N° 10, abril de 1993, pp. 1 - 12, trad.: Beatriz Olivier.

¹⁸ Scarry, p. 55.



Cuerpos nómadas

Diamela Eltit*

M resulta necesario explicitar que este texto responde a una interrogación personal y, por lo tanto, no contiene respuestas permanentes como no sea el ejercicio creativo y móvil de la conjetura cultural y los efectos de lectura de ciertos libros que, en su conflicto, desplegaron ante mí un escenario problemático que aún no cesa. Mi interés radica en intentar describir estos problemas con el fin de fijar por escrito los pensamientos que, de manera caótica, han circulado por mi cabeza sin principio ni fin, inestablemente, durante los últimos años.

Los libros que abordaré ocuparon en Chile, un espacio de recepción alarmantemente minoritario, casi inexistente y el silencio que acompañó la salida de los textos forma parte, a mi juicio, de un efecto de la política neoliberal, de las autocensuras y represiones con las que la desbocada propaganda del individualismo acalla las contradicciones éticas del pasado reciente, con el fin de estimular una economía de libre mercado, empujando a los cuerpos ciudadanos a la violencia del eterno presente del consumo y del endeudamiento y generando, desde la apología racional del barbarismo del mercado, notables exclusiones sociales y masivas relegaciones culturales.

Y, así, quiero abordar la lectura de dos libros autobiográficos y una noticia periodística que me inquietaron al punto que hube de interrogarme en torno al porqué de esta conmoción y en qué sentido una parte de mi ser estaba fuertemente comprometida con esas historias.

Las autobiografías que señalo corresponden a *El Infierno* de Luz Arce, publicado por Editorial Planeta en 1993 y *Mi verdad* de Marcia Alejandra Merino, impreso en A. T. G en 1993 que relatan las historias de mujeres militantes de izquierda que, en 1974, fueron tomadas prisioneras por los servicios de inteligencia militar (DINA) durante la dictadura chilena y que, luego de ser sometidas a sesiones de tortura, pasaron a colaborar con sus captores hasta alcanzar, posteriormente, el grado militar de oficiales en esos mismos servicios de inteligencia donde fueran capturadas.

El libro *El Infierno* cuenta con un prólogo del sacerdote José Luis de Miguel y *Mi verdad* fue publicado por una organización de Derechos Humanos, durante la transición democrática bajo el gobierno de la Concertación encabezada por el Presidente Patricio Aylwin.

Luz Arce y Marcia Alejandra Merino ya se habían

convertido en leyendas negativas durante la época dictatorial por su participación en operativos de captura de sus compañeros de partidos. Estos operativos fueron confirmados por los testimonios de los sobrevivientes que las indicaban como presencias activas en sesiones de tortura. En realidad, a estos nombres hay que agregar el de María Alicia Uribe, militante del MIR, citada innumerables veces por las autoras de las autobiografías que, según los textos, hasta hoy sirve en el ejército. Así, las tres mujeres, transitaron en el imaginario social ocupando el lugar de la delación y de la traición.

Por otra parte, me parece necesario señalar que la primera etapa de la transición a la democracia, 1990–1994, estuvo marcada por la invitación a la reconciliación de todos los chilenos, invitación planteada por la Iglesia Católica y respaldada ampliamente por el gobierno. De hecho, el primer intento por reconocer públicamente la condición de ciudadanos detenidos–desaparecidos, se articuló a través de una comisión gubernamental denominada “Verdad y Reconciliación” que propuso una indemnización material para los familiares de las víctimas. Esta comisión no planteó iniciativas legales para penalizar a los culpables de las desapariciones de personas, sino que se abocó a establecer la existencia de víctimas por parte del estado dictatorial. La comisión funcionó a través de testimonios directos cuyas fuentes fueron mantenidas anónimas. No obstante este anonimato, hasta allí concurrió Luz Arce a prestar una extensa declaración que fue reproducida en medios de prensa nacionales.

Como participante de una historia (residí en Chile durante los 17 años de dictadura) leí ese testimonio y no me resultó indiferente. Al revés, la oficialización de un saber clandestino, la confirmación pública de la delación bajo situación de tortura, abrió en mí una interrogante cuya respuesta era imposible: ¿qué hacer frente a un habla provocada bajo esas condiciones?

No sabía, en ese momento, que era apenas la antesala de una serie de preguntas que, unos años después, con la lectura de las autobiografías se multiplicaron sin cesar, al punto de anular la pregunta inicial, al extremo de ensayar en una serie de textos, proyectos de lecturas de esos libros, donde este trabajo se inscribe como un proyecto más.

Me parece pertinente señalar que estimo que toda autobiografía está inserta en un proceso de escritura de la memoria y por ello no puede ser leída literalmente como verdad, sino más bien como una teatralización del yo, como puesta en escena biográfica, donde el yo activado en el texto es, especialmente, ficcional. No me refiero a la tradicional oposición verdad–mentira sino, lo que quiero apuntar, es que este género me parece como la tarea por la construcción de un lugar otro, diverso, en el que es posible leer la opción, la ficción de “yo” que se construye. Leer, en suma, el deseo o más bien, percibir la fuerza del deseo por articular ese único “yo” que se despliega en un texto.

Esta consideración me parece estratégica para acercarse a los libros de Luz Arce y Marcia Alejandra Merino, puesto que la motivación explícita de estas escrituras apunta precisamente a esclarecer “la ver-

*Licenciada en Literatura (Univ. de Chile), es autora de *Lumpérica*, 1983, *Por la patria*, 1984, *El cuarto mundo*, 1988, *Vaca sagrada*, 1991, *El infarto del alma*, 1994, *Los vigilantes*, 1994.

dad” política a partir de la construcción, por parte de las autoras, del “yo” que porta esa verdad. Así pues el deseo de “verdad” es la justificación para desplegar a su vez el deseo de “yo” que sería lo que garantiza convencionalmente la autobiografía como género. Parodiando el gesto sería algo así como “Yo cuando escribo no escribo sino que me sumerjo en la realidad “real” de mí misma, por lo tanto es verdad, y la institucionalidad del libro llamado autobiografía, que es escritura institucional, lo legitima”.

Así, deseo, validación y esencialismo del yo confluyen en este género, reduciendo la complejidad y multiplicidad del yo, la inestabilidad de lo que entendemos como “la verdad” y la obliteración de la materialidad de la escritura.

He buscado, en la lectura de estos libros, atravesar sus contenidos manifiestos y leer más bien a nivel de sentidos, pesquizando esos sentidos en los baches de los discursos, en los deseos y fantasías no explícitas que los propios textos están impedidos de sortear por la pulsión de escritura del yo al que se han encadenado. He intentado trabajar en el desmontaje de esos “yo” o bien en la lectura de esos “yo” como parte de una espectacularización, de una ambiciosa puesta en escena que convierten, en algunos tramos, a los textos en pre-textos y que permiten leer lo que considero como centro, en un sector que paradójicamente ocupa el lugar del intersticio en cada una de las páginas.

En primer término, me parece estratégico el problema abierto en estos libros en torno al dilema cuerpo e identidad, que aparecen como instancias móviles, readecuables, vulnerables cuando el sujeto –en este caso el sujeto mujer– se ve envuelto en las redes de los poderes dominantes, especialmente en esa parte del poder que requiere de la violencia –ya paródica, ya explícita– para mantener su hegemonía.

Luz Arce, militante socialista, pertenecía a un segmento minoritario de su partido ligado a prácticas paramilitares. Marcia Alejandra Merino, militante del Movimiento Izquierda Revolucionaria, MIR, también tenía una fuerte formación militar por la indole de su grupo, que propiciaba la lucha armada como vía de acceso al socialismo. Ambas mujeres contaban con experiencia como analistas de documentos y Luz Arce, en particular, había iniciado una tarea que requería de una cuota de clandestinidad y que consistía en captar información y hacerla llegar a la Comisión Política de su partido.

De esta manera, ambas jóvenes entre los años '70-'73, dispusieron sus cuerpos para la emergencia de una guerra posible, quiero decir, actuaron teatralmente en un escenario paródico, la simbología onírica latina de los '70 en donde el cuerpo de las mujeres quebraba su prolongado estatuto cultural de inferioridad física, para hacerse idéntico al de los hombres, en nombre de la construcción de un porvenir colectivo igualitario.

Para habitar con propiedad estos nuevos cuerpos femeninos modelados por el discurso político dominante –el efervescente y recién instalado gobierno de la Unidad Popular– ambas mujeres debieron antagonizar el discurso tradicional latino. Luz Arce y Marcia Alejandra Merino se obligaron a deshechar con fuerza las formas de las contundentes tradiciones, mediante la

radicalización de renovados supuestos que ponían en lugares diversos las formas amorosas, las relaciones familiares, el ejercicio real de la maternidad.

No obstante, en el fondo de esta teatralización paródica de la masculinidad que pospone lo íntimo o lo personal en oposición a lo primordial de lo público y de lo colectivo, en estas autobiografías es posible leer las fisuras que presentaba este nuevo modelo. Luz Arce era madre de un niño pequeño, debía encargarlo al cuidado de sus padres mientras ella se habilitaba “como un hombre más” en su juego de guerra. El abandono al hijo formaba parte de la construcción de este cuerpo que, en Latinoamérica, le pertenece histórica y épicamente al padre pero que, en este caso, la intermitencia materna no remitía a la “mala madre” o a la madre estigmatizada por su indiferencia, sino más bien obedecía a una misión maternal superior e inédita, pues la ausencia aparece como un sacrificio más, que encontraba en el discurso político un sustento ideológico, puesto que la distancia se ejercía para honor de su hijo, para la habitación futura del hijo en una sociedad más justa.

Sin embargo, los padres de Luz Arce, enteramente abuelos, cumplían un rol desde siempre clásico ante una crisis maternal, la familia seguía siendo pues el soporte en el cual se modelaba el cuerpo de Luz Arce. Marcia Alejandra Merino, por su parte, mantenía con su madre viuda un nexo extremadamente fuerte y leyendo atentamente los excedentes de su narración, hasta cierto punto simbiótico. Así pues la estructura familiar, considerada como burguesa, permanecía de alguna manera intocada por la dependencia tradicional a los cuerpos de familia lo que, a la vez, implica una forma de control, un determinado poder clánico de cuerpos sobre cuerpos parentales.

Inevitablemente hijas, Luz Arce y Marcia Alejandra Merino, provenientes ambas de capas medias bajas en el interior de un país extremadamente clasista como es Chile, se abocaron a inscribirse en forma activa como participantes de la historia, ubicándose en un sector de indiscutible poder como es el área de la militarización. Las autobiografías señalan retrospectivamente el modo en el que fueron alcanzando esos espacios. Tramo a tramo van escalando piramidalmente mejores posiciones, Luz Arce, de secretaria a chofer de un miembro de la Comisión Política de su partido, de chofer a guardia armada del presidente Salvador Allende, de guardia armada a analista confidencial, una carrera tan veloz que obliga a un secretario político a preguntarle “dónde quería llegar” y frente a estas palabras Luz Arce reflexiona “Lo que yo entendía como ‘entrega consecuyente’ fue visto como un intento por escalar posiciones” y recuerda inmediatamente la imagen del “Che Guevara” figura mártir masculina con la que ella se identifica e identifica su empeño.

Aquí pues se abre el primer síntoma de la crisis que más adelante las va arrastrar hacia una suerte de hecatombe de los sentidos. En tanto mujeres dependientes emocionalmente de sus familias, se refugian y actúan solemnemente en el interior de un discurso de autosuficiencia y cambio habitado por cuerpos masculinos, ante los cuales deben duplicarse o triplicarse ideológicamente para competir e instalar sus destre-

zas tras la búsqueda de un ascenso político que las dote de prestigio.

Pero un prestigio “macho”, el absorto doble travestido del “Che Guevara”, o bien andróginas, prófugas de sus propios cuerpos, ante lo que deben persuadir y persuadirse a cada instante de que su femenino es intrascendente, privilegiando, en cambio, el cuerpo triunfante, explosivo y poderoso de una revolución urdida mediante la teatralización de una lucha existente en el discurso y no en la acción.

Cuerpos ofensivos en medio de un campo de guerra inofensivo en cuanto irreal. Cuerpos teóricos engarzados a una práctica lineal del discurso político que les permite la insurrección abstracta de sus roles. Cuerpos proclives al mando, insertos en el centro simbólico del poder como es el adiestramiento guerrero.

De esta manera, la lectura de los inicios de las autobiografías va a dar cuenta de una lucha de proporciones tendiente a construir una identidad desde el cuestionamiento a sus roles tradicionales, lo que las obliga a poner sus cuerpos biológicos en las claves culturales de los cuerpos masculinos y, de esa manera, participar épicamente en la historia desde el lugar del poder dominante al cual aspiran acercarse cada vez más para alcanzar una identidad posible.

Sin embargo, el golpe de estado de 1973 puso a los cuerpos de ambas militantes en otro espacio, en el espacio ambiguo de la clandestinidad. Un área física y mental cuya zozobra permitía seguir manteniendo la ficcionalización de una tarea épica pero sin prestigio social, sin ascenso posible, sin un horizonte palpable. Enfrentadas a esta nueva situación, sus contactos mutan, la presencia del jefe o de los jefes políticos se vuelve discontinua, (cuestión que genera en ellas confusión puesto que se articulan a partir de la figura de un superior), el poder político al cual habían accedido se disuelve.

Es en la reconstrucción de este momento de sus vidas, cuando las dos jóvenes pasan a la clandestinidad, donde la memoria de Marcia Alejandra Merino se refiere por primera vez al dinero. Clandestina, realizando un trabajo fragmentario, identificada con una revolucionaria soviética, Marcia Alejandra, desligada de la coherencia de su movimiento político avasallado por el golpe militar, ejerce la primera crítica indirecta a su grupo político mencionando que una pareja de compañeros carecía totalmente de dinero, en cambio otro tenía consigo una considerable cantidad de plata. Esta observación no resulta inocente en medio de un ámbito totalmente anónimo, desarticulado, clandestino y por clandestino, imperceptible. La mención al dinero aparece justo cuando el poder había rotado hacia el dominio militar, cuando el sueño de la revolución socialista tomaba la forma de una pesadilla.

En 1974 las dos mujeres son tomadas prisioneras. Marcia Alejandra Merino, aparentemente la más entrenada para la guerra, no resiste la tortura y colabora prácticamente de inmediato. Luz Arce resiste y es atacada brutalmente, de una manera ilimitada, violada en forma reiterada, herida a bala, golpeada, colgada, electricada, empieza su colaboración cuando detienen a su hermano, evidenciando, de esa manera, que el modelo familiar siempre estuvo superpuesto al de la revolución.

Con la detención de ambas militantes, la lectura de los libros se complejiza, “el infierno”, título del libro de Luz Arce adquiere un significado pleno por la cantidad exuberante de información sobre violencia al cuerpo que entregan los libros.

Y, en este punto no puedo sino detenerme en la relación cuerpo–violencia que atravesó por 17 años el transcurso social chileno. La tortura como herramienta fascista de poder y despojo, el cuerpo como materia limitada, la confesión como escenario de confrontación entre verdad y mentira, entre vida y muerte, me obligó a una lectura estallada, estrellada.

¿Cómo mantenerse indemne frente a la memoria de atropellos humanos de esas proporciones?

Con la captura, la figura dominante que empieza a ocupar la narración, es la figura del oficial de los servicios de inteligencia. Esta figura aparece encarnada en distintos sujetos, distribuida en diversas jerarquías militares, el Teniente, el Mayor, el Comandante, el General, pero, más allá de cada rango, los grados militares muestran un solo objetivo: la destrucción política desde el acoso del cuerpo del prisionero.

Me parece necesario explicitar que los prisioneros políticos no eran reconocidos en forma oficial ni pública, y, por lo tanto, virtualmente perdían existencia legal pues los lugares de detención eran clandestinos. Esta forma de inexistencia kafkiana, en la cual se suspendían recluidos en espacios indeterminados, formaba parte de un escenario cruel, levantado para profundizar el miedo, para acercar la nada a la muerte.

Con la tortura, el cuerpo adquiere su plenitud a través del dolor. Cuerpos enfrentados y confrontados de modo desequilibrado para obtener la confesión del prisionero. Para conseguir, mediante el arrasamiento de la biología, la verdad escondida en esos cuerpos. Tortura y confesión enclavadas en una escena única para provocar el habla.

No obstante, detrás de la brutal escena de la confesión, lo que se puede leer es la voluntad de destruir la identidad del sujeto capturado, donde la confesión no es más que un síntoma de la pulverización de su identidad, la muestra de una despartenencia a su historia por la insistente presencia de la carne volcada al sufrimiento. Pareciera, entonces, que lo más importante es producir la despolitización del cuerpo cuando se lo obliga a renunciar al pensamiento y se lo clausura hasta el estado básico de la pulsión por la sobrevivencia.

Cuerpo arcaico, sometido al ritual del dolor, para hacer del acto de la confesión, es decir del habla, la expropiación de su cuerpo parlante. No me parece pues que el acto de tortura se encuentre linealmente ligado a la información que pueda entregar el prisionero, sino más bien me parece conectada a una escenografía fascista de aniquilamiento mental, de destrucción, especialmente psíquica. El torturador se adjudica la decisión sobre la vida y la muerte, se vuelve una especie de Dios que profana el cuerpo del prisionero, anulándolo. Vaciado de sí, el sujeto que habla, paradójicamente pierde su identidad: “se quiebra”.

Esta expresión es recurrente en las autobiografías. Cuando Luz Arce y Marcia Alejandra Merino señalan

en sus textos que algún prisionero habló, dicen: “se quebró”. Así pues lo quebrado, lo fragmentado, es ni más ni menos la ruptura de aquello que lo señala como perteneciente a su propia vertebralidad política, dejándolo expuesto al vacío, a su propia nada y a los costos ideológicos de la des pertenencia de sí mismo.

Luz Arce y Marcia Alejandra Merino hablan y luego colaboran. Sin duda, la confesión e incluso la colaboración están en el marco de lo esperable para cualquier sujeto expuesto a una situación límite, como es el caos experiencial vivido por las dos mujeres. Entonces, en el entendido que el problema que genera la lectura de los libros no pasa por cuestionar la confesión e incluso la dramática colaboración de las prisioneras, (que tuvo el costo de numerosas vidas de sus compañeros de partido); es, no obstante, a partir de ese momento, donde el relato vivencial empieza a adquirir ribetes extraordinariamente densos.

El mundo narrado se da vueltas hasta quedar invertido, se cierra y luego se reordena en un nuevo principio y es en este exacto comienzo donde los conflictos de lectura hicieron aparecer en mí renovados interrogantes. ¿Desde qué lugar podía yo juzgar la situación de mujeres violadas, torturadas, encarceladas en un medio feroz que yo, desde otro lugar, también había habitado? ¿Acaso el leer intelectivamente el discurso emocional de dos mujeres no quebraba el necesario compromiso de género de la una con la otra? ¿Por qué no olvidar esos discursos impuros y hacer como si no existieran? ¿Acaso no era, en cierto modo, ventajista que una escritora que nunca había militado en un partido político se convirtiera en lectora de la feroz crisis de dos mujeres militantes?

Estas preguntas ineludibles siguen acechándome pese a que, desde un ángulo diverso, pienso que el emprender este gesto de lectura es un acto político otro, una especie de militancia a favor de los sentidos, porque –a mi juicio– lo que está en cuestión detrás de estos discursos autobiográficos es la relación entre poder, cuerpo, género femenino e ideología, que a su vez están ampliamente conectados con los poderes actuales de la transición a la democracia chilena en la que yo habito, alcanzando extensas resonancias culturales y sociales.

Luz Arce y Marcia Alejandra Merino fueron cooptadas por los servicios de inteligencia militar, DINA, y permanecieron por casi un año en una situación intermedia en la cual se puso a prueba incesantemente la colaboración. Fue en el curso de ese año en el cual reaparecieron los rasgos contradictorios de sus identidades genéricas. Si en el comienzo de sus historias políticas la lucha por constituirse en sujetos pasaba por la confirmación y el ascenso en medio de un dominio político que iba reconociendo en ellas sus méritos, digamos, andróginos–masculinos que les permitían alcanzar un mejor lugar en el interior de un sistema de poder, el año de prisión del '74–'75 las reinstaló en la adquisición de nuevos saberes: la comprensión del escalafón militar.

Frente a este escalafón surgieron en ellas, las estrategias tradicionales asignadas al género femenino, esto es ampararse en su condición de mujeres esta vez no

para un triunfo social, sino para la mera sobrevivencia física. Ubicadas en este lugar intermedio –el espacio de la colaboración– debieron renegar tanto de sus pasados políticos como enfrentarse directamente a esta negación ante a sus compañeros detenidos.

Cuando se cumplió la etapa de la delación: entregar nombres, direcciones, saberes orgánicos de sus partidos, ya Luz Arce y Marcia Alejandra Merino, entraron en un nuevo estadio vital. Sus energías resurgieron con un objetivo absorto como fue pasar a integrar el cuerpo de inteligencia militar y llegar a convertirse en oficiales de ese servicio. Para conseguir ese objetivo, buscaron la protección de oficiales maduros, hombres que, desde su impresionante poder, las mantuvieran vivas apelando al espacio más clásico del encierro de lo masculino y lo femenino como es el ejercicio de la sexualidad.

Cuando los relatos entran en esta etapa, ya los parámetros cambian. Una lectura atenta permite vislumbrar que realmente están comprometidas con las redes de inteligencia militar, se hacen partícipes intelectual y emocionalmente de los conflictos y de las luchas internas. Cada una con sus respectivos socios–captos–amantes emprende otra vez una carrera –digamos– política.

Fuera de la prisión, siguen trabajando para la DINA dirigida por el tenebroso General Manuel Contreras y consiguen el objetivo de convertirse en oficiales. Pese a que reiteradamente en los textos se sienten en el estatuto de prisioneras, la narración no puede privarse de dar cuentas de sus éxitos profesionales dentro del cuestionable servicio al cual se han inscrito. Entre el doble miedo que las atraviesa –miedo a lo militar, miedo a las represalias de sus antiguos compañeros de izquierda– se mantiene vivo un reconocible orgullo por destacarse en un ámbito masculino, una recuperación de la identidad a partir del roce con el poder dominante.

Cuando la DINA es disuelta, las mujeres entran en pánico. Toman un abierto partido por el General Manuel Contreras. La caída institucional de Contreras es vivida como un drama por las antiguas prisioneras al ver que nuevamente su lugar de poder tambalea, se difumina. Consiguen, a partir de sus antiguos contactos con esa fracción, mantenerse en la Central Nacional de Inteligencia, CNI, que es el nuevo servicio de inteligencia que instala la dictadura buscando mejorar su imagen internacional frente a la grave situación de atropellos a los derechos humanos en el país.

Curiosamente, en la narración, pese a los largos años de libertad, en los relatos no existe el afuera como no sea el tejido social, amoroso y político urdido con el ámbito de inteligencia militar. La ausencia del afuera puede ser adjudicada a su calidad de reclutadas obligatorias, pero, por otra parte, no me parece impropio ligar esa falta a una tradición, esto es, que los militares se caracterizan por su ensimismamiento social y, por lo general, se mantienen distantes del mundo –digamos– civil.

Con esta observación quiero señalar la hipótesis de un compromiso de las mujeres con su nueva institución, el goce de la recuperación de la identidad, esta vez, militar, más allá de la sentimentalidad de los relatos,

pasando sobre las disquiciones de capturadas–libres en las que las autoras se definen, no puedo dejar de pensar que a lo largo de 15 años, Luz Arce y Marcia Alejandra Merino se abocaron a alcanzar un escalafón social y económico en el interior de un sector de las fuerzas armadas, que las hacía, nuevamente partícipes del poder central.

Luz Arce, aunque se retira del servicio alrededor del año '84, sigue de una u otra manera ligada al mundo militar hasta el año '90. Marcia Alejandra Merino hasta el año '92, la tercera prisionera María Alicia Uribe aún permanece allí.

Desde el plebiscito de 1988, ya la transición democrática empieza a perfilarse, cuestión objetivada en marzo de 1990 con el traspaso del poder a la Concertación Democrática, encabezada por el Presidente Demócrata Cristiano Patricio Aylwin. Se trata de una alianza de fuerzas de centroizquierda, (del cual es excluido el partido Comunista) y en donde la iglesia católica chilena adquiere una gran preponderancia pública. La política neoliberal se mantiene vigente y en ascenso, el imperativo al consumo atrapa, especialmente, a las capas medias provocando el individualismo y la ausencia de proyecto colectivo.

La transición a la democracia se establece en Chile desde la política de los acuerdos con el poder militar y la derecha política. Con esta alianza no puede sino pactarse la desmemoria histórica de los años '70–'90 en aras de la construcción de un futuro democrático pero, los protagonistas de este pacto son los mismos actores que atraviesan la época y, por lo tanto la centroizquierda y más nitidamente el Partido Socialista, deben coexistir con sus recientes antagonistas y, proyectando este escenario, la centroizquierda necesariamente dialoga, de manera constante, con los que fueron sus virtuales captos y sus posibles victimarios.

Sin entrar en especificaciones políticas que no me corresponden, sí me pareció extraño e incluso alarmante que la edición de estas autobiografías no fuera recepcionada. ¿Por qué relatos tan polémicos y sobrehablados permanecían silentes en lo público? ¿Qué había en esos textos que sectores tan citados en ellos como el Partido Socialista no estableciera el menor gesto de lectura?

Este silencio no puedo sino explicármelo desde las delicadas tramas de la relación con el poder que los textos evidencian. Luz Arce y Marcia Alejandra Merino publican sus libros en los momentos en los que el poder central ha rotado hacia un nuevo ensayo democrático, además, aparecen avaladas por dos prestigiosas instituciones en las que la democracia se apoya; la iglesia católica y un organismo de Derechos Humanos. Más allá de lo que las autoras relaten, ellas se encuentran protegidas por la ley de amnistía dictada en 1978 (curiosamente los relatos no aportan nada significativo en materia de derechos humanos después de esa fecha, por lo tanto están fuera del alcance de una penalización posible), entonces, si se sigue el hilo más sostenido de las biografías ¿no es acaso legítimo pensar que la publicación de estos libros obedece a un movimiento más para inscribirse en los poderes centrales? Escudadas en el llamado al perdón y a la reconciliación, ¿no

intentan conformarse como los discursos más pertinentes de este lema nacional? ¿Detrás de la aparente valentía de estas narraciones no yace acaso una asombrosa vocación por habitar los espacios de poder por parte de sus más fieles lectoras y seguidoras?

Luz Arce y Marcia Alejandra Merino se presentan a ellas mismas como traidoras, lo repiten compulsivamente en sus textos. Sin embargo, la traición, forma social de gran peso simbólico en nuestra cultura, requiere de la fijación dramática única para perfilarse como tal. Su reiteración la anula como figura, la desdramatiza y la deshace. A mi juicio esta autocatalogación que establecen las autoras es incorrecta, encubre más bien la relación conflictiva que ellas mantienen con sus identidades femeninas, su fascinación por los espacios tradicionalmente masculinos y la avidez competitiva por la ubicuidad social en esos espacios.

Por otra parte, un sector del discurso teórico feminista ha repensado la noción de traición con la que tradicionalmente son identificadas las minorías, mujeres, gays, indígenas. El caso latinoamericano más evidente es “La Malinche” que de “chingada” puede ser vista, a la luz de la teoría feminista como “chingadora” –por decirlo gruesamente– del poder patriarcal, a partir de la explosión de su “no ser” que le permite el tránsito libre por los espacios, sin el imperativo de la lealtad, pues cualquier adscripción social la va a conducir hacia una zona inevitable de despertenencia y de ajenidad.

Aunque me parece muy interesante esta lectura, aunque toda torsión de sentido en contra de los sentidos dominantes es una práctica cultural necesaria, pienso también que este “no ser” que se les adjudica a las mujeres, resulta en el presente cuestionable, puesto que los discursos teóricos y las producciones culturales ligadas al género femenino que se han ido legitimando a lo largo de este siglo, han conformado un plataforma política de considerables proporciones. Éticas y estéticas se han trenzado para articular una diversidad de discursos que, pese a la inestabilidad de sus inserciones, sí han perturbado a la cultura dominante y, en parte, el sostenido espacio de subordinación de la mujer ha variado, incomodando incluso la monolítica categoría cultural de lo masculino.

Quiero abordar este aspecto porque me parece políticamente complejo desarmar, así como así, sentidos simbólicos sociales como es el espacio de la traición. Pienso que si la traición (al otro, a la comunidad, a sí misma) pierde su efecto ético y se relativiza, este proceso viene a favorecer al capitalismo salvaje y a su amplio, voluble, sospechoso repertorio de éticas y estéticas ambiguas y mutantes con los que se justifica el desenfreno del capital y el agobio consumista desigual, mediante el que se violenta al cuerpo social para despolitizarlo.

Y con este paréntesis, quiero volver a los cuerpos de Luz Arce y Marcia Alejandra Merino. Ellas quieren ser catalogadas como traidoras, se autocalifican como tales. No obstante, no es la traición su centro. El dramatismo que porta la traición pierde su efecto por la repetición. Más bien sus cuerpos no son sino espacios por los que el poder transita locamente mutando a la manera de los camaleones. Los libros me parecen como un audaz intento por volver a instalarse en los centros.

En un gesto agobiador, las autoras elaboran un sintomático cuadro expresionista cuyo centro pende hacia el vacío, forma el hueco por donde el poder circularmente recorre los sentidos de las mujeres torciéndolos, repactándolos en una negociación infinita.

No es pues la traición el drama que atraviesa estas autobiografías, es más bien una neurosis política adscrita a la tradición masculina lo que hace imposible el cumplimiento del deseo inscrito en un cuerpo incorrecto. El nomadismo que cruza las historias me parece ligado a una mala lectura de los códigos sociales y muy particularmente a una profunda crisis experimentada con las condicionantes de género, que las autoras sólo son capaces de resolver utilizando un procedimiento de inversión: ser masculinas a cualquier costo. Y este ser masculinas es nada más que una operación conducida por el deslumbramiento que en ellas provocan los poderes centrales, a partir de una apropiación ideológica acritica. Luz Arce se convierte –y esto es previsible– al catolicismo. Busca un consejero (la imagen necesaria de un jefe que la protege, pero también al que debe disputar el poder), la figura de Cristo en su calvario sustituye al “Che Guevara”, su declaración ante la “Comisión Verdad y Reconciliación”, la pone en el lugar de la mártir.

Y entonces, en un ensayo de respuesta a la pregunta en torno al porqué del silencio que ha rodeado la aparición de estos libros, estimo que –guardando todas las distancias– existen ciertas simetrías entre el modo en el que el Chile actual articula el ejercicio del poder, a partir de la desmemoria y la normalización de los sentidos políticos que le permite legitimar la negociación, la modernización, la exigua frontera entre neoliberalismo y progresismo y, este conjunto se hace sistémico con el psiquismo que atraviesa los libros de las mujeres, quienes buscan una identidad sólo posible de ser cursada en los centros de poder, ocupando la memoria como un mecanismo retórico para establecer discursos ideológicos que les posibiliten el acceso a un lugar social preponderante.

Estimo, entonces, que la extrema, radical violencia que estas autobiografías presentan consiste en observar los vaivenes y la manipulación inteligente de lo más estratégico del sujeto, como son los límites éticos y estéticos en los cuales se construye el ser en su conexión con los otros. Jugando un juego perverso con los límites, apelando al lugar común de la psiquiatrización, retorturando sus propios cuerpos, nombrando a la familia, al amor, la sexualidad y la política, Luz Arce y Marcia Alejandra Merino, van urdiendo una suerte de trampa social que, curiosamente, las acerca a una tradición femenina que ya está puesta en jaque por los nuevos discursos culturales. La victimización manifiesta a la que apelan no puede conmover a lectores que, de una u otra manera, no logran reconocer en ellas cuál sería ese lugar femenino que las reivindicaría de responsabilidades. Y si se ejercita una lectura más rigurosa de los textos, éstos ponen en evidencia una masculinidad fallida que no termina de adaptarse a sus propias reglas, pero que, de una u otra manera, cita las formas clásicas de adscripción a los poderes centrales. De esa manera, la legibilidad de los textos se torna ilegible.

Luz Arce y Marcia Alejandra Merino elaboran sus discursos nuevamente en un terreno tan equívoco y manipulador como sus historias vitales, ponen en circulación sus historias que no pueden ser decodificadas, en el marco del proyecto neoliberal chileno, sino en la misma forma reductora que ellas la presentan. Quiero decir que sólo pueden ser leídas como la historia y la histeria de dos traidoras.

Y, más allá de cualquier relativización posible, la traición –ya lo sabemos– genera el silencio y genera, especialmente, la aversión.

Mientras leía estas autobiografías, llegó hasta mí una imagen que me recorrió todo el tiempo. Recordé una noticia leída en la prensa en el año 1974, el mismo año en que fueron tomadas prisioneras Luz Arce, Marcia Alejandra Merino y María Alicia Uribe, una noticia impactante, a la vez que marginal y misteriosa, como fue el suicidio colectivo de las hermanas Justa, Lucía y Luciana Quispe en el altiplano chileno. Las hermanas Quispe, con ascendiente de la etnia coya, que vivían aisladas en el altiplano, se ahorcaron juntas desde lo alto de un peñón, unidas por un lazo en las cinturas, luego de degollar a sus animales y de ahorcar a sus dos perros.

Aún no tengo claro en qué punto es posible establecer una conexión conceptual entre ambas triadas de mujeres. Sin embargo y, disculpándome por presentarles una reflexión incabada, pienso que puestas en una simetría trágica, existen entre los dos grupos de mujeres, índoles divergentes de consistencia. Desde luego, y siguiendo el pensamiento de la poeta mexicana Rosario Castellanos, debería haber otro modo de habitar la vida para las mujeres. Pienso, en realidad, que ya existe un otro modo de habitar (político) que no obligue a los cuerpos a lo extremo y los extremos. Sin embargo, el silencioso y contundente lirismo fúnebre de las hermanas Quispe sigue hablándome social y obsesivamente, allí, en los fragmentos privados que arman mi memoria y organizan mi imaginario cultural.

En el altiplano chileno sobreviven dificultosamente los restos de algunas culturas indígenas que conforman el llamado “Mundo Andino”, atacameños, coyas, quechuas, aimaras, siguen transitando e intercambiando sus economías, desplazándose de manera incesante con sus animales, que constituyen la forma de su sustento, allá, en las alturas. Los hombres emigran, buscando mejores oportunidades, y así en los pequeños pueblos y caseríos la mayoría de sus habitantes son mujeres.

En medio de un paisaje impresionante, la diversidad de los sobrevivientes de las antiguas culturas indígenas mantienen aisladas sus tradiciones, sus ritos y sus fiestas. La vida en el altiplano transcurre secretamente, con un alto grado de nomadismo, escindidos entre pasado y presente, entre un mundo y los otros, diversos, extintos mundos.

El suicidio de las hermanas Quispe fue consignado por la crónica roja. La fotografía permitía ver a las tres mujeres mestizas colgando al vacío, unidas con un lazo por la cintura. Más allá se percibían los animales muertos y, cerca de ellas, a sus dos perros ahorcados. Los textos que describían el suceso eran titubeantes, ambi-

guos, sensacionalistas. Definitivamente suscribían teorías contradictorias. O bien era un resolución pasional o un acto dictado por la psicosis que habría recorrido a las tres hermanas. Vivían solas y un pastor de cabras que había pasado por el lugar era el vocero del suceso.

Pero, en los bordes de las fotografías, era posible percibir un espacio dotado de una soledad sobrecogedora. Observé esas fotografías como el despliegue de un escenario hiper marginal en donde se representaba una tragedia arcaica, un escenario en el cual se llevaba a efecto una decisión dramática plena de sentidos múltiples que jamás podrían ser descifrados. Tres mujeres mestizas se suicidaban en el altiplano, articulando una serie de códigos complejos. Un lenguaje entero trascurría allí, elaborado con un alto grado de precisión, en el interior de una ritualidad fúnebre.

La violenta teatralización de sus muertes, daba cuenta de un pacto cuidadosamente tramado en una sintaxis que resultaba imposible atravesar. El suicidio múltiple era, por la cuidadosa ritualidad que lo envolvía, un discurso social que hablaba de una elección en la cual era posible integrar la muerte en el interior de una larga historia colectiva de postergaciones y mestizajes y de su lesionado, autónomo presente familiar. Un acto mortuario que reunía cuerpos, secretos, economías, silencios, soledades, paisajes, éticas. No se trataba sólo de la voluntad por terminar sus vidas, sino además marcar el dominio territorial que habían construido y en

el cual se habían cursado sus identidades altioplánicas. Por este motivo, sus animales muertos y los perros ahorcados, formaban parte central de este rito, legitimando tanto sus relatos de vidas como la teatralidad ornamentada de sus muertes.

Aunque las hermanas Quispe levantaron un terrible escenario de muerte, una cierta vitalidad oblicua recorría las imágenes, y esta paradoja, a mi juicio, era posible por la forma parlante que adoptaba este suicidio que, sin duda, era denuncia, pero –y esto me parece crucial– a la vez hablaba de un poder, que aunque marginal, les pertenecía íntegramente. Y ellas lo ejercieron, de modo funerario, desde el centro de esa pertenencia.

Lejos, en el interior de un distante microespacio geográfico, las hermanas Quispe decidieron abandonar voluntariamente la vida, pero mediante el modo en que cursaron sus deseos, gestionaron un nuevo microespacio simbólico, cruzado por éticas y estéticas en las que insertaron cifradamente sus historias de vida y de muerte y garantizaron, mediante un elaborado rito, la huella social de una asentada pertenencia y dominio sobre sus espacios y sus bienes. Pero también se reservaron la libertad radical de dejarlo todo, de llevarse todo, de terminar con todo.

Y, me parece importante que ustedes sepan que los únicos bienes materiales que las hermanas, Justa, Lucía y Luciana Quispe poseían eran veinte cabras, dos perros y sus propios cuerpos. Nada más.

Bibliografía sobre violencia en la Librería de Mujeres



La mujer y la violencia invisible, Eva Giberti / Ana M. Fernández, comps.

El acoso sexual en la vida cotidiana, Sue Wise / Liz Stanley

La mujer maltratada, Graciela Ferreira

Hombres violentos, mujeres maltratadas, Graciela Ferreira

Violencia masculina en la pareja, Jorge Corsi

Violencia familiar, Jorge Corsi, comp.

La mujer golpeada, Leonor Vain, coord.

El coraje de sanar. Guía para las mujeres supervivientes de abusos sexuales en la infancia, E. Bass/ L. Davis

Estudio descriptivo del abuso sexual en Guadalajara, Martha Vidrio

La voz tutelada, violación y voyeurismo, Silvia Chejter

El sexo natural del Estado, Silvia Chejter, comp.

Travesías 1: Enfoques feministas de las políticas antiviolencia; Travesías 2: Violencia Sexual – Cuerpos y palabras en lucha; Travesías 3: Violencia sexista –

Control social y resistencia de las mujeres;

Travesías 4: Cuando una mujer dice no es no.

Madres sobrevivientes al abuso sexual de sus niñas, Carol-Ann Hooper



Librería de
MUJERES

Paseo LA PLAZA - Comientes 1660 Local 3

Tel.: (54-1) 372-7162 - Bs. As. - Argentina -

Violencia familiar – Mujer golpeada II, Edic. APDH
Sexo, amor y violencia. Estrategias de transformación, Cloé Madanes

Una cuestión incomprensible: el maltrato a la mujer, Ana M. Pérez del Campo

Después del incesto. Apoyo para la elaboración de las experiencias de incesto, AA.VV.

Vigiladas y Castigadas, Seminario Regional de CLADEM

Del incesto, F. Heritier y otros

Por tu propio bien, Alice Miller

El saber proscrito, Alice Miller

La llave perdida, Alice Miller

Violaciones de derechos humanos basadas en la orientación

sexual, Amnistía Internacional

Los derechos humanos, un derecho de la mujer, Amnistía Internacional

Historia de las Madres de Plaza de Mayo, Asoc. Madres Plaza de Mayo

Cuando el poder perdió el juicio, Luis Moreno Ocampo

Nacidos en la sombra, Andrea Rodríguez

La voz de los pañuelos. Video de M. Céspedes y C. Guarini

Malajunta. Video

El fin de la historia, Liliana Heker

Mujeres guerrilleras, Marta Diana



La violencia, el terror, la represión, la injusticia, el exilio, los derechos humanos, el miedo, la desaparición de personas, las Madres de Plaza de Mayo ... son algunos de los temas que las poetisas argentinas han tratado en sus textos. A continuación Feminaria Literaria ofrece a sus lectoras una breve antología de estos textos poéticos.

María Elena Walsh

La pena de muerte

Reproducción autorizada del texto publicado en *Clarín*, Suplemento Cultura y Nación, 12/9/91.

Fui lapidada por adúltera. Mi esposo,
que tenía manceba en casa y fuera de ella,
arrojó la primera piedra, autorizado
por los doctores de la ley y a la vista de mis hijos.

Me arrojaron a los leones por profesar
una religión diferente a la del Estado.

Fui condenada a la hoguera, culpable
de tener tratos con el demonio encarnado
en mi pobre cuzco negro, y por ser portadora
de un lunar en la espalda, estigma demoníaco.

Fui descuartizado por rebelarme contra la
autoridad colonial.

Fui condenado a la horca por encabezar
una rebelión de siervos hambrientos.
Mi señor era el brazo de la justicia.

Fui quemado vivo por sostener teorías heréticas,
merced a un contubernio católico-protestante.

Fui enviada a la guillotina porque mis
camaradas revolucionarios consideraron
aberrante que propusiera incluir los Derechos
de la Mujer entre los Derechos del Hombre.

Me fusilaron en medio de la pampa,
a causa de una interna de unitarios.

Me fusilaron encinta, junto con mi amante
sacerdote, a causa de una interna de federales.

Me suicidaron por escribir poesía
burguesa y decadente.

Fui enviado a la silla eléctrica a los veinte
años de mi edad, sin tiempo de
arrepentirme o convertirme en un
hombre de bien, como suele decirse de los
embriones en el claustro materno.

Me arrearon a la cámara de gas por pertenecer
a un pueblo distinto al de los verdugos.

Me condenaron de facto por imprimir
libelos subversivos, arrojándome semivivo
a una fosa común.

A lo largo de la historia, hombres doctos o brutales
supieron con certeza qué delito merecía la pena
capital. Siempre supieron que yo, no otro, era el
culpable. Jamás dudaron de que el castigo era
ejemplar. Cada vez que se alude a este escarmiento
la Humanidad retrocede en cuatro patas.

Mercedes Roffé

de Cámara baja (1987)

No hay más que eso
esto
el único trazo posible
tanteable
un balbuceo fijado en su más grotesca afasia
eso
esto
que no ha de sobrevivir
siquiera
en la memoria de los muertos

No hay argumento posible
ni historia
ni gramática

Sólo ese regusto a decepción
y la alegría impronunciable de estar vivo
Aun
la impronunciable decepción
de no haber muerto en el momento justo
Eso
lo que se desea
—está visto—
no se escribirá jamás
como no se ven en el espejo ciertas manchas
ciertos gestos
ni de la digestión ni de lo desesperado

Laura Klein

(del mismo plumetazo...)

de *A mano alzada* (1986)

del mismo plumetazo borran
cabeza de finales o mano en blanco
es igual

han de ser temibles en el parque solo
cuando la quieta acecha

extraños cuando empujan damas al mar

cálmese el país y los que bailan
hagan de sirvientes: nadie
tuvo nada ni habló es que nadie estuvo
con los ojos bajos sin parodia ni gesto
alguno hubo en la luz

alzan el puño y no hay caso
creen crecen y no
vale dormir como animal

sobre los hijos entran a furia

se visten de plata o pelusa

han de ser temibles cuando

empujan damas al mar.

María del Carmen Colombo

N. N.

de *Blues del amasijo y otros poemas* (1992)

en la penumbra
de un zapato
dice que no

duele

fingir
a la deriva
y ovillarse

de nuevo

como un trompo
vicioso dice
no

poder ni ay

alguno
ahí
abajo

Juana Bignozzi

de *Interior con poeta* (1993)

en mayo se entierran los viajes del invierno
en la Europa verdadera antes del fuego mágico
me hubieras traído muguets
para inaugurar este mes funerario
flores blancas para la magia de un solsticio ajeno
flores blancas para que mi santo y yo clamemos en
el páramo

flores blancas para que conserve una cabeza
que nada en la memoria
aunque ya nadie llegue por el borde del agua
mares de prestigio lagunas de la Pampa
vayamos a otra ciudad
no dejemos que las muertes
nos prohíban o nos autoricen los viajes
ahora las cartas tardan menos
pero no escribas la misma carta cada diez días
flores blancas minúsculas para acompañar

los pedazos que aún crecen entre tanta ruina
vayamos a otra ciudad
sólo tendremos que llevar fotos de los viajes
flores secas
y estos libros que ya son expertos en cruzar el agua



querida amiga dijo
después de quince años de silencio
yo volví a tener patria y país
y empecé a ser más indeseable aún
entre los que han creído conquistar este páramo

Irene Gruss

Mientras tanto

de *El mundo incompleto* (1987)

Yo estuve lavando ropa
mientras mucha gente
desapareció
no porque sí
se escondió
sufrió
hubo golpes
y ahora no están
no porque sí
y mientras pasaban
sirenas y disparos, ruido seco
yo estuve lavando ropa,
acunando,
cantaba,
y la persiana a oscuras.

Ana Sebastián

Castigos

de *Yuyo verde/Noticias* (1988)

Hoy es domingo en el cielo
y a esta altura de la muerte
mi madre le estará planchando
las camisas a dios
y dios como es domingo escuchará fútbol
y desoirá los rezongos
de mi madre
y la amenazará con un
infierno mayor que el de planchar
camisas celestes
y mi madre fruncirá la frente
y puteará por atrás
y se acordará de mí puteando
de amor por teléfono de mí sin alma
de costurerita
de planchadorcita
y sin que dios se dé cuenta
le prenderá una vela
a mi alma que es del bando de los vencidos
y dios indiferente a las arrugas de mi alma
seguirá discutiendo si ese gol
era o no un orsai.

Diana Bellessi

II

de *Crucero ecuatorial* (1980)

Paso por un pueblo borrado de arena.
Un resplandor fogoso lo detiene.
Entro a un café desierto
con las ventanas levemente entornadas
y una mosca zumbando frente a los espejos.
La cerveza está helada y amarga.
Una mujer vestida de negro cruzó la calle,
la memoria,
como un relámpago oscuro su tarde de verano.

III

de *Crucero ecuatorial*

La boca en un rictus amargo.
Una mirada de fiera, para colgar
en el escueto retrato de los años.
Me voy con ellas,
a despertar al vivo y al muerto:
Las Locas de Plaza de Mayo.

Cacería

de *Tributo del mudo* (1982)

Cruza un aguilucho
en lento vuelo preciso,
y una pareja de torcazas
lo sigue
con dementes gritos.
Se ha movido Orión hacia el oeste
y las Pléyades cayeron.
Se sacia el hambre de la noche, la zarpa silenciosa
el pico,
y el día inicia su conquista.
Devora
la hormiga grande
a la chica.

Acosa al mundo.

Cruza un aguilucho
con lento vuelo preciso. Lleva el coro
demente de la madre, y un pichón,
o dos, en el pico.

Reyna Domínguez

Adónde

de su libro inédito "Lo Luz en la pared"

A las Madres de Plaza de Mayo.

Entras a la casa
sales de la casa
El aire no sabe nada

Adónde
la sal y el agua de tus ojos
fueron a parar
Polvo son, polvo serán

Adónde
la sal y el agua de tus ojos
fueron a parar...

Miro
miro el aire vacío
Y allí están
los luminosos ojos
de los que ya no están.

Graciela Perosio

Brechas del muro

de *Brechas del muro* (1986)

Laura Yasan

País de noche

de su libro inédito "País de noche"

somos los extranjeros de la luz
nadie puede dormir en esta patria muda
la voz ausente para nombrar el día

país de noches de los bastones largos
país de noches de los lápices
noches de los aviones de la muerte
¿seremos algo más que un extenso catálogo
de noches?

patria insomne
¿quién nos legó esta sombra?
¿alguien escucha el ruido de rotas cadenas?

¿es el miedo el único sol que nos alumbra?
¿el silencio una madre
que nos reprime el sueño?

siempre es mi noche triste en esta tierra triste

¿cuándo saldremos a vivir?
¿cuándo va a amanecer
en esta geografía de fantasmas?
¿hasta dónde más nos laceró
nos borroneó nos silenció el terror?

yo pregunto
yo pregunto tanto y eso
me mantiene despierta un día más

Para Beatriz, con el amor viejo.

es mero muro es mudo mira muere

Alejandra Pizarnik

es muro un mero muro un muro para morir un muro
mudo es miedo mudo de la muerte
muerto el muro el muro miente MIERDA el muro
muro de muerte
siento el musgo del muro el mero musgo muelo mi mente
contra el muro el muro es un muelle que se hunde en
oscuros mares mero musgo mero musgo del muro para mi
muerte Mierda

es muro es mero muro es mudo mira muere
la vida por los amigos di la vida di mi muerte
mi mera muerte mi mera vida contra el muro contra el
muro siempre

mira es mero muro mira el muro muere

